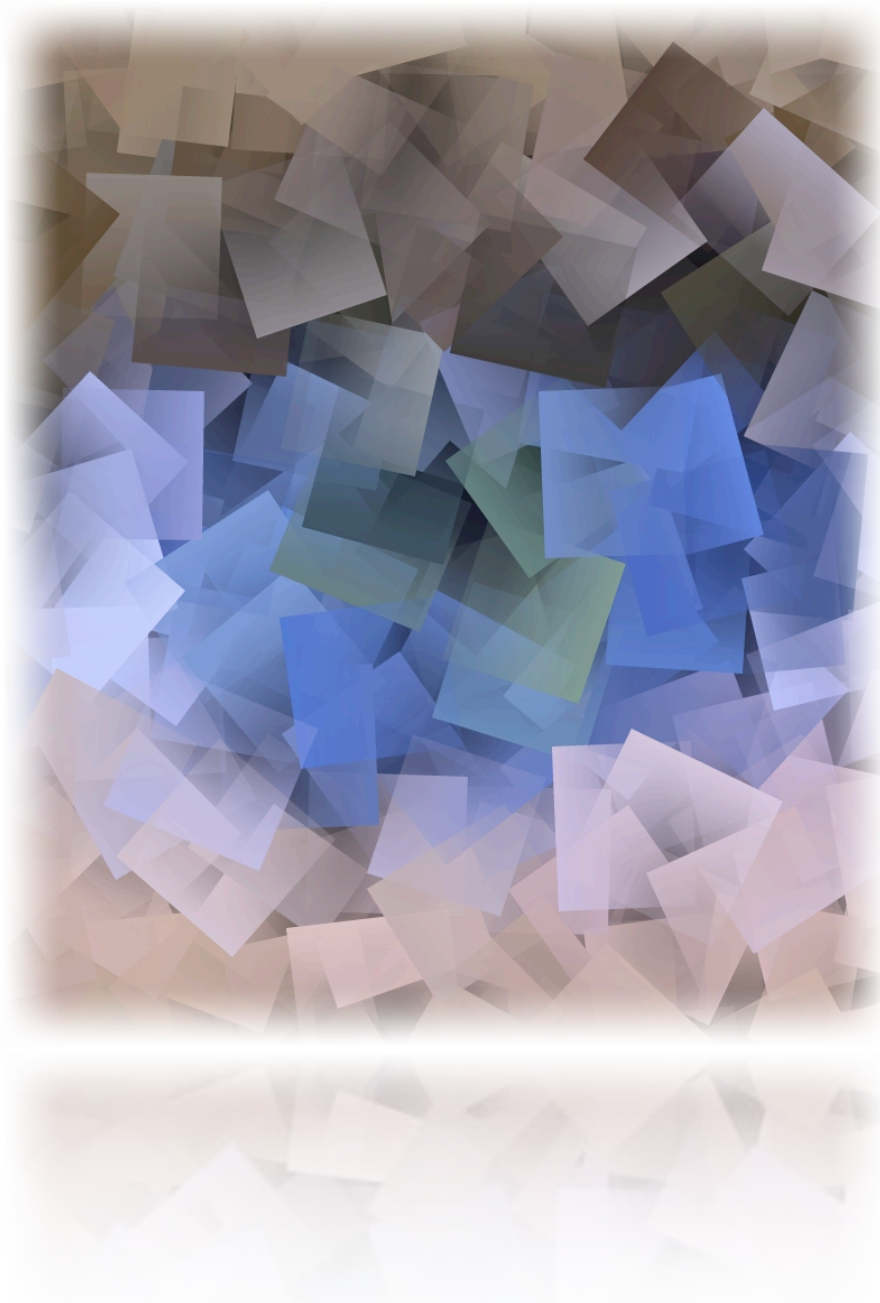

Revista OBETS

Revista de Ciencias Sociales

Número 2 • diciembre de 2008 • ISSN 1989-1385



Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz • Universidad de Alicante

Director	Óscar Antonio Santacreu Fernández <i>IUDESP. Universidad de Alicante</i>
Consejo Editorial	Gianfranco Bettin <i>Università degli Studi di Firenze</i> Fermín Bouza Álvarez <i>Universidad Complutense de Madrid</i> José María Tortosa <i>IUDESP. Universidad de Alicante</i> Antonio Alaminos Chica <i>IUDESP. Universidad de Alicante</i>
Coordinador de este número	Antonio Alaminos Chica <i>IUDESP. Universidad de Alicante</i>
Secretaria	Begoña López Monsalve <i>IUDESP. Universidad de Alicante</i>



OBETS. Revista de Ciencias Sociales, editada por
IUDESP.
Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz; Universidad de Alicante
ISSN 1989-1385
DL: A-885-2008

Periodicidad: Semestral
<http://www.iudesp.ua.es/publicaciones/revista/OBETS.html>
E-mail: iudesp@ua.es

Índice

- 5 - 23 ***La juventud y sus límites operativos***
Antonio Alaminos Chica.
Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz, Universidad de Alicante
- 25 - 34 ***La participación social de los jóvenes***
Oscar. A. Santacreu Fernandez
Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz, Universidad de Alicante
- 35 - 51 ***El laberinto de la participación juvenil: estrategias de implicación ciudadana en la juventud***
Francisco Frances García
Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz, Universidad de Alicante
- 53 - 61 ***Children born of war***
Ingvill C. Mochmann
*Central Archive for Empirical Social Research
University of Cologne, Germany*
- 63 - 80 ***Confianza y construcción europea. El caso del divorcio de terciopelo checoslovaco***
Ignacia Perea Crespo.
Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz, Universidad de Alicante
- 81 - 89 ***Nota metodológica sobre el estudio "Socialización, aculturación y competencia intercultural. Un análisis empírico de familias multiculturales"***
Ignacia Perea Crespo y Begoña López Monsalve
Instituto Universitario de Desarrollo Social y paz, Universidad de Alicante

La juventud y sus límites operativos

ANTONIO ALAMINOS
INSTITUTO DE DESARROLLO SOCIAL Y PAZ
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Resumen

Los estudios de juventud representan una labor muy significativa en la investigación en Ciencias Sociales. Tanto en esfuerzos presupuestarios como académicos. No obstante, la revisión de la mayoría de estos estudios refleja una notable inconsistencia conceptual. Esta fragilidad conceptual permite un empleo ideológico, donde la elaboración de científica de categorías se sustituye por los prejuicios culturales del científico

Palabras Clave: Juventud, concepto, metodología, retórica, emancipación

Abstract

Research about young amount an important share of the Social Science studies. Nevertheless, the review of the majority of these studies reflects flimsy concepts. This conceptual fragility permits the ideological use, replacing the elaboration of the scientist categories by the cultural prejudices of the scientist.

Keywords: Youth, methodology, rhetorical, emancipation

Con frecuencia los conceptos teóricos que los investigadores empleamos para analizar la sociedad se comportan como la botella de la metáfora de Wittgenstein. Cuanto más transparentes parecen, más impenetrables. Envuelven y encapsulan los fenómenos sociales de forma que fragmentan y distorsionan la realidad social. El concepto de juventud corresponde a esta categoría embotellada, y entre otros intentos, este escrito intenta explorar en búsqueda de la salida que permita derramar y reintegrar este segmento a la sociedad. En primer lugar, deberemos preguntarnos si *Juventud* es una categoría social o un concepto sociológico. La diferencia aparece ligada a las perspectivas *etic* y *emic*. En otras palabras, juventud es un concepto de empleo interno a la sociedad, que adquiere un significado por consenso, histórico e ideológico (realidad definida como tal y por ello con consecuencias sobre los comportamientos) y es un concepto externo, con capacidad heurística y predictiva, más allá de la realidad ideológica que le conceden los individuos. Es otra palabras, es un tipo social (Etiquetamiento) y es una tipología sociológica (Weber)

Lo cierto es que la categoría social de joven se superpone sobre una realidad concreta, la incorporación como fuerza de trabajo al mercado. En ese sentido, supone un rompeolas donde apreciar las tendencias estructurales de la economía en su redefinición de las relaciones laborales. La incorporación al mercado implicaría emancipación y articulación de una nueva unidad familiar con relación independiente con el Estado. En ese sentido, las edades articulan derechos y obligaciones que conviven a espaldas de la interpretación social. El mismo Estado considera diferentes edades límite. Aún cuando el cambio de tendencia estructural afecta a todos los segmentos sociales, es en la incorporación donde se nota con mayor eficacia. La precarización de la sociedad en su conjunto se inicia por el principio, en la incorporación al mercado de trabajo. Con el tiempo, tal y como esta sucediendo, el envejecimiento permitirá que los trabajadores solo conozcan esta situación precaria en su relación con el capital. En definitiva, asistimos a una reestructuración profunda, durante muchos años invisible (la cuestión era el retraso en la emancipación concertándose en la salida, familia, y no en la llegada, mercado) pero de prolongado efecto. Esta tendencia profunda de reestructuración del mercado de trabajo tiene un efecto de reacomodo ideológico en las clases medias. Reacomodo consecuencia del miedo al descenso de clase de sus hijos.

La botella teórica

Juventud ¿es un recipiente donde se recogen elementos coherentes en sus características definitorias o juventud es una “botella” que encierra una diversidad social?. Las tipologías, tanto expresas como referidas a categorías sociológicas, suponen un potencial importante entre las herramientas analíticas del sociólogo. No obstante, en la medida que el procedimiento hunde sus raíces en el “humus” cultural de cada sociedad, es importante en su empleo explicitar el procedimiento seguido para su construcción reduciendo al mínimo la retórica argumental utilizada para hacer convincente el tipo o categoría construida.

En primer lugar, es imprescindible el deslinde entre la generación social “espontánea” (en el sentido de no evaluado) y su empleo como herramienta de

interpretación y explicación sociológica. Es evidente que estas tipologías producidas socialmente definen un objeto de estudio con interés por sí mismas, tanto en su vertiente cultural (arquetipos y mitos) como cotidiana (donde la tipologización actúa catalogando y prescribiendo expectativas de comportamiento). En ese sentido, el procedimiento social “espontáneo” de categorización es susceptible de ser interpretado en clave funcionalista o de conflictos según el papel que se le atribuya. La tipologización es “*per se*” un mecanismo social cuya realización colectiva importa al sociólogo. Constituye por ello simultáneamente un objeto de investigación y una heurística tanto de la investigación como de la teorización social. Esta utilidad metodológica alcanza la actividad misma tanto de definir actores (segmentación, tipologías, conjuntos de rol-estatus, etc.) mediante extracción cuantitativa como cualitativa.

En tanto que objeto de estudio los procesos de tipologización social son susceptibles de lecturas diversas. En la tradición funcionalista destaca Klapp, ofreciendo dos versiones. La primera de ellas reconoce las tipologías con un componente “cultural” legendario, elaboradas desde la “conciencia colectiva” y que cumplen una función de “mito” o arquetipo. De este modo, para Klapp (1949) un tipo social se podría definir inicialmente como un concepto colectivo de persona o conducta que aparece frecuentemente en el folklore o la literatura. En esa definición, se incorporaría un repertorio importante de funciones ligadas a la ejemplaridad o control que determinados “tipos” pueden desarrollar. En ese sentido, existe una dimensión cultural de los tipos que debe considerarse, en la medida que interfiere sobre la elaboración o desarrollo de “tipificaciones” con intencionalidad científica. Un ejemplo de ello es el continuo cruce conceptual en los trabajos de Freud con las mitologías griegas, donde con frecuencia el ejemplo reemplaza a la explicación. En una segunda dimensión definitoria aparecen los tipos sociales con un grado menor de codificación y “reificación”, ejerciendo una función mucho más operativa en la vida cotidiana. De este modo, Klapp (1958) ofrece una segunda definición donde el “tipo social” constituye un conjunto difuso de roles, no codificado o racionalizado, que actúa ayudando a los individuos a orientarse en el sistema social. Constituiría, en definitiva, una especie de mapa latente de la estructura de roles existente en un momento concreto. Sin embargo, para Klapp este mapa no constituye una herramienta desarrollada por el científico para elaborar categorías sociales, sino más bien un método de etiquetado utilizado socialmente de forma espontánea. Así, para Klapp, la definición de tipo social se encuentra muy próxima a la noción de “imágenes de status” propuesta por Goffman (1959). Los tipos sociales suponen un doble objeto de investigación, ya elaborados espontáneamente desde la conciencia colectiva o como método de identificación de status. Por ello, los tipos sociales producto de una actividad espontánea de etiquetado desarrollarían una “función social” reconocible y analizable. Este carácter funcionalista es más explícito en otros autores como Booth y Blair, aunque para ellos los tipos sociales no constituyen tanto un mapa de una estructura social “institucionalizada”, sino más bien una forma de etiquetar aquellos conjuntos de roles no convencionales que van surgiendo en un sistema sociocultural (“sin techo”, “yuppies”, “posmodernos”, etc.); con ello se concentran en las categorías emergentes que son reconocidas y empleadas públicamente. En ese sentido, no constituye una definición nueva de tipo social,

sino que más bien desplazan el acento desde los tipos institucionalizados a los emergentes. No obstante, la función de etiquetado social se mantiene en los mismos términos de reconocimiento e identificación para el conjunto de la sociedad.

Desde un punto de vista menos global, son varios los autores que han destacado la función de reconocimiento e identificación que las tipologías ejercen en la dinámica de pertenencia a grupos. Así, por ejemplo, Strong (1943, 1946) o Taub y Leger (1984). Para Strong, un “tipo social” es un constructo elaborado por un grupo mediante la selección y abstracción de formas de conducta específicas desarrolladas por algunos de los miembros del grupo. El criterio de selección de las conductas es simplemente el interés para el grupo. Esta interacción entre actitudes grupales e individuales que existe detrás de un tipo social determinaría los roles que ejerce un individuo en su entorno social próximo.

Destaca en definitiva en estos autores la consideración de los tipos sociales como categorías generadas espontáneamente, ya sea por la sociedad en conjunto o bien dentro de los grupos en su proceso de definición, que ejercen una función social de regulación y catalogación de pautas de comportamiento esperadas. No obstante, aún manteniendo que los tipos constituyen catalogaciones sociales, estas pueden responder a un reflejo de los procesos de exclusión y conflicto dentro de la sociedad. En dicho planteamiento destacan Glick y Kinloch. Para ellos, la elaboración de tipos sociales no constituye un proceso espontáneo de categorización social, sino que por el contrario responde al etiquetado propio de los estereotipos, destinado a la exclusión de grupos, clases o razas. Así, para Glick (1955) los tipos sociales son construcciones sociales generadas por los grupos, mediante las que se etiqueta con una finalidad excluyente a determinadas personas con un modo específico de comportamiento.

A diferencia de los autores anteriores, donde las tipologizaciones son tomadas como objeto de estudio, en la medida que se generan en la vida cotidiana, otros investigadores han considerado la construcción de tipos como una herramienta útil en el análisis de la realidad social. Así, para Reading (1977) un tipo social es aquel elaborado desde fuera de la sociedad y no desde dentro de ella. El tipo social sería, por lo tanto, una descripción resumida y objetiva de las características que posee una categoría concreta de personas. Esta aproximación por la que se elaboran tipos sociales para formar una tipología sociológica es sostenida también por Becker (1976) y otros autores.

Entre los antecedentes ilustres de la sociología en el empleo y proposición de las tipologías como herramienta de conocimiento destacan M. Weber y G. Simmel. Ambos autores señalaron la importancia del empleo de tipos sociales para mejorar el conocimiento y comprensión de la sociedad. En el caso de Simmel, los tipos sociales aparecen como una composición de determinadas características psicológicas, personalidad, temperamento o mentalidad formada por condiciones estructurales, o ecológicas. El planteamiento sería desarrollado por Park (1928) al describir al “hombre marginal” como un tipo concreto de personalidad y con una forma característica de comportamiento. No obstante, postular la coincidencia entre tipo social y personalidad ha sido objeto de oposición para algunos autores. Burgess

(1968), plantea que el término “tipo social” no se refiere a mecanismos de la personalidad sino a las actitudes y valores que se derivan como copias de las que ofrece la sociedad. De esta forma, un tipo social aparece como consecuencia del papel asumido por una persona y que le ha sido asignado por la sociedad. La argumentación de Burgess en contra del peso que pueda adquirir la personalidad para definir un tipo social se apoya en que la personalidad se adquiere en la infancia y adolescencia, y que por lo tanto sólo podrían ser adoptados en ese mismo período. Así, los cambios en los tipos sociales no plantean cambios en la personalidad básica. Este aspecto sería destacado por Zorbaugh (1968) al definir el tipo social como una constelación de actitudes que forman una pauta de personalidad, no heredada sino desarrollada en una situación social concreta. Coser (1974) describe los tipos sociales como aquellas características destacables de los individuos que tienen una posición notoria en la sociedad y están motivados por lo tanto a desarrollar un tipo especial de comportamiento de rol. En ese sentido el planteamiento de Coser es bastante vago, tanto por carecer de una definición precisa (por ejemplo, posición notoria), como porque en él aparece el empleo híbrido del tipo social, donde se cruzan los rasgos socialmente definidos con la caracterización del sociólogo que los elabora.

Precisamente la doble naturaleza de la tipificación (como objeto, como método), sitúa la actividad del sociólogo sobre un cruce de caminos, donde las herramientas de investigación son tomadas (vienen dadas) bajo su forma de producto cultural o social. Sin embargo, es más que evidente que el proceso de estereotipia puede contaminar de prejuicios no comprobables empíricamente estas tipologías. Valga como ejemplo en este caso la tipología “juventud”, a la que con frecuencia se atribuyen cualidades psicológicas y de carácter (rebeldía, conflicto, no conformismo, etc) que son dependientes del contexto histórico, de la clase social, del entorno familiar, etcétera y no predicables intrínsecamente de un tipo genérico denominado “juventud”. En ese sentido, si los jóvenes frustran expectativas de comportamiento puede ser simplemente por que el “tipo” responde a estereotipos ahistóricos.

Sobre los jóvenes como tipología

Con frecuencia los investigadores sociales empleamos los grupos de edad. Estos pueden aparecer directamente operativizados en tramos de edad o indirectamente etiquetados en categorías como infancia, adolescencia, juventud, etc. En ese sentido, se han desarrollado diferentes revisiones tipológicas como las de Forner (1980) o más recientemente Bettin (1999). La cuestión fundamental es si los grupos de edad son una mera construcción estadística, que permite operativizar de forma limpia e inmediata (por lo tanto definiendo meras categorías numéricas), o realmente pretende expresar y recoger tipos con diferencias significativas y existencia real en la sociedad de acuerdo a los planteamientos de autores como Bengtson, Furlong y Laufer, (1974) o Elder (1975). Porque incluso en el caso en que el investigador no indique (como es habitual) los rasgos diferenciales en los grupos de edad, el lector tenderá (entimema) a reconocer diferencias entre ellos en función a su experiencia sobre los ciclos de vida, condiciones económicas, sociales o culturales. Ciertamente no es un asunto que concierna exclusivamente a la técnica, por el contrario su interés teórico es sustantivo. En la medida que la construcción de

grupos de edad refieren a tipologías (de modo explícito o implícito) y estas tipologías son construcciones sociales históricas empleadas en la vida cotidiana, (por ejemplo en relación a la construcción misma de la identidad Fogarty, 1973) se evidencia la necesidad de tomar dichas tipologías primero como objeto de estudio (elementos que intervienen en su construcción social y cultural, cambios experimentados con las transformaciones sociales y económicas, etc.) y segundo, desarrollar su empleo analítico como construcción epistémica (Bourdieu, 1984) que ayuda a explicar la realidad social y puede o no concordar con su definición social cotidiana. Simplemente, cerrar la brecha entimemática que permite penetrar el lenguaje cotidiano acrítico (con todo lo que eso implica) en el metalenguaje del investigador.

De hecho las referencias numéricas en la edad que pueda corresponder a dichos tipos se modifican con las transformaciones sociales, tal y como mostró Nissel (1982) para el caso Británico. En definitiva, dado que los grupos de edad parecen no ser (ni pretenderlo) exclusivamente un etiquetado numérico de la realidad, se impone considerar la variabilidad interna que contiene, para en el caso que sea pertinente, “desguazar” una tipología amplia y reductora como es la de juventud y desplegarla (si procede) en tipos coherentes definidos sustantivamente. Quizás entonces debiera, restringirse la etiqueta de jóvenes no a un tramo de edad, sino a un grupo específico con características concretas que debieran, sin duda, ser explícitas, simplemente para poder ser discutidas. En esta rápida evaluación del concepto juventud en tanto que tipología social, vamos a considerar algunos de los criterios principales que para algunos autores (Almog, 1998) contribuyen a la conformación de tipos sociales, como son los de carácter psicológico y ocupacional.

En ese sentido, la edad y su empleo como indicador privilegiado en la operativización de la juventud aparece condensando una importante polisemia. Ciclo, generación, maduración, período, la edad es un “indicador” genérico (al igual que un “comodín” en los juegos de cartas) del que debemos especificar su significado si realmente se pretende utilizar para comprender el mundo en que vivimos. Así, por ejemplo, la edad puede aparecer en una explicación expresando tanto envejecimiento (maduración psicológica), como posición en un “ciclo vital”, como “muesca” que expresa el impacto de un período (una transición política, por ejemplo) o incluso como “actor social” con entidad propia (concepto de “generación” desde una perspectiva histórica), y con capacidad explicativa de las transformaciones sociales y políticas.

En general, plantear la juventud como una etapa psicológica, dentro de un proceso global de maduración, o formación de carácter posee profundas raíces culturales, tal y como refleja la clasificación que ofrece Shakespeare (inspirada en Hipócrates) al resumir la vida del hombre en siete etapas, diferenciadas por las transformaciones de temperamento. Con ello, el concepto (no operativizado en la sociología) de maduración se cruza sobre otras tipologías psicológicas. La relación entre edad y maduración se evidencia en la dimensión legal. Quizás donde más explícitamente se aprecie es en el Derecho canónico, dado que la edad mínima para contraer matrimonio desaparece como límite al constar que “*ó antes si la malicia suple a la edad*”. En definitiva la edad es un indicador de madurez, inválido cuando la

malicia ya está presente. Desde esta perspectiva, se hace evidente que la madurez es un fenómeno que no acontece de modo sincrónico y en un momento concreto. Por ello, dentro del criterio general necesario de la edad, se particulariza y excluye aquellas tipologías (malicia) que no cumplen. En resumen, la edad es indiciadora de una propiedad, cuando esa propiedad no se cumple más (ya no existe) la edad no importa. ¿Es la edad lo que nos importa para definir una tipología de “juventud” o aquello que indicia?

Si la “malicia”, entre otros aspectos, contribuye a la borrosidad de entrada en la categoría “joven” desde el punto de vista de la maduración, la ocupación aparece especialmente ligada a la salida de ésta. Existe un cierto “conglomerado” conceptual que asocia los conceptos de emancipación, ocupación y juventud, entre otros. No obstante, juventud y emancipación no son sinónimos teóricamente, si bien tienden a ejercer de ese modo en la práctica. Existe un grupo importante de jóvenes emancipados (en precario o no) antes de los 20 años. Si atendemos a lo que se considera socialmente deseable, puede apreciarse con claridad que la edad adecuada para independizarse se encuentra entre los 24 a 25 años¹. Esta opinión se corrobora con aquellos que se emanciparon antes de esa edad, en la medida que tienden a pensar que fue demasiado pronto. La mayor parte de los entrevistados no emancipados menores de 30 años y mayores de 25 piensan que se emanciparan más tarde de lo que es deseable. En ese sentido, emanciparse entendido como vivir independiente de la unidad familiar de origen, tiene un límite relativamente claro en los 25 años en el imaginario de lo socialmente deseable. Son varias las razones para no emanciparse, si bien la más extendida es la carencia de recursos económicos. De este modo, la ocupación en trabajos precarios no permiten la emancipación con unas ciertas garantías en el estilo de vida. El miedo de las clases medias (en un sentido amplio), al descenso socioeconómico de los hijos impone las condiciones familiares de convivencia para enfrentarse a la nueva situación laboral. Sin embargo, la emancipación es un concepto ligado a los “ciclos vitales” y no estrictamente al de juventud. En el caso que la no emancipación sea un rasgo definitorio de la juventud, surgirían problemas con un colectivo que se difumina de acuerdo al incremento de la edad. Sin duda, la emancipación tardía es en parte responsable del “estiramiento” operativo que arrastra al tipo “juventud” hasta los 30 o 32 años. No obstante, más que contribuir a la definición teórica de la categoría joven, este estiramiento histórico (dependiente en definitiva de la coyuntura económica) permite distinguir una cierta “distracción” sociológica. La categoría “joven” “enmascara” como situación temporal y de tránsito lo que se desarrolla de modo estructural y estable. Si un individuo de 30 años lleva 7 de ellos con trabajos temporales, discontinuos o directamente desempleado, puede llamársele joven o también adulto empezando a vivir las nuevas formas de organización del mercado de trabajo. El nombre, que duda cabe, importa.

Parecería necesaria una mayor reflexión y debate sobre el concepto sociológico de juventud, su significado teórico, así como los indicadores asociados a su operativización como categoría genérica, en el caso que esto fuese deseable. De otro modo, el análisis y la interpretación se convierten sistemáticamente en

¹ Datos: Estudio CIS 2262 “Juventud y entorno familiar”. Octubre 1997.

exploratorias, al ser consecuencia de una definición borrosa en el origen (jóvenes de 15 a 30 años, por ejemplo) y no producto de una realidad definida teóricamente (donde por ello, los cambios puedan ser significativos y no meras anécdotas venidas de una definición operativa fungible).

Esta distorsión es claramente visible cuando se enfoca la cuestión desde el mercado de trabajo. Hidalgo Vega y Pérez Camarero². Destacan como “Ello, a su vez, repercute en una transformación de la percepción colectiva de la juventud, elevándose el listón de separación entre el grupo juvenil y los considerados mayores. No es difícil encontrar estudios sociológicos en los que la edad juvenil se hace llegar a los treinta y cinco años, circunstancia asociada no solo con la mejora de las condiciones de vida, sino también con la elevación del periodo educativo y el retraso en el acceso al mercado laboral para la mayoría de la población. Simultáneamente, encontramos múltiples trabajos demográficos y económicos relativos a países en desarrollo en los que se considera juventud trabajadora al tramo de edad entre 14 a 24 años, segmento reconocido y utilizado por Naciones Unidas para delimitar la edad juvenil. Reconociendo el relativismo cultural, económico e histórico de la etapa denominada juventud, hemos centrado este trabajo sobre la franja de edad que abarca desde los 16 años, edad laboral mínima en España, hasta los 29, ambos años incluidos. En todo caso, cualquier listón separador de dos fases en la evolución del individuo ha de entenderse como un acuerdo meramente convencional que permite establecer unos parámetros más o menos fijos de medida y análisis”. Joven es un concepto cultural diverso y las consecuencias de este hecho se reflejan inmediatamente en la multiplicidad de sus definiciones operativas. Ciertamente no es un hecho novedoso el que la clasificación de las edades del hombre ha sido una cuestión compleja. Al fin y al cabo, tan operativa podríamos considerar la división en siete etapas que hace Shakespeare (varias de las cuales podrían ser consideradas como jóvenes) apoyándose sobre las diferencias de temperamento, como la clasificación enigmática de la esfinge edípica, que nos permite llamar a los ancianos tercera edad. En las sociedades modernas, sin “ritos sociales de paso” bien establecidos, el investigador tiende a encontrarse en una situación de tal familiaridad con el concepto que le hace trasparente a su problematización explícita; y sin embargo sabemos que el contenido (referente empírico del concepto) se esta transformado. “Joven” es un concepto que reúne suficiente cotidianidad al colectivo de investigadores como para que desde el análisis de las ciencias sociales devenga casi obvio. La consecuencia inmediata es que en muchos estudios de ámbito tanto nacional como internacional los contenidos operativos del concepto “juventud” se dan por conocidos. Esta es una situación que se produce en muchos otros campos de la investigación social, donde la retórica substituye a la ciencia (R. Edmondson, 1984, Perelman 1979). Básicamente, en el tratamiento del concepto juventud podemos considerar dos estrategias complementarias, apoyadas ambas sobre la idea de grupo de edad: el efecto retórico *epitémico* y el *entimémico*.

La estrategia “*entimémica*” permite al investigador aplicar la ambigüedad de toda etiqueta convencional, obviando precisamente la necesidad de una definición operativa donde se expliciten los límites (conceptuales o numéricos) del grupo de

² Hidalgo Vega y Pérez Camarero *Aspectos salariales de los jóvenes trabajadores* INJUVE. Madrid. Pg. 13-14

edad “joven”, así como las razones que justificarían dicha agrupación de individuos. Recordemos que toda distinción requiere de una diferencia, y es precisamente la explicitación de las diferencias del grupo de edad joven frente a otros grupos lo que se echa en falta en muchas investigaciones. Una opción generalizada de validación consiste en generar una agrupación de individuos y someterla posteriormente a contraste con otros grupos para caracterizar las diferencias que le definen operativamente. Este procedimiento peca obviamente de ser una falacia desde un punto de vista metodológico, en la medida que las descripciones que pudieran encontrarse posteriormente no justifican los criterios de acotación conceptual que explicarían la formación inicial de un grupo de edad.

Debe reconocerse no obstante, que todo limite a un grupo de individuos padece necesariamente de borrosidad. Esto es especialmente cierto si aplicamos la percepción social tradicional donde los jóvenes son seres en tránsito y cuya ciudadanía plena esta en cuestión; baste para ello recordar la celebre afirmación “la juventud es una enfermedad que se cura con la edad”. Sin embargo, y como ejemplo, la noción de joven como etapa de maduración e incorporación a la sociedad se encuentra traspasada por múltiples contradicciones. Considerar al joven como etapa de tránsito debe explicitar hacia que fractal social (grupos) o psicológico (personalidad): maduración emocional, intelectual, política, económica, sexual, creación de una nueva unidad familiar, etc. La complejidad de las sociedades actuales asincroniza la incorporación de los jóvenes a la sociedad de tal forma que deviene en una pertenencia y no pertenencia simultánea a diferentes grupos sociales. Así, un joven podría ser adulto político, joven económico, adulto intelectual, joven emocional y así un largo etcétera. En todo caso, la aplicación de una definición conceptual al grupo de edad “joven” necesita que esta se haga explícita en un correlato medible bajo la forma de un conjunto de indicadores o variables que expresen las diferencias entre grupos de edad y que consecuentemente peculiariza a los jóvenes.

Una segunda estrategia, “*epitémica*”, enfrenta la cuestión de acotar operativamente la noción del grupo de edad “joven” mediante la simple determinación de unos tramos de edad. Aquí también son abundantes los ejemplos en la investigación internacional (Kaufman y Spilerman 1982), donde la construcción de un intervalo de edad etiquetado como joven permite obviar una información tan importante como es el definir las diferencias entre aquellos agrupados dentro de la categoría “joven” y aquellos otros que por su edad están próximos a entrar en ella o bien han dejado de pertenecer. Dar por evidentes las relaciones entre los grupos de edad que se atribuyen la operativización de los jóvenes y el contenido del concepto es un sobreentendido quizás excesivo. Especialmente por las condiciones históricas y multiculturales del fenómeno. Podemos apreciar un ejemplo de esto anterior desde la óptica del caso español.

Precisamente la prolongación de la edad a 29 años viene motivada por su asociación al concepto (diferente) de emancipación. De este modo, se les considerara como jóvenes mientras su probabilidad de emancipación (empleo estable y vivienda independiente del domicilio familiar) es baja. Esta definición de joven sobre la base de la emancipación lleva a evidentes paradojas y a una

ampliación del tramo de edad que en algunos casos llega más allá de los 30 años. Esta situación ambigua en la edad de cierre (24 o 29 años) es claramente producto de la borrosidad del concepto de responsabilidad social plena. A. Cavalli (1997) define para el caso italiano dos conceptos de joven, directamente ejemplares de la variabilidad en la definición de muestra que encontrábamos para España. La “juventud corta”, (entre 15 y 24 años) y la “juventud larga” (entre 24 y 29 años). Los márgenes de la definición vienen facilitados por el abandono de la adolescencia (criterio sexual) y la noción de “responsabilidad civil”. Dentro de la mencionada división operativa, un aspecto importante proviene de la relación que A. Cavalli postula entre tipos de juventud y clase social. La prolongación de la juventud sería un epifenomeno de clase. Ciertamente, es difícil determinar el elemento de corte entre “joven” y “adulto”, si bien refinamientos conceptuales como el mencionado ayuda, sin lugar a dudas, a profundizar en las características de dicha segmentación.

Para el caso español, la confusión entre el concepto operativo “joven” y el de “emancipación” conduce a consecuencias interpretativas interesantes; así, producto de la confusión implícita de los términos juventud y emancipación, se encuentran las interpretaciones de las relaciones entre padres e hijos bajo la luz distorsionada de un concepto erróneamente definido. Por ejemplo, podría decirse de un padre que es tolerante con su hijo de 15 años admitiéndole una gran autonomía. Sin embargo, ¿podría decirse lo mismo si el hijo tiene 29 años, aun cuando no este emancipado y por ello se le denomine equívocamente “joven”? Como podemos apreciar, la definición correcta del concepto joven no es trivial, dado que determinara interpretaciones de la sociedad en múltiples dimensiones: relación familiar, emancipación, valores, actitudes, etc.

Hablar de *jóvenes* es hablar de familia. El permanecer en el domicilio de los padres es un fenómeno sobre todo de las sociedades del sur de Europa. Esto podría tener relación con las teorías de E. Todd o con la precariedad del Estado ¿cuáles son estos valores que importan a los jóvenes en porcentajes entorno al 90%?. La familia, la amistad, el trabajo, el tiempo libre y ocio, ganar dinero, la salud y la vivienda. No existe conflicto familiar en términos de conservación de status, dado que lo que preocupa y aprecian los jóvenes es aquello que comparten en objetivos con los padres. De hecho, la felicidad en la pareja, es decir, una emancipación exitosa depende para los “jóvenes” de la economía, *tener unos ingresos adecuados* (90%), y una *buena vivienda* (70%). En lo personal se pide *fidelidad* (98%) y *relaciones sexuales satisfactorias* (92%). Dada la importancia que se concede a la *comprensión y tolerancia* (96%) de la pareja, pasan un plano secundario las ideas políticas, religiosas y otras diferencias “ideológicas”. La jerarquía de valores para alcanzar la felicidad en la emancipación es coherente y racional. Con ingresos adecuados ya no importan las diferencias de clase, fidelidad y relaciones sexuales satisfactorias conceden la estabilidad emocional así como la tolerancia y comprensión evitan las discrepancias y disputas.

Una definición elástica de joven (definida como emancipación) permite análisis donde padres permisivos “aguantan” a los hijos. La realidad es una tensión familiar importante orientada a la conservación del status. La permanencia de los hijos en casa es parte de una estrategia económica de la clase media. De este modo,

la felicidad depende en un grado importante de la vivienda, el trabajo fijo, el dinero. Por ello la emancipación económica se produce retrasada con respecto a otras, como son la sexual. Esta estrategia es de clase, como apuntaba Cavalli. De este modo, la emancipación en la juventud corta, antes de los 24, se asocia a una emancipación temprana y posiblemente traumática. La juventud larga es una estrategia de clase media y en ese sentido un artefacto histórico que debería ser considerado con cuidado en el análisis sociológico.

Cuando se considera a los jóvenes de la actualidad, uno de los aspectos que más se acostumbra a destacar es el referido a la prolongación de la permanencia de estos en el hogar familiar. Ciertamente si consideramos la situación actual desde la perspectiva de lo sucedido con generaciones anteriores, la tendencia que encontramos es ciertamente diferente. Durante mucho tiempo, la idea de joven ha sido relacionada con la noción de conflicto e independencia, especialmente con relación a los padres. En ese sentido, los conceptos de joven y rebeldía tienden a estar asociados en la mente de todos. Sin embargo, el contexto social y económico en el que se desenvuelven los jóvenes hoy en día es bastante ajeno a los conceptos mencionados.

La noción clave para comprender las actitudes, comportamientos y opiniones de los jóvenes es “integración”. Los jóvenes generalmente desean participar de forma activa en una sociedad que en términos globales les atrae. Así, apreciamos como en la mayoría de los jóvenes, tiene una posición central la noción de emancipación estable. Hablar de jóvenes es hablar de un grupo social que manifiesta un deseo explícito de participar con normalidad en la vida cotidiana. Esto implica, evidentemente, la creación de una unidad familiar propia. El perfil de joven basado en los conceptos de independencia, rebeldía, afirmación frente a los padres o la autoridad, no tiene nada que ver con el perfil medio de los jóvenes actuales.

Resulta evidente que si las expectativas de los jóvenes ha cambiado, su relación con los padres también se ha modificado. Ciertamente el tópico de padres e hijos en conflicto ha sido reemplazado por una convivencia más o menos pacífica. No podía ser en buena lógica de otro modo, dado que los deseos de integración social que manifiesta explícitamente los jóvenes encuentran un eco favorable inmediato en sus partes. Por tanto, si el joven rebelde se encontraba en una situación permanente de enfrentamiento con sus padres, el joven cuyo deseo es formar parte de la sociedad, mediante un trabajo estable, una vivienda, etcétera, encuentra una disposición mucho más comprensiva en su entorno familiar.

Encontramos, por tanto, que el cambio de actitud en las generaciones de jóvenes actuales, implica un cambio simultáneamente en el entorno de las relaciones familiares. Allí donde se encontraba conflicto aparece consenso, como expresión directa del acuerdo implícito o explícito entre el proyecto de vida del joven y el deseado por sus padres. Este cambio de clima, donde se encuentran una expresión mayor de solidaridad familiar, hace decir a muchos analistas que la permanencia en el hogar paterno de muchos jóvenes, viene propiciado por una mayor tolerancia por parte de sus progenitores. Esto supone una verdad incompleta. La permanencia prolongada de los jóvenes en el domicilio de sus padres viene sobre todo

propiciadas por el hecho de compartir objetivos vitales. Los hijos desean algo que sus padres desean para ellos, las dificultades actuales para conseguirlo es una de las razones que propicia esa tolerancia por parte de los padres. No existen conflictos básicos de intereses. Generaciones anteriores, planteando objetivos vitales diferentes aquellos deseados por sus padres para ellos, generaban un contexto de conflicto que en frecuentemente se resolvía en forma de emancipación del joven. Como venimos mencionando, no es el caso en la actualidad. Generalmente no existe situación de conflicto y por lo tanto el clima familiar es más solidario en la consecución de unos objetivos.

No es solamente el clima familiar diferente que encontramos en la actualidad lo que produce unos padres más tolerantes (desarrollado sobre el consenso con respecto a los objetivos vitales de los hijos) sino también el hecho de que no basta con la prolongación de la permanencia de los hijos en casa de sus padres para que el concepto de joven retenga todos sus significados. Así, un hijo puede vivir en casa de sus padres por no encontrar un empleo estable, pero no por ello podemos atribuirle todas las características de un joven como tal. Los esquemas culturales permanecen, de tal forma que un “joven” de 28 años no puede ser tratado por sus padres como un joven de 18. Los padres son conscientes en mayor o menor grado, de que su hijo esta más próximo a ser considerado socialmente como un hombre y no como joven inmaduro. La noción de joven implica no solamente una etapa de transición social, como paso previo en sentido amplio a la formación de una nueva unidad familiar, sino que asimismo asocian la idea de una cierta inmadurez. Ciertamente, podemos considerar como joven a una persona que depende económicamente de sus padres y vive en el domicilio de éstos. No obstante, la elasticidad teórica del concepto no encuentra un reflejo inmediato en la sociedad. Denominar joven a una persona de treinta años, sobre la base de las circunstancias en que vive (no emancipado) es factible en términos de definición operativa, sin embargo es bastante probable que su familia haya percibido cambios de comportamiento y actitud que le aproximan más a la edad adulta. Pensamos que tiene sentido adjetivar como tolerante a un padre que otorga una libertad amplia a su hijo de catorce años, sin embargo no es tan adecuado etiquetar a un padre de la misma manera cuando su hijo ya tiene más de veinticuatro (por ejemplo).

En resumen, los jóvenes actuales no aspiran a transformar la sociedad, sino que por el contrario una de sus máximas aspiraciones es poder participar de ella. Esto implica, que la emancipación no supone una estrategia de distanciamiento de la familia (crisis de enfrentamiento e identidad) y por lo tanto indirectamente de crisis de la cohesión social, si no que por el contrario supone netamente una estrategia orientada a la constitución de una nueva unidad familiar. En ese sentido, la emancipación de los jóvenes no se plantea como una discontinuidad con respecto a la familia de origen, si no que por el contrario, son esencialmente una aspiración de continuidad, y por lo tanto de integración social. Por ello la emancipación de los jóvenes es más un proyecto familiar que individual. La familia como vínculo de integración y de relación social ha adquirido un papel fundamental en la sociedad actual.

Hemos considerado como elemento central en la relación del joven con su familia el hecho de compartir, en gran parte, los objetivos vitales del hijo. Estos objetivos vitales están orientados a obtener una emancipación de tipo estable. Debemos evaluar, por lo tanto, los rasgos de una emancipación estable en la cultura actual de los españoles. Así, en definitiva, hablar de una emancipación estable del joven es referirse a los conceptos de empleo estable y vivienda en propiedad. Desde el punto de vista de la sociedad española en general, lo óptimo para facilitar la emancipación de los hijos pasa por la obtención por parte de estos de un empleo estable. Un segundo objetivo vital para los hijos es el referido al acceso a corto o medio plazo a una vivienda en propiedad. Son precisamente las condiciones del mercado de trabajo, donde se generan básicamente empleos temporales, las que provocan que los jóvenes (y en ello reciben el apoyo de sus padres) no se emancipen cuando su principal fuente de ingresos proviene de un empleo temporal. Un objetivo prioritario para el joven, así como para su familia, es conseguir un empleo estable que le facilite ciertas garantías en su proyecto de emancipación y creación de una nueva familia.

Una situación semejante la encontramos cuando consideramos el problema de la vivienda. Para la sociedad española, lo ideal es la adquisición de la vivienda en propiedad. El alquiler es visto culturalmente como un mal menor o directamente como una etapa hacia la compra de una vivienda. En ese sentido, como hemos visto, existen una serie de estrategias orientadas a conseguir dicha finalidad (viviendas puente, acumulación de capital para adquisición de una vivienda, etcétera). Una de las características específicas del periodo que estamos viviendo consiste en que la emancipación de los jóvenes no es en absoluto un asunto exclusivo de éstos, sino que por el contrario, involucra a la unidad familiar de la que procede. En primer lugar destacamos el hecho de que ese retraso en la emancipación del joven no corresponde con una decisión particular del joven, si no que por el contrario se adecua en general a una estrategia familiar. La dimensión latente tras estas estrategias familiares refleja el deseo de conservación del estatus familiar. En ese sentido, una familia preferirá que su hijo se emancipe en condiciones de estabilidad y no de cualquier forma. Así, es lógico que los hijos permanezcan en el domicilio paterno mientras esperan unas condiciones favorables de emancipación. Precisamente, la importancia de la familia en la toma de decisión por parte del joven para emanciparse es muy elevada. En grandes rasgos, las estrategias de conservación de status están apoyadas básicamente sobre las referidas a la de empleo para el joven, así como sobre las estrategias de adquisición de vivienda.

La familia ejerce un papel muy importante en las estrategias de empleo por parte del joven. Esto es apreciable directamente, al evaluar los procedimientos mediante los que aquellos que trabajan o han trabajado obtuvieron dicho empleo. La mayor parte de los jóvenes han obtenido un trabajo mediante contactos informales, fundamentalmente los desarrollados a través de la familia, ya sea porque un familiar trabaja allí o un amigo conocido por algún familiar. En ese sentido, la familia actúa solidariamente como agencias informales de búsqueda de empleo. Un apoyo solidario se detecta también en el acceso a la vivienda.

La estrategia de adquisición de vivienda se apoya, fundamentalmente, sobre la facilidad que ofrece la familia al joven, tanto en la forma de apoyo económico para la adquisición de las viviendas como en otros casos facilitándole la vida familiar sin gastos, mientras acumula ahorros suficientes para la adquisición de una vivienda. Los padres, al igual que los hijos, consideran el alquiler de una vivienda como una situación precaria, no compatible excepto en condiciones excepcionales con la emancipación estable del joven. De hecho, esta disposición cultural hace que se genere el concepto de vivienda puente. Una vivienda puente es aquella de precio módico que se adquiere para no tener que pagar un alquiler, pero con la finalidad última de ser vendida para acceder a otra vivienda en propiedad más cercana a sus deseos. En ese sentido, la labor de acumulación de capital que efectúa el joven al ahorrar mientras vive con sus padres puede encontrar aplicaciones inmediatas en caso de ser necesario.

Como hemos podido apreciar, son varias las características que definen y peculiarizan a los jóvenes actuales, donde la emancipación se convierte generalmente en un proyecto familiar (en tanto que nueva unidad familiar que mantiene la integración social), tanto en origen como en destino. En este contexto, no cabe ninguna duda que las políticas públicas de apoyo al empleo estable, o en el peor de los casos, del empleo en general, así como con relación a facilitar el acceso a la vivienda por parte de los jóvenes, encuentran un importante eco social. No obstante, las tendencias de los mercados de trabajo contradicen las pretensiones de los jóvenes y sus familias, dado que la temporalidad y la movilidad laboral son predominantes. Dicha contradicción cultural es difícil de superar y sus efectos son directamente observables en la borrosidad de salida de la categoría joven.

Bibliografía

Abramson P. (1976) "Generational Change and the Decline of Party Identification in America: 1952-1974" *American Political Science Review*, vol.70 n°2

Alaminos A. (1987) *Los jóvenes estudiantes Latinoamericanos en España*. C.E.D.E.A.L. Madrid.

Alaminos A. (1989) *La transición ideológica en España*. Informe CIS. Madrid.

Alaminos A. (1990) *Estudio sobre la Juventud Española*. Informe C.I.S. Madrid.

Alaminos, A. (1994) "La cultura política de los jóvenes" en Martín Serrano, M. (dir) *Historia de los cambios de mentalidad de los jóvenes entre 1960 y 1990*. Madrid: Instituto de la Juventud

Alaminos A., Castejon y otros (1998) *Los jóvenes alicantinos: vivienda, empleo y emancipación*. Ayuntamiento de Alicante. Alicante.

Alaminos, A. Y Penalva, C. (1999) "Giovanni, socializzazione e ideología política in Spagna" en Bettin G. (dir) *Giovanni e democrazia in Europa*. Vol II, Padova CEDAM.

Almog, O." "The Problem of Social Type" *Electronic Journal of Sociology* 1998

Allen, S. (1968) "Some theoretical problems in the study of youth", *Sociological Review*, Vol. 16, pp. 2319-31

Barroso Rival, C. Cuesta Ojeda, O. y Granados López, J. (1998) *Libro blanco de la juventud en Canarias*. (vol. I) ed. Dirección General de la Juventud.

Becker, S. H. (1976). "Art Worlds and Social Types." *American Behavioral Scientist* 19:703-718.

Beltrán, M. y otros (1984), *Informe sociológico sobre la juventud española 1960/82*. Madrid: Ediciones SM.

Bengtson, V., Furlong, M., y Laufer, R., (1974) "Time, aging and the continuity of social structure: themes and issues in generational analysis", *Journal of Social Issues*, Vol. 30, n° 2 pp1-30 (pp.15-16)

Bettin, G. (1997) "Alcune considerazioni sul mutamento delle generazioni e sul mutamento político", G. Bettin (dir.) *Politica e società. Studi in onore di Luciano Cavalli*. Padova, CEDAM.

- Bettin, G. (1999) *Giovani e democrazia in Europa*. Padova:Cedam
- Bourdieu P.(1993) "Youth" is just a word" en *Bourdieu Sociology in Question*. Sage, London.
- Bourdieu, (1984). *Homo Academicus*. Paris: Minit.
- Burgess, W. E. (1968). "Discussion." Pp. 184-205 in Shaw, R. Clifford. *The Jack Roller*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Buzzi C., Cavalli A., de Lillo A. (1997) *Giovani verso il duemila*. Il Mulino, Bologna.
- Campbell A. (1960) *The American Voter*. New York, Wiley.
- Carlsson C. (1970) "Age, Cohorts and the Generation of Generations" *American Sociological Review* vol. 35.
- CIS: "Los jóvenes de hoy". *Datos de opinión*, 19, 1999.
- Coser, A. L. (1974). *The Pleasure of Sociology*. New York: Signet.
- Cowgill D. (1974) "The aging of populations and societies" *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. September, vol. 415.
- Crittenden J. (1962) "Aging and party affiliation" *Public Opinion Quarterly* vol 26 n°4
- Cutler N. (1975) "Toward a Generational Conception of Political Socialization" en Schwartz D. ed. *New directions in Political Socialization*. Free Press, New York.
- Cutler N. y Bengtson V. (1974) "Age and Political Alienation: Maturation, Generation and Period Effects" *Annals of the American Academy of political and Social Science*. Vol. 415.
- Cutler S. y Kaufman R. (1975) "Cohort Changes in Political Attitudes: Tolerance of Ideological Nonconformity" *Public Opinion Quarterly* vol. 39 n°1 .
- Dawson R. y otros. (1977) *Political Socialization*. Little & Brown. Boston.
- Douglas, J. W. B. (1976) "The use and abuse of national cohorts", en M. Shipman (ed.) *The Organization and Impact of Social Research*. London: Routledge & Kegan Paul
- Edmondson R. (1984). *Rhetoric in sociology*. Macmillan Press. London.

Elder, G. (1975) "Age differentiation and the life course", *Annual Review of Sociology*, Vol. 1. pp.165-90 (p.173)

Fogarty, M. (1973) *Forty to Sixty: how we waste the middle age*. London: CSSP

Foner, A. (1980) "The sociology of age stratification: a review of some recent publications", *Contemporary Sociology*, Vol. 9, n°.1, pp.771-9

Glenn (1977) *Cohort Analysis*. Sage.

Glenn N. (1974) "Aging and Conservatism" *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. Vol. 415.

Glenn N. y Hefner T. (1972) "Further Evidence on Aging and Party Identification". *Public Opinion Quarterly*, 36.

Glick, C.E. (1955). "Social types in Race Relations." Pp. 194-200 in *Race Relations in World Perspective*, edited by A.W Lind. Oxford: University Press.

Goffman, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*. New-York: Doubleday.

Greenstein, F. (1965), *Children and politics*, New Haven, Yale University Press. Hyman, H. (1959), *Political Socialization*, Nueva York, Free Press.

Hout M. y Knoke D. (1975) "Change in Voting Turnout, 1952-1972" *Public Opinion Quarterly* vol. 39 n°1

Iglesias de Ussel, J. (1988) "Socialización y control social", en S. Del Campo (ed.), *Tratado de Sociología*, vol. I. Madrid, Taurus.

Inglehart, R., (1991), *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS. Madrid.

Jennings, M.K. y Niemi, R. (1981), *Generations and Politics*, New Jersey, Princeton University Press.

Kaufman R. Y Spilerman S. (1982) "The age structures of occupations and jobs", *American Journal of Sociology*, Vol. 84, n° 4, pp827-51.

Klapp, E. O. (1949). "The Fool as a Social Type." *American Journal of Sociology* 55: 157-162.

Klapp, E. O. (1958). "Social Types: Process and Structure." *American Sociological Review* 23: 674-678.

Knoke D. y Hout M. (1974) "Social and Demographic Factors in American Political Party Affiliations (1952-72)" *American Sociological Review*, vol 39.

Linton, R. (1942) "Age and sex categories", *American Sociological Review*, Vol. 7, pp.589-603

López Pintor, R. (1982) *La opinión pública española del franquismo a la democracia*. CIS. Madrid.

Manheim, K. (1952). "The Problem of Generation." Pp. 276-320 in *Essays on the Sociology of Knowledge*. New York: Oxford University Press.

Martín Serrano, M. (1996) *Informe de la juventud en España*. Instituto de la Juventud. Madrid.

Navarro, M. y Mateo, M. J. (1993), *Informe juventud en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Juventud.

Neugarten, B., Moore, J. y Lowe, J. (1965) "Age norms, age constraints and adult socialisation", *American Journal of Sociology*, Vol. 70, pp.710-17

Nissel, M. (1982), "Families and social change since the second world war", en R.N.

Oppenheim K. y otros. "Some Methodological Issues in Cohort Analysis of Archival Data" *American Sociological Review*, vol. 38

Orizo, A. (1996) *Sistemas de valores en la España de los 90*. CIS. Madrid.

Park, B. (1986). "A Method for Studying the Development of Impressions of Real People." *Journal of Personality and Social Psychology* 51: 907-917.

Park, E. R. (1928). "Human Migration and the Marginal Man." *American Journal of Sociology* 33: 881-893.

Percheron, A. (1993), *La socialisation politique*, París, Armand Colin.

Perelman, C. (1979) *The new rhetoric and the humanities*. Dordrecht.

Rapoport, M.P. Fogarty y R. Rapoport (eds.), *Families in Britain*. London: Routledge & Kegan Paul

Reading, H. F. (1977). *Dictionary of the Social Sciences*. London: Routledge and Kegan Paul.

Recchi E. (1997) *Giovani politici*. CEDAM. Padova.

Rex, J. (1977). "Scientific Laws and Ideal Types: The Sociological Methodology of Max Weber." *Canadian Journal of Sociology* 2: 151-166.

Riley, M. (1973) "Aging and cohort succession: interpretations and misinterpretations", *Public Opinion Quarterly*, Vol. 37, n° 1, pp. 35-49

Riley, M. , Johnson, M. y Foner, A. (1972), *Aging and Society*, Vol. 3: A Sociology of Age Stratification. New York: Russell Sage

Ryder N. (1965) "The Cohort as a Concept in the Study of Social Change" *American Sociological Review*, vol 30.

Strong, M. S. (1943). "Social Types in a Minority Group: Formulation of a Method." *American Journal of Sociology* XLVIII: 563-573.

Strong, M. S. (1946). "Negro-White Relations as Reflected in Social Types." *American Journal of Sociology* LII: 23-30.

Taub, E. D. and Leger G. R. 1984. "Argot and the Creation of Social Types in a Young Gay Community." *Human Relations* 37: 181-189.

White Riley M. (1973) "Aging and cohort succession: interpretations and misinterpretations" *Public Opinion Quarterly*. Vol. 37 n°1

Zárraga, J.L., (1985), *Informe juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad*. Madrid, Instituto de la Juventud.

La participación social de los jóvenes españoles

OSCAR A. SANTACREU FERNÁNDEZ
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE DESARROLLO SOCIAL Y PAZ
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Resumen

Este trabajo analiza la participación social de los jóvenes españoles, partiendo del concepto de capital social. Utilizando como metodología los modelos estructurales de covarianzas, busca la relación entre las actividades de participación de los jóvenes y factores como la pertenencia a asociaciones y colectivos, el interés que manifiestan por la política, el grado de confianza en la utilidad de la participación política y valores como la solidaridad. También evalúa la influencia de variables externas como el género, la clase social o los estudios. La principal hipótesis que se plantea consiste en que el grado de participación general está mediada principalmente por el interés en la política y por la actividad en ámbitos de participación institucionalizados.

Palabras clave: juventud, participación, capital social, política, modelos estructurales de covarianzas.

Abstract

This paper analyzes the social participation of Spanish young people, based on the concept of social capital. We use Covariance Structural Models as methodology to find the relationship between the participation activities of young people and factors such as their associations membership, their interest on politics, their confidence feeling on the political participation and values such as solidarity. It also evaluates the influence of external variables such as gender, social class or studies. The main hypothesis is that the overall participation is mediated primarily by the interest in politics and by the activity in institutionalized areas of participation.

Keywords Youth, participation, social capital, politics, Covariance Structural Models

La participación social

La participación social es, sin duda, uno de los temas más importantes en los estudios sociales. De su importancia se ha llegado a afirmar que conforma un “sector desconocido” (Nielsen, 1979). Por ejemplo, en la Unión Europea se estima que cerca de cien millones de personas pertenecen al menos a una organización no gubernamental

(Comisión de las Comunidades Europeas, 1997; Jarré, 1991). Concretamente en España, durante la década de los 90 se ha producido un crecimiento espectacular de la participación, pasando del 25,2% que mostraba el Eurobarómetro de 1987 – que nos situaba como el último país en participación después de Italia– (Eurostat, 1991), a un grado de asociacionismo entorno al 40% (Alberich, 1994; Ruiz, 2000).

El grado de asociacionismo juvenil en España no difiere demasiado del grado de asociacionismo de la población general (Martín, 1991). La mayor parte del asociacionismo se concentra en asociaciones voluntarias (29%), mientras que sólo un 2% de los jóvenes están afiliados a algún partido político, y un 3% manifiesta estar afiliado a algún sindicato (Prieto, 1993). Algunos autores destacan que existe un gran potencial para el voluntariado entre los jóvenes, dado que más del 50% se ha planteado esta forma de participación (Orizo, 1995)

Evidentemente, al hablar de participación no debemos limitarnos únicamente a los espacios convencionales, formales o institucionalizados de participación. Hay diversos estudios (Crozier et al., 1975; Barnes and Kaase, 1979) sobre las formas de participación no convencional, originariamente asociadas con formas de protesta como boicots a determinados productos, por ejemplo, y que en la actualidad se han convertido en formas comunes de participación individual (Dalton 1999, 2004; Norris, 1999) . Se trata de formas de participación emergentes a partir de un cambio en los valores cívicos (Inglehart, 1990). Como se verá, una de nuestras hipótesis será el nexo explicativo que existe entre la participación en asociaciones y el nivel de participación general que abarca otras formas no convencionales de participación. De hecho determinados estudios sugieren una relación de reciprocidad y refuerzo entre formas de participación convencional y no convencional (Ganuza y Francés, 2008)

Este trabajo presenta la relación entre los valores de los jóvenes españoles y su participación social, entendida como interacción de actores sociales, individuales en este caso, en situaciones y procesos más o menos estructurados con unos fines significativos y con unas motivaciones que pueden ir desde la satisfacción de sus intereses (instrumentales) hasta el reconocimiento de su subjetividad, pasando por la acción pública promotora.

Analizar el fenómeno de la participación social únicamente a partir del grado de asociacionismo nos ofrece, como hemos comentado, una visión parcial del fenómeno. En este sentido, un concepto importante para el análisis de la participación social en particular, y para el diagnóstico de fenómenos sociales en general, es el de capital social. Existen numerosas definiciones, como la del Banco

Mundial que entiende el capital social como “las instituciones, relaciones y normas que conforman la calidad y cantidad de las interacciones sociales de una sociedad. Numerosos estudios demuestran que la cohesión social es un factor crítico para que las sociedades prosperen económicamente y para que el desarrollo sea sostenible. El capital social no es sólo la suma de las instituciones que configuran una sociedad, sino que es asimismo la materia que las mantiene juntas” (Banco Mundial, 1999). También ha sido definido como el entramado de interacciones estables en las que se incardina un individuo o actor social (Putnam, 2000). Como diría Hilarie Owen, no sólo es importante lo que sabes, sino a quién conoces. Las aportaciones clásicas a la definición de capital social de Bourdieu (1984), Coleman (1988), Putnam (2000) y Fukuyama (2000) han sido enriquecidas posteriormente por los trabajos de Lechner (2000), Rits (2000), Durston (2000/2001), Flores y Rello (2001), entre otros.

En este trabajo la definición de capital social recoge las normas y valores compartidos, el reconocimiento y la aceptación mutua, los valores sociales (en particular la confianza), el compromiso cívico expresado en la reciprocidad, la participación social y la construcción de redes sociales. A pesar del amplio campo de reflexión que esta definición plantea, en este trabajo vamos a centrarnos en una serie de cuestiones básicas como las siguientes:

- ¿Las actividades de participación de los jóvenes vienen explicadas por la pertenencia a asociaciones y colectivos?
- ¿Hay relación entre género, clase social, estudios... y participación?
- ¿Qué papel juegan en la participación valores como la solidaridad?
- ¿Hay relación entre el interés por la política y la participación social?

Para tratar de responder a estas preguntas utilizaremos los datos del estudio sobre Ciudadanía y Participación, integrado en el *International Social Survey Programme* (ISSP). Tomaremos como ámbito España y, por tanto, la encuesta realizada por el CIS del 8 al 18 de octubre de 2004.

Análisis comparativo por edad

Existe disparidad de criterios a la hora de fijar la edad a la que un individuo deja de pertenecer al colectivo de la juventud. En general hay cierto nivel de consenso en que la juventud es "una etapa de transición entre la infancia y la edad adulta. Los límites de edad no son precisos, habitualmente se considera que se inicia con la pubertad y concluye con la independencia de la tutela de la familia y la asunción de roles y status propios de la madurez, muchos de ellos relacionados con el ámbito de la producción" (Uña, O.; Hernández, A.; Prado, J.M., 2004:1399). Por motivos operativos en este trabajo es necesario fijar una edad máxima, de modo que usaremos el mismo criterio que la normativa europea de programas juveniles, esto es, fijamos la frontera en los 35 años. Así, este análisis busca diferencias respecto a la participación comparando por un lado el grupo de individuos de 35 años y menos (los jóvenes) y por otro el grupo de los mayores de 35 años.

La primera conclusión a la que se puede llegar es la existencia de unos valores compartidos. La siguiente tabla nos muestra lo que podría ser un “manual de buen ciudadano”: votar siempre en las elecciones, no intentar evadir impuestos, obedecer las leyes y normas... Vemos que no existen diferencias significativas entre los dos grupos de edad salvo en el campo de la participación y en la disponibilidad para servir en el Ejército en tiempo de necesidad, dos aspectos en los que los menores de 36 años presentan unas medias ligeramente mayores.

Tabla 1. Formas de participación

	Edad (Categorizada)			
	<= 35		36+	
	Media	Desv. típica	Media	Desv. típica
Votar siempre en las elecciones	5	2	6	1
No intentar evadir impuestos nunca	6	1	6	1
Obedecer siempre las leyes y normas	6	1	6	1
Mantenerse informado sobre las acciones del Gobierno	5	2	5	2
Participar en asociaciones de carácter social o político	4	2	5	2
Tratar de entender las ideas de la gente con opiniones distintas a las nuestras	6	1	6	1
Elegir artículos de consumo que, aunque sean algo más caros, no dañen el medioambiente	5	2	5	2
Ayudar a gente que, en nuestro país, vive peor que Ud.	6	1	6	1
Ayudar a gente que, en otras partes del mundo, vive peor que Ud.	6	1	6	1
Estar dispuesto a servir en el Ejército en tiempo de necesidad	3	2	4	2

En todo caso nuestro interés se centrará a continuación en tratar de determinar qué aspectos pueden intervenir a la hora de explicar el grado de participación de los jóvenes. Así, trataremos de comprender la influencia en este sentido de la actividad en espacios institucionalizados de participación, del interés por la política y de la autopercepción de la utilidad de la participación. También buscaremos la posible influencia de valores asociados a la juventud como la confianza o la solidaridad (INJUVE, 1996; Soler, 2007). Por último buscaremos la influencia de variables como el género, la clase social o el nivel de estudios. La multitud de factores intervinientes en la participación aconseja un análisis multivariante, que presentamos a continuación.

Modelo de participación

Como hemos comentado, a partir del breve análisis descriptivo expuesto tenemos la posibilidad de realizar un análisis multivariante sobre la participación de los jóvenes. En este sentido se puede aplicar un modelo estructural de covarianzas. Esta técnica estadística multivariante se suele utilizar para estudiar y analizar las relaciones de dependencia, en términos de carga explicativa, entre las variables que

consideramos que forman parte de un fenómeno social determinado, la participación social en este caso. El método define un modelo como conjunto de ecuaciones estructurales que quedan representadas en un diagrama causal.

El primer paso será, por tanto, seleccionar las variables que formarán parte de ese sistema. Este proceso de selección tiene como limitación, evidentemente, la información disponible en la base de datos que vamos a utilizar (estudio sobre Ciudadanía y Participación del CIS, 2004). Por otro lado, escogeremos las variables en función de su correspondencia con algunas de las dimensiones previamente citadas al hablar de capital social y participación social. En ese sentido, las variables que se consideran en el modelo son las siguientes:

- Pertenencia activa a alguna asociación durante el último año.
- Grado de participación activa durante el último año.
- Grado de interés por la política.
- Escepticismo político, entendido como la falta de confianza en las posibilidades reales del individuo para influir en la política.
- Confianza en el gobierno.
- Confianza general en la sociedad.
- Solidaridad (disposición para ayudar a las personas que lo necesiten).

A estas variables hemos de añadir, a efectos de control, las variables género, clase social y estudios. Tal y como se explica más adelante, dado que centraremos el análisis en la población menor de 36 años no utilizaremos la variable edad como variable explicativa.

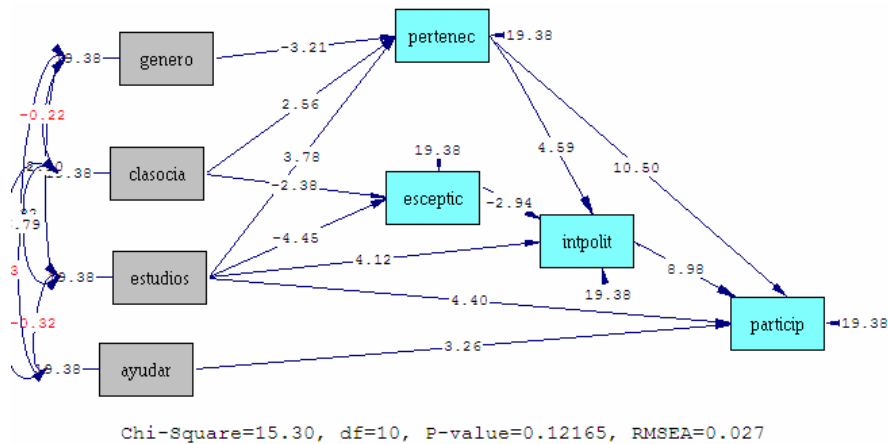
Nos planteamos, por tanto, que la pertenencia a asociaciones, el interés por la política, los valores sociales, la participación política, la solidaridad o la clase social tienen un efecto positivo a la hora de explicar la participación social. En particular, nuestra principal hipótesis consiste en que el grado de participación general está mediada principalmente por el interés en la política y por la actividad en ámbitos de participación institucionalizados. El nivel de estudios y la disposición a ayudar, a dedicar tiempo a los demás, influirán también directamente en el grado general de participación. Al hablar del nivel de estudios, cabe comentar su relación también directa con el interés por la política desde un punto de vista activo que considera la posibilidad de que este interés sirve realmente para algo. Paralelamente, se espera una relación positiva también entre el nivel de estudios y la pertenencia a alguna asociación. En cuanto a la clase social, es de esperar que las clases más bajas sean más escépticas respecto a su capacidad para influir en política.

Estas hipótesis relacionales se plasman en el modelo identificado, consistente y recursivo que representa el siguiente gráfico.

Los valores en las flechas corresponden a los valores de las pruebas t , e indican que las relaciones establecidas entre las variables son estadísticamente significativas. Los coeficientes de bondad del ajuste nos muestran también que las diferentes hipótesis dan lugar a una explicación consistente. Así, el chi-cuadrado, una medida de ajuste global del modelo, es ajustado comparado a los grados de

libertad, indicando un buen ajuste. Otros indicadores que complementan la dependencia de chi-cuadrado del tamaño muestral expresan también un ajuste razonable de nuestra explicación a partir de los datos disponibles¹.

Gráfico 1. Modelo estructural sobre la participación.



Como variables exógenas consideramos el género, la clase social, el nivel de estudios y la disposición para ayudar (solidaridad). Por otro lado, como se ha dicho, el hecho de incluir en el modelo únicamente la población menor de 36 años hace que los datos no nos permitan establecer una relación estadísticamente significativa de la variable género con el resto de variables estudiadas, por lo que dicha variable no ha sido considerada para ser incluida en el modelo.

Se observa también que la variable central en el modelo es la que se refiere al interés por la política, en tanto que tiene un importante papel como mediadora para explicar la relación de las otras variables con la variable que recoge el grado de participación. También influyen directamente la pertenencia efectiva a asociaciones y la solidaridad como compromiso cívico.

La utilización de un modelo estructural de covarianzas nos permite determinar en qué grado los datos sustentan la hipótesis de partida. A continuación mostramos las ecuaciones de dicho modelo.

$$\text{particip} = 0.63 \cdot \text{pertenec} + 0.91 \cdot \text{intpolit} + 0.12 \cdot \text{ayudar} + 0.082 \cdot \text{estudios},$$

Errorvar.= 1.52, $R^2 = 0.29$

(0.060)	(0.10)	(0.036)	(0.019)	(0.079)
10.50	8.98	3.26	4.40	19.38

¹ P .12165 y RMSEA=0.027. Los índices GFI (Goodness of Fit Index) y AGFI (Adjusted Goodness of Fit Index) presentan unos valores de 0.99 y 0.98 respectivamente.

Tal y como habíamos planteado, la participación vendría explicada de forma directa por la pertenencia a asociaciones, el interés por la política, la disposición a ayudar y el nivel de estudios, siendo el interés por la política la variable que mayor carga explicativa muestra (0.91). Apreciamos también cómo las pruebas *t* para cada coeficiente nos indican que las relaciones propuestas son significativas (10.50, 8.98, 3.26 y 4.40 respectivamente).

$$\text{pertene} = 0.044 * \text{estudios} - 0.18 * \text{genero} + 0.068 * \text{clasocia}, \text{Errorvar.} = 0.57, R^2 = 0.045$$

(0.012)	(0.055)	(0.027)	(0.029)
3.78	-3.21	2.56	19.38

Por su parte, la pertenencia a asociaciones de los jóvenes españoles viene explicada por el género, la clase social y el nivel de estudios, en todos los casos de forma positiva, lo que nos daría un perfil de un hombre de clase social media-alta y nivel de estudios medio-alto, siempre hablando en términos probabilísticos.

$$\text{intpolit} = 0.097 * \text{pertene} - 0.097 * \text{esceptic} + 0.028 * \text{estudios}, \text{Errorvar.} = 0.20, R^2 = 0.074$$

(0.021)	(0.033)	(0.0067)	(0.010)
4.59	-2.94	4.12	19.38

Por otro lado, el interés por la política resulta especialmente importante en este análisis dado que se trata de una variable mediadora a través de la cual influyen en la participación social otras variables. En este modelo, el interés por la política será probablemente mayor si se pertenece a alguna asociación, se tiene un nivel de estudios medio-alto y un bajo escepticismo en la política. También recibe el efecto de la variable género a través de la pertenencia o no a asociaciones, como hemos visto, así como de la clase social y del nivel de estudios a través del escepticismo: el escepticismo es mayor en clases sociales bajas y un mayor escepticismo explica un menor interés por la política.

De este modo el escepticismo, que se entiende aquí como la falta de confianza en las posibilidades reales del individuo para influir en la política, viene explicado en el modelo principalmente por la clase social (mayor escepticismo en las clases sociales bajas) y por un menor nivel de estudios.

$$\text{esceptic} = -0.033 * \text{estudios} - 0.041 * \text{clasocia}, \text{Errorvar.} = 0.24, R^2 = 0.042$$

(0.0074)	(0.017)	(0.012)
-4.45	-2.38	19.38

En cuanto al género, observamos que presenta un doble efecto sobre la participación. La principal variable mediadora es la pertenencia a asociaciones, que puede ir unida o no a un mayor interés por la política. Por otro lado es cierto que, en términos absolutos, las mujeres participan más que los hombres (58,3% frente al 54,3%), pero los hombres presentan más participaciones múltiples (entendidas como la participación durante el último año en más de cinco actos), lo que se explica

por la mayor pertenencia activa de los hombres a asociaciones (38,4% frente al 23,5% de las mujeres).

La clase social media-alta también tiene un efecto indirecto positivo sobre la participación a través de la mayor pertenencia a asociaciones y de una mayor confianza en la efectividad de las acciones políticas y el consiguiente mayor interés por la política.

Por último, el mayor nivel de estudios es sin duda la variable que más efectos tiene sobre la participación: al efecto directo hay que sumar un efecto indirecto a través de un mayor interés por la política, a través de un menor escepticismo y el consiguiente mayor interés por la política, y otro efecto indirecto mediante la mayor pertenencia a asociaciones.

Bibliografía

- ALBERICH, T. (1994) "Aspectos cuantitativos del asociacionismo en España", en *Mundo asociativo*. Documentación Social Nº 94. Madrid.
- BANCO MUNDIAL (1999). *Capital social*. En: <http://go.worldbank.org/789EMK6WV0>
- BARNES, S. H. AND KAASE, M. (Eds) (1979). *Political Action. Mass Participation in Five Western Countries*. Beverly Hills, CA: Sage.
- BOURDIEU, P. (1984) *Questións de Sociologie*. Paris: Les Éditions de Minut
- COLEMAN, J. (1988) "Social Capital in the Creation of Human Capital". *American Journal of sociology*. University of Chicago, Vol. 94. Supplement S95-S120.
- COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (1997) *El fomento del papel de las asociaciones y fundaciones en Europa*. Comunicación de la Comisión, Bruselas, 06.06.1997. COM(97) 241 final.
- CROZIER, M., HUNTINGTON, S. P. and Watanuki, J. (1975). *The Crisis of Democracy*. New York: New York University Press.
- DALTON, R. J. (1999). "Political support in advanced industrial democracies." In Norris, P. (Ed.), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press, pp. 57–78.
- DURSTON, J. (2000) *¿Que es el Capital Social Comunitario?* CEPAL. Serie Políticas Sociales, 33. Santiago de Chile.
- EUROSTAT (1991) *Retrato Social de Europa*. Oficina Estadística de las Comunidades Europeas - Eurostat.
- FLORES, M. e RELLO, F. (2001) "Capital Social: virtudes e limitações" CEPAL. Conferencia *En busca de un nuevo paradigma: capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile, 24 a 26 de sep. 2001.

- FUKUYAMA, F. A (2000) *Grande Ruptura*. Trad. Nivaldo Mantingelli Jr. Rio de Janeiro: Rocco.
- GANUZA, E Y FRANCÉS, F. (2008) "Rethinking the sources of participation: a case study of Spain" en *European Sociological Review*, Vol. 24, nº 4, september 2008. Pags 479-493. Oxford University Press.
- INGLEHART, R. (1990). *Cultural Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton: Princeton University Press.
- INGLEHART, R. (1997). *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic and Political Change in 43 Societies*. Princeton: Princeton University Press.
- INJUVE (1996) *La solidaridad de la juventud*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- JARRÉ, D. (1991) "La iniciativa social y humanitaria en Europa Occidental", en *Las entidades no lucrativas de carácter social y humanitario*. Colección solidaridad. Nº 1, Fundación ONCE, Madrid
- LECHNER, N. (2000) "Desafíos de un desarrollo humano: individualización y capital social" En KLIKSBERG, B. e TOMASSINI, L. *Capital Social y Cultura: Claves estratégicas para el desarrollo*. Argentina: BID y Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A., p.19-58.
- MARTÍN, M. (1991) *Los valores actuales de la juventud en España*. Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Juventud. Madrid.
- NIELSEN, W (1979) *The endangered sector*. Columbia University Press, New York
- NORRIS, P. (1999). "Conclusions: The growth of critical citizens and its consequences." In Norris, P. (Ed.) *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press.
- ORIZO, F.A. (1995) *Dinámica intergeneracional en los sistemas de valores de los Españoles*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- PRIETO, R. (1993) "Asociacionismo, ideología y participación". En Navarro López y Mateo Rivas, *Informe Juventud en España 92*. INJUVE, Madrid.
- PUTNAM, R. D. (2000) *Comunidade e Democracia: a experiência da Itália Moderna*. Trad. Luiz Alberto Monjardim, 2.Ed. Rio de Janeiro: Editora FGV.
- RITS, G. (2000) "La cultura y el capital social: cómplices o víctimas del desarrollo?" En KLIKSBERG, B. y TOMASSINI, L. *Capital Social y Cultura: Claves estratégicas para el desarrollo*. Argentina: BID y Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A., p.129-150.
- RUIZ, J.I. (dir) (2000) *El sector no lucrativo en España* Fundación BBV, Madrid.

SOLER, P. (2007) *Factores psicosociales explicativos del voluntariado universitario*. Tesis doctoral. Alicante: RUA. Disponible en:
<http://hdl.handle.net/10045/7756>

UÑA, O.; HERNÁNDEZ, A.; PRADO, J.M. (2004) *Diccionario de Sociología*. ESIC Editorial, Barcelona.

El laberinto de la participación juvenil: estrategias de implicación ciudadana en la juventud¹.

FRANCISCO JOSÉ FRANCÉS GARCÍA.
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE DESARROLLO SOCIAL Y PAZ.
UNIVERSIDAD DE ALICANTE.

Resumen

El estudio de la participación juvenil supone un reto investigador, por cuanto las prácticas colectivas de los jóvenes se contextualizan en el marco de la participación ciudadana adulta, pero presentando elementos y potencialidades propias de la condición juvenil. El artículo pretende asumir el vínculo entre reproducción del orden social y producción de nuevos órdenes en las prácticas sociales de los jóvenes, para cuestionar los enfoques teóricos que plantean una desafección pública de la juventud contemporánea. Para ello se exponen las limitaciones y disfuncionalidades del modelo participativo actual y se proponen elementos que configurarían las condiciones necesarias para la implicación ciudadana de los jóvenes, a través del avance en tres dimensiones básicas de los procesos participativos innovadores: inclusividad, intensidad e influencia

Palabras clave: Juventud, participación ciudadana, democracia, aproximación participativa, implicación ciudadana.

Abstract

The study of youth participation is a challenge, because the collective practices of young people are contextualized within the framework of adult citizen participation, but submitting own elements and potentials of youth condition. This article attempts to assume the link between reproduction of social order and production of new orders in the social practices of youth, questioning theoretical approaches that pose a public disaffection of contemporary youth. So we will expose the limitations and dysfunctions of the current participatory model and propose elements that shape the necessary conditions for citizen involvement of young people, using three basic dimensions of participatory processes: inclusiveness, intensity and influence.

Keywords: Youth, civic participation, democracy, participatory approach, citizen involvement.

¹ Este artículo parte de las conclusiones de los seminarios realizados dentro de la Acción Complementaria "Las Fuentes de Identidad en el Siglo XXI", con ref. SEJ2007-29536-E, financiada por el Ministerio de Educación y Ciencia.

Introducción

Enfrentarse a un fenómeno como es el estudio de la juventud supone acercarse a un actor social cuyos límites están muy claros en el imaginario colectivo, pero en la realidad se muestran difusos, difíciles de encerrar y operativizar. A pesar de que la dimensión edad es quizás la que más aproximación ofrece, la palabra "juventud" no deja de ser básicamente una construcción social que trasciende en mucho el mero hecho biológico.

Los ritos de transición entre la infancia y la juventud, y entre ésta y la edad adulta han ido cediendo lugar a una multiplicidad de situaciones que caracterizan el ser joven: ¿en qué momento el "niño" pasa a ser "joven"? ¿y cuándo asumimos que un "joven" es ya un "adulto"? La condición juvenil ha sido objeto de una apropiación cultural por parte de nuestra sociedad, que le ha ido dotando de una serie de connotaciones simbólicas dejando de ser específicas de la edad: uno puede "sentirse joven", tener un "look joven", ser "joven de espíritu"... La juventud posee un significado compartido pero presenta múltiples significantes que hacen referencia a esta etiqueta de lo abstracto.

Como vemos, parece por lo tanto poco apropiado utilizar como referente la dimensión cultural para definir qué es la juventud. Podríamos utilizar entonces otro de los criterios habituales, el de la determinación de la situación socioeconómica de los sujetos para intentar acotar la idea de joven. De acuerdo con este planteamiento una persona realiza la transición entre juventud y edad adulta cuando posee autonomía económica y social, creando un entorno vital independiente de la familia de origen. Pero la realidad nos invalida gran parte de esta proposición. El eje cronológico tradicional que presupone una evolución entroncada por la educación, el trabajo, el establecimiento de una pareja estable y el matrimonio es una guía que ha dejado de ser válida para describir la trayectoria de muchos jóvenes, asentándose en la actualidad un modelo de prolongación de la estancia en el hogar paterno, dificultad para hallar un hueco estable en el mercado laboral, situaciones de convivencia diversas, etc.

En cualquier caso contemplamos un contingente que, bajo la perspectiva de intentar imbricar en todo momento el hecho social y biológico del colectivo, y tomando como objeto de estudio el campo de la participación juvenil, es protagonista en gran medida de lo que se ha dado en llamar la nueva condición juvenil. Y esta condición juvenil refleja una serie de paradojas que nos pueden ayudar a comprender el paradigma de complejidad al que nos enfrentamos.

A la vez que un proceso de transición a la edad adulta, parece claro que la juventud es sentida por sus protagonistas como una etapa vital, vivencial: la juventud es al mismo tiempo estadio y estado. Estadio en tanto que el mundo adulto enmarca al joven en una serie de espacios institucionalizados (familia, instituto, trabajo) a través de los cuales el joven se va convirtiendo progresivamente en adulto. El proceso de inserción del joven en su realidad inmediata necesita de un gran esfuerzo de adaptación a la diversidad de contextos en los que se debe manejar, debiendo compartir relaciones afectivas, de intercambio material, de definición de estatus, etc. Cualquier aspecto de la vida del joven al que nos acerquemos estará definido por esta multiplicidad de facetas.

Pero cualquier sujeto vivencia con gran intensidad esta etapa juvenil. Es consciente de que asiste a una socialización productiva presidida por el “deber ser”, aunque a través de su experiencia engarza estas metas deseables socialmente que permiten la reproducción social con grandes dosis de des-producción de este orden, ligadas generalmente al mundo afectivo y de relaciones sociales del joven, que en muchas parcelas se construye y se desarrolla al margen de los adultos. Este “descontrol controlado” permite al joven compartir las esferas del deber y del placer, administrando espacios y tiempos.

Así el joven de la sociedad actual se haya ante una trayectoria hacia la vida adulta en la que debe ir descubriendo los caminos, caminos que no están marcados ya que los patrones tradicionales han dejado de ser válidos, construyendo una condición juvenil distinta a la definida durante las décadas anteriores. Esta incertidumbre con frecuencia genera perplejidad en el mundo adulto, porque las explicaciones tradicionales ya no sirven para comprender muchas pautas de comportamientos, sobre todo aquellos que generan peligrosidad social o riesgo de desviación en la socialización deseable.

Por eso es de especial interés como investigadores tener acceso a los modos en que los individuos (como actores individuales o grupales relacionados con el mundo juvenil) se ven a sí mismos, a sus interlocutores, representantes, a las instituciones implicadas y al mundo que les rodea. En otras palabras, cuál es la definición social de la situación en todo aquello que tiene que ver con el joven y cómo se construye socialmente esa realidad, especialmente en el marco de sus redes de relaciones grupales.

Y la participación social o ciudadana es sin duda una de las dimensiones a través de las cuales los jóvenes construyen su universo de relaciones grupales y definen imaginarios de la realidad social. Dentro de esta perspectiva trataré de contemplar a los jóvenes como agentes sociales con entidad propia, como miembros de grupos formales o informales y como actores individuales, que desarrollan en diverso grado estrategias, modos, alternativas implicaciones en los canales participativos en sentido amplio, de acuerdo con unas expectativas grupales o sociales, con unas experiencias pasadas y con una actitud ante otros actores sociales que, por su participación o no participación, construyen esa definición de la situación a la que pretendemos acercarnos.

La reacción de distintos jóvenes ante la imagen juvenil socialmente construida por los adultos es un indicador fundamental del lugar del joven en las sociedades de países desarrollados. En este contexto, se hace imprescindible conocer de primera mano las diferentes perspectivas, los distintos paraqués y finalidades de los actores con el fin de poder identificar con claridad el estado de la cuestión: cuáles son los posicionamientos, los bloqueos, las inercias, las problemáticas y las expectativas de los distintos actores, qué elementos los caracterizan y cómo se afrontan los procesos participativos juveniles, dónde se encuentran los nudos o puntos de conflicto y dónde las potenciales alianzas o conjuntos de acción que se pueden constituir como motor de la participación juvenil.

El propósito no es otro que tratar de reducir progresivamente los desajustes entre los objetivos planteados por los intentos parciales o sectoriales de ofrecer “políticas” (servicios, más propiamente) a los jóvenes en diversas materias y las demandas (generalmente heterogéneas y difícilmente identificables) de la población juvenil en su relación con las instituciones, entendidas éstas en un sentido amplio.

Las políticas de juventud son -valga la redundancia- una materia muy joven, débil, sujeta generalmente a cierta provisionalidad, limitada, pero al mismo tiempo y como consecuencia se abren en torno a ellas grandes posibilidades y alternativas para las cuales es posible sentar bases progresivamente, con aportaciones realmente participativas. Así mismo, la sociología de la juventud se enfrenta en estos momentos a nuevos retos ante una población juvenil caracterizada por una creciente complejidad y heterogeneidad que requiere de nueva producción teórica alimentada por la práctica.

Algunos cambios a tener en cuenta en los procesos de participación juvenil.

El primer problema al que nos enfrentamos cuando nos acercamos a la idea de lo que entendemos por participación social es precisamente su conceptualización. El término “participación” es uno de los conceptos más utilizados no solo en investigación social, sino en el marco de las políticas sociales y en el de las democracias representativas en general; pero este mismo uso y abuso que se hace del término es precisamente lo que dificulta su definición. A pesar de que parece que existe un consenso postmoderno en torno a su deseabilidad, ésta se aborda desde una enorme diversidad de enfoques e ideologías (desde el neoliberalismo hasta las perspectivas comunitaristas), otorgando un carácter polisémico al hecho participativo. De esta forma bajo el uso de un mismo significante descansan lógicas y contenidos muy diversos, cuando no enfrentados.

Si descendemos al nivel semántico de los conceptos, podemos entender enseguida que “participar” es tomar parte en algo, pero en la tradición democrática española y en la legislación que dispone, el ciudadano toma parte en la mayoría de las ocasiones por invitación, y casi siempre sin capacidad de decisión, lo que cuando menos contribuye a cuestionar la legitimidad y efectividad de estos órganos o espacios de participación. La representación de la “voluntad general” descansa en manos de las autoridades, que son las que gestionan los recursos, quedando las organizaciones ciudadanas como meros consultores que normalmente solo pueden influir en la gestión pública “por irrupción” en un momento determinado, utilizando otros cauces no previstos por la administración (campanas, manifestaciones, movimientos ciudadanos, etc.)

La complejidad de las reflexiones en torno al concepto de participación ciudadana se agrava aún más debido a la terminología al uso en este campo, cuando para referirnos a los actores utilizamos conceptos neutros y generalistas (ciudadano, administración, juventud para el caso que nos ocupa, etc.) que simplifican la complejidad social y la reducen a debates en los que no hablamos de sujetos sociales actuantes, que son los que encontramos en las prácticas concretas. Este manejo de significantes conlleva implicaciones en la modificación de la esencia de los procesos participativos, ya que el uso de “actores abstractos” ha contribuido a la idealización y simplificación desde las instituciones de las complejas redes locales, mitificando a “la ciudadanía” o “el pueblo”.

Cuando intentamos investigar acerca del uso que realizan los jóvenes de los canales de participación social existentes, cómo los valoran, qué dificultades encuentran para participar en ellos, cómo son las relaciones con el resto de actores sociales implicados en los procesos de participación, o qué otras formas alternativas de participación les gustaría desarrollar, también con frecuencia nos adentramos en una

problemática en la que confluyen factores muy diversos. Por un lado, los procesos de participación forman parte de lo que son las prácticas cotidianas o esporádicas de los jóvenes, lo cual exige adentrarse en el campo de las representaciones simbólicas, los valores y las motivaciones de los sujetos con el fin de comprender cuáles son los distintos sentidos que los jóvenes dan a las prácticas de participación. Por otro lado, los procesos de participación juvenil han de contextualizarse en el marco más amplio de la participación ciudadana adulta, ya que los órganos y canales de participación de la población juvenil (al menos en su dimensión formal) reproducen en gran medida los del mundo adulto, los cuales inducen a unas formas concretas de participación social (básicamente a través de colectivos organizados), quedando un amplio espectro de posibilidades de participación que es necesario explorar para poder comprender muchas de las prácticas de participación juvenil.

Al margen de los distintos enfoques y conceptualizaciones, lo que sí parece cierto en todos los casos es que asistimos a una serie de cambios en las distintas dimensiones de la participación juvenil que entiendo hay que tener muy en cuenta para la comprensión de la realidad existente.

En este sentido quizás lo más llamativo en los resultados de la literatura investigadora de este campo es que la participación juvenil parece ir desplazándose en la actualidad hacia contextos informales, ajenos a espacios diseñados institucionalmente, y donde cada vez más los vínculos vivenciales y existenciales de los sujetos se configuran como el verdadero motor de la acción social. En otras palabras, mientras que en el pasado las identidades colectivas se construían en torno a códigos socioeconómicos e ideológico-políticos, ahora se construyen alrededor de espacios de acción relacionados con la vida cotidiana. La calle y el lenguaje cotidiano, los valores que circulan por la red social, y los símbolos de una comunidad, aparecen como elementos significativos en la articulación de los jóvenes, sus problemas y sus inquietudes. Se desdibujan las grandes metas utópicas a largo plazo, y los escenarios de las prácticas se vinculan primordialmente a la consecución de metas a más inmediatas, realizables y alcanzables. Además, las estructuras de los colectivos juveniles tienden a abandonar los marcos institucionales excesivamente rígidos en favor de redes horizontales que posibilitan la comunicación entre los distintos campos de actuación. Y en estos trazos de diagnóstico, finalmente parece que la necesidad de permanencia de la acción y de las estructuras de participación no supone un rasgo definitorio. Al contrario, se registra un aumento creciente del mecanismo de activaciones y desactivaciones puntuales, en muchas ocasiones con carácter multitemático, en el que los jóvenes entran y salen continuamente de unos procesos de participación caracterizados cada vez más por la flexibilidad y la transitoriedad de la acción.

Estas transformaciones, que tienen un carácter global (niveles de análisis macro y meso) pero se manifiestan y se concretan de múltiples formas en los escenarios cotidianos (nivel micro), poseen sin duda impactos en la forma de ver las relaciones que establecen entre sí los principales actores presentes en el juego participativo: la Administración, las asociaciones y colectivos juveniles, y los que en última instancia deben ser los protagonistas de toda esta historia: la base social, los jóvenes en general.

En la actualidad se cuestionan determinados enfoques, esencialmente vinculados a políticas institucionales, que proyectan en la población juvenil determinadas

características de las que resulta frecuentemente una visión sesgada de las capacidades participativas de esta población, por las que los jóvenes se encontrarían en una situación de semi-ciudadanía o de ciudadanía incompleta. Así, desde determinadas ópticas del diseño institucional se vincula la imagen de los jóvenes con una idea negativa de la condición juvenil, una condición que atendería a visiones unidimensionales del ciudadano joven, que aparece volcado en el mundo privado, con escasa voluntad de compromiso con los problemas que le rodean, ausente de responsabilidades e inmerso en todas las dificultades que encuentra en el proceso de transición hacia la edad adulta y en su integración dentro de la esfera productiva. Todos estos condicionantes harían perder peso a la importancia que los sujetos jóvenes otorgan a su implicación en la esfera pública. De acuerdo a estas explicaciones a ello respondería el alejamiento de las instituciones y de las prácticas tradicionales de participación social. En los jóvenes españoles parece que asistimos a un aumento de la abstención en el voto, a un descenso en la militancia en partidos políticos y organizaciones ciudadanas tradicionales, a un alejamiento generalizado de las actividades convencionales del espacio participativo, y a una creciente desconfianza en el funcionamiento práctico de las instituciones políticas democráticas.

Para el ámbito estatal español, si seguimos los datos del sondeo de opinión realizado por el Instituto de la Juventud de España sobre participación y cultura política, realizado en 2005 (INJUVE, 2005), se nos muestran resultados que apuntan en el sentido esbozado en el párrafo anterior, aunque ciertamente con contenidos ambivalentes. Los jóvenes españoles muestran un escaso interés por la política (3 de cada 4 afirman que le interesa poco o nada), los sentimientos que inspira esta actividad se centran en los calificativos de desconfianza, indiferencia y aburrimiento; pero a la vez afirman estar capacitados en su mayoría para comprender lo que acontece en ese ámbito de la acción pública. Se posicionan en la afirmación mayoritaria de que la democracia es siempre preferible a cualquier otra forma de gobierno (79.2%), pero prácticamente la mitad de los encuestados se muestran poco satisfechos con al funcionamiento de la democracia en España. De hecho, la valoración media de ésta en España apenas alcanza el aprobado por parte de los jóvenes en una escala de 0 a 10 (media de valoración de 5.6); un 45% de los encuestados manifiestan que la sociedad civil en la que vivimos necesita profundas reformas. Dentro de estas calificaciones medias, cuando a los jóvenes se les proponen ciertos aspectos de lo que debe definir la idea de un buen ciudadano, los dos comportamientos propios de la ciudadanía en las democracias representativas tampoco acaban de presentar muy buenas valoraciones: ante la afirmación de que “para ser un buen ciudadano hay que votar en todas las elecciones”, apenas se alcanza una valoración media de 5 en la escala (llama la atención que el 67% de los jóvenes se muestran de acuerdo ante la afirmación de que “no votar es una postura tan legítima como votar”), y si se les pide que se posicionen ante la afirmación de que “para ser un buen ciudadano hay que participar en asociaciones de carácter social o político”, la media desciende hasta el 4. En ese sentido, opiniones y prácticas de los sujetos andan bastante alejadas de la idea cristalizada de la excelencia participativa en el ejercicio de la democracia.

Parece por lo tanto que aquellos elementos que definen las prácticas convencionales de participación en el modelo tradicional de democracia representativa no acaban muy bien paradas a ojos de la juventud española. De este tipo de resultados es

desde donde con cierta asiduidad se articulan los discursos que presentan una condición ciudadana de los jóvenes negativa y alejada de la esfera pública. Este discurso parece consistente, pero no podemos obviar que estamos tomando una parte de la participación ciudadana (las formas y canales tradicionales de participación) por el todo. La idea de participación social desborda en mucho la mera adscripción en los dispositivos diseñados institucionalmente para que los sujetos tomen parte en la esfera pública. Y resulta que cuando amplificamos el contenido y sentido de la acción participativa, hallamos que los resultados en las respuestas de los jóvenes producen una luz distinta sobre la idea estereotipada de implicación cívica o ciudadana de la juventud.

Un primer dato que permite percibir las contradicciones presentes en el análisis de la realidad participativa habitual de la juventud, y que perfila la idea de una reordenación del espacio público, es la coexistencia del bajo interés por los actores y figuras tradicionales con una elevada valoración del sistema democrático. No parece por lo tanto ponerse en duda el marco normativo de la democracia como telón de fondo que otorga legitimidad a las relaciones que acontecen en el espacio público. Además, los jóvenes muestran un acuerdo generalizado en que la política tiene una gran influencia en la vida de cualquier ciudadano, y un interés casi unánime en que se tomen en cuenta sus opiniones a la hora de tomar decisiones que tengan relación con los temas que les afectan.

El resultado, por lo tanto, no parece ser un descontento más o menos crítico u oposición antidemocrática, sino alejamiento y recelo respecto al sistema político, especialmente respecto de aquellos que se ocupan de la toma de decisiones. Más bien, a la luz de los datos, cabe hablar de que los jóvenes manifiestan dificultades para encontrar un soporte adecuado sobre el cual desarrollar su implicación en lo público a través de los canales diseñados institucionalmente, a través de las formas predeterminadas de participación y también, como hemos visto, a través de los actores tradicionales propios de las democracias representativas, inercias todas estas que han generado lógicas en ocasiones muy poco participativas para el mundo participativo juvenil.

Pero encontramos que si se pregunta en torno a otras formas de participación menos convencionales, situadas en el ámbito de la participación no institucionalizada, comienza a esbozarse un nuevo espacio participativo en los jóvenes. Ante esta situación, es posible poner en relevancia el peso cuantitativo que en términos, no ya de opiniones sino de conductas participativas, tienen algunas formas no convencionales de participación.

Acciones no institucionalizadas de participación social

	“Lo he hecho alguna vez”	“No lo he hecho, pero podría hacerlo”
Firmar una petición	45.2 %	43.3 %
Boicotear o comprar ciertos productos por razones políticas o para favorecer el medio ambiente	21.4 %	54.0 %
Asistir a una manifestación	57.6 %	32.3 %
Entregar dinero o recaudar fondos para una actividad social o política	19.5 %	49.9 %

Fuente: INJUVE (2005)

Como vemos, el arco de conductas participativas no institucionalizadas posee un amplio refuerzo por parte de los jóvenes, tanto en términos de conductas (“lo he hecho alguna vez”), como en términos de predisposición para la conducta (“no lo he hecho pero podría hacerlo”). Se nos muestra así un imaginario participativo que comienza a presentar divergencias respecto a la hipótesis de desafección generalizada de los jóvenes respecto a la esfera pública. Nos hallamos más bien ante un contexto de la participación crítico pero no pasivo, lo que viene a confirmar las ideas ya expresadas por algunos autores como Jorge Benedicto. Coexiste la sensación en los jóvenes de la escasa capacidad de poder incidir de una manera efectiva en la solución de problemas sociales a través del modelo político tradicional, con el desarrollo paralelo de actitudes de implicación cívica. Parece que estamos asistiendo a un desplazamiento de la participación juvenil hacia esferas cívicas y comunitarias, articulándose a través de nuevos marcos organizativos y de significación.

De la lectura de estos datos podemos extraer una primera conclusión: este tipo de acciones que se afrontan desde una perspectiva alejada a los canales institucionales tradicionales de participación, suponen una opción de participación nada desdeñable para la juventud española. Llama por lo tanto la atención especialmente el auge progresivo de la participación no convencional, que cristaliza en un arco de prácticas donde además del componente conductual, se acompaña de una amplia actitud de apoyo por parte de los jóvenes hacia el desarrollo de las formas y los contenidos que estas opciones representan.

La desafección política, como hemos visto, hace referencia a un tipo de participación, aquella fundamentada en las lógicas instituidas, corporativas y codificadas institucionalmente. Pero no podemos vincularla, de acuerdo con los resultados, a otras formas de participación que se muestran ajenas a estos condicionamientos.

Estas nuevas formas de participación no habría que considerarlas reactivas, al margen o enfrentadas a las prácticas institucionalizadas, sino complementarias a ellas, pero con una naturaleza y una dinámica distinta.

De acuerdo a la información expuesta hasta ahora podemos cuestionar hasta qué punto el discurso afianzado en el mundo adulto que postula el alejamiento y la pasividad de los jóvenes hacia lo público no acaba por abrazar todo el problema (la desafección del joven hacia lo público en general y hacia la política en particular), por lo que quizás sea sólo una parte de la realidad participativa (el cuestionamiento de la lógica de la acción política y de las vías de participación existentes en nuestra democracia representativa). El amplio consenso de los jóvenes en el apoyo hacia nuevos actores y nuevos canales de participación, así como el asentamiento de conductas participativas que se desarrollan al margen del entramado institucional, viene a desvelar una trama más compleja, apoyada en unas características que reconocen la existencia de un sujeto político juvenil no corporativo, atravesado por lógicas no instrumentales y con una percepción implicativa del hecho participativo.

La disfuncionalidad presente por lo tanto habría que buscarla en los mecanismos efectivos de participación (ciudadana en general y juvenil para este caso) propios de las democracias representativas, lo que vendría a sentar las bases de la crisis de un modelo participativo actual que no se circunscribe ni mucho menos al colectivo juvenil.

En este sentido ya hemos comentado que los procesos de participación juvenil han de contextualizarse en el marco más amplio de la participación ciudadana adulta, reproduciendo gran parte de sus inercias y bloqueos. El que el diagnóstico de la realidad existente responda a estos principios se debe en gran medida a la manera en que los diversos actores involucrados en el juego participativo desarrollan su acción. Veamos algunos rasgos.

Del lado de las instituciones, la participación de la juventud en la vida social y política se ha convertido, como hemos visto en la introducción, en un eje discursivo esencial para los gobernantes públicos, pero la existencia de organismos de participación en la práctica limita la intervención de los jóvenes en una canalización a través de las instituciones representativas, bien sean representantes públicos o grupos corporativos ciudadanos (asociaciones). De esta organización de la participación se deriva un modelo participativo altamente reglamentado y con escaso alcance pragmático en la intervención de los jóvenes en la esfera pública. La participación suele estar regulada casi exclusivamente a través del derecho administrativo, y por lo tanto comporta una marcada vocación de reglamentación formal, que incorpora habitualmente elementos informativos y consultivos, pero no suele prever canales y formas que posibiliten procesos a través de los cuales los jóvenes puedan incidir realmente en cuestiones públicas que consideran de interés. Se percibe además, desde análisis relacionales, una verticalidad de relaciones que mantienen las instituciones con el resto de actores (asociaciones juveniles y jóvenes en general), lo que provoca con frecuencia conflictividad e inercias clientelares como elemento adicional vinculado a la dificultad de transformación del espacio participativo, impidiendo un desarrollo armónico de éste y generando bloqueos de muy diversa índole. El resultado en muchas ocasiones deriva en una desafección mutua entre instituciones y ciudadanos que alimenta una falla participativa crecientemente pronunciada. En realidad, la práctica habitual del quehacer

institucional en materia de juventud cristaliza en una financiación de la oferta, diseñada esencialmente desde dentro de la propia Administración, pero hallamos escasos referentes de financiación de la demanda que parte de los propios jóvenes. Visto así, el éxito o fracaso de las políticas depende esencialmente de la experiencia, la habilidad o la intuición de los cuadros técnicos y políticos responsables de las áreas de juventud, para incluir en las programaciones contenidos que sean aceptados por los diferentes segmentos de población juvenil.

El formalismo, la excesiva reglamentación de los procesos participativos, la necesidad de acreditación como condición para la participación presente en muchas figuras de participación juvenil impulsadas desde las instituciones, incorporan obstáculos a menudo insalvables para formas emergentes de participación no formal, que en muchas ocasiones poseen una enorme potencialidad como activadores de la participación juvenil de grupos de la base social. Grupos que normalmente no pretenden tener vínculos con el nivel institucional pero que se acercan a él con el fin de solicitar apoyo para el desarrollo de actividades concretas que muchas veces involucran a un gran número de jóvenes. La reglamentación y la acreditación en los procesos de participación exigen normalmente de los actores cierta experiencia y un conocimiento de los códigos de relación con la Administración, aportar garantías existencia -que no actividad- estable en el tiempo (estatutos, memorias, formularios para subvenciones, etc.). El resultado en muchos casos es el control de los órganos clásicos de participación por parte de grandes organizaciones o colectivos con suficiente experiencia para poder cumplir con todos los requisitos necesarios para la Administración, limitando la capacidad de actuación de otros grupos que, ante las dificultades que supone lograr la colaboración institucional, optan por desarrollar su actividad al margen de los espacios de participación formal.

Del lado del sector asociativo, que supone el elemento articulador de referencia en el modelo de participación juvenil actual, es posible establecer diferentes problemas relacionados con el papel que desempeñan las asociaciones en los procesos participativos. Cabe hablar, de acuerdo a diversas investigaciones realizadas de la existencia de una crisis de convocatoria en las asociaciones juveniles, tanto interna (la implicación de los propios socios) como externa (la participación de otros jóvenes en las actividades que plantea el proyecto asociativo). También es posible determinar la presencia de una concepción endogámica del juego participativo, en la que prima el proyecto individual de la propia asociación frente a los nexos relacionales con otros colectivos. E incluso es posible hablar en términos de competitividad entre colectivos en el planteamiento de los procesos de participación y asignación de recursos. Vinculado al problema que este texto aborda, dentro y fuera del sector asociativo se plantea actualmente con intensidad el debate en torno a una crisis de representación de las asociaciones dentro del espacio participativo, representación que constituye la base legitimadora de su presencia en los órganos de participación propios del modelo de participación predominante. Esta presencia de las asociaciones está fundada de acuerdo a su papel de interlocución como entes representativos de las diferentes orientaciones y segmentos juveniles sobre los que desarrollan su actividad. Si los jóvenes cuestionan la lógica de la representación, estamos en realidad disparando hacia la línea de flotación de un modelo de participación basado en el asociacionismo. Al eliminar de la ecuación participativa la legitimidad que otorga el sistema representativo a la figura de las asociaciones, y sumarle la escasa valoración que atribuyen los jóvenes a los agentes

políticos en lo referente a la representación de los intereses y preferencias de la juventud, ciertamente tenemos que hablar de un modelo participativo en crisis.

La vinculación simbólica del eje participación-asociacionismo supone una de las vías fundamentales para el fomento de la participación, pero no la única; por consiguiente limitarse a la explotación de ese camino implica con frecuencia renunciar a la potencialidad que generan los focos de participación no formal. La idea de nuevas figuras de participación abiertas como son los Foros Jóvenes o las Asambleas y Encuentros participativos no se oponen a los órganos tradicionales de participación (consejos de la juventud, comisiones, plataformas, etc.) sino que más bien los complementan y refuerzan.

Bien es cierto que el esbozo de la situación no es aplicable a todo contexto y lugar, pero allá donde se han puesto en marcha experiencias innovadoras de participación juvenil la descripción realizada ha constituido en la mayoría de los casos el escenario de partida.

Elementos propositivos y estrategias implicativas.

De acuerdo a la situación descrita parece conveniente y necesario, si asumimos una óptica de profundización en los contenidos de la participación juvenil, desarrollar un replanteamiento en el espacio participativo que proponga una nueva articulación de relaciones entre los actores presentes (instituciones, asociaciones y jóvenes), que sustituya la lógica de la re-presentación por otra de presentación, capaz de registrar mejor la implicación de los sujetos en el planteamiento y resolución de problemas e intereses, y que establezca nuevos soportes para la información y la comunicación. Distintas formas de participar construyen distintas realidades, y el que la escena participativa se oriente en el refuerzo de las lógicas presentes en la actualidad o desarrolle acciones estratégicas hacia modelos instituyentes de participación, abre la puerta a distintos futuros. Los modelos instituyentes constituyen en muchos casos el espejo, el negativo (o quizás sea mejor llamarlo el positivo) de la definición que de la situación de la participación juvenil realizan la mayoría de los actores implicados en el ámbito participativo.

Y en ese sentido a lo largo de Europa comienzan a emerger en muchos lugares (algunos de ellos estratégicos) modelos concretos de participación instituyente de la juventud que van introduciendo nuevos cauces de relación entre los distintos actores que entran en escena en el juego de la participación. El común denominador de este tipo de experiencias participativas innovadoras radica en que el eje orientador de los procesos se ancla en torno al objetivo de dar respuesta a las preferencias que los jóvenes plantean, primando las programaciones basadas en la demanda presente en las redes sociales, frente a las tradicionales que se fundaban en la oferta institucional.

Para alcanzar este horizonte, la mayoría de nuevas estrategias y procesos aparecen ligados a las etiquetas de “gestión participativa” o “democracia participativa”, que comportan un diseño del espacio de participación muy similar. Se trata de experiencias que se constituyen como herramientas de participación multisectorial, abiertas a una multiplicidad de áreas de diseño-acción-reflexión. El diseño participativo de programaciones plantea así una llamada a la posibilidad de emprender proyectos

institucionales encabalgados en la acción concreta, pragmática y operativa, y en la praxis que deviene de la reflexión colectiva para poder volver a actuar sobre la realidad de partida, alejándose así de planteamientos tecnocráticos y aprovechando la seducción simbólica que debería posibilitar la construcción de espacios de participación horizontal abiertos y no corporativos. La lógica práxica aborda este dilema desde la idea de que la acción contribuye o alimenta la necesaria reflexión y, paralelamente, nutre además otro proceso todavía más importante, la implicación. Los jóvenes, si son protagonistas de las acciones, si poseen capacidad real y efectiva para decidir, desarrollarán con mucha más facilidad un sentimiento de apropiación o de implicación que ayuda a dar sentido a lo que se hace.

Son experiencias por lo tanto que persiguen altos niveles de implicación de los jóvenes dentro de la escala participativa, que abren el marco normativo de la participación a jóvenes no organizados, siguiendo una perspectiva inclusiva de la participación, y constituyen además procesos que intentan integrar de manera efectiva a los jóvenes en la acción pública. Se trata por lo tanto de procesos que comprenden altos grados en tres dimensiones claves que son susceptibles de ser valoradas en cualquier figura participativa: influencia, intensidad e inclusividad. Dichas dimensiones además definen en gran medida su naturaleza innovadora respecto a las formas tradicionales de participación, que es lo que las hace relevantes en este texto. Aclarémoslas:

- *Inclusividad*: grado de apertura a la participación de los jóvenes no organizados formalmente.
- *Intensidad*: capacidad pedagógica en la que las acciones comunicativas favorecen la apropiación de la información a través de la deliberación por parte de los participantes.
- *Influencia*: orientación de los procesos de participación en relación a la acción del gobierno o las instituciones.

Precisamente las limitaciones presentadas en la descripción de la situación actual de la participación juvenil son las que justifican la necesidad de diseñar mecanismos participativos que sean capaces de avanzar lo más lejos posible en las tres dimensiones expresadas. Esto es, procesos lo más inclusivos posibles (permitiendo la participación de cualquier joven que así lo decida), que desarrollen la mayor intensidad posible (facilitando que los participantes desarrollen todas las acciones que comprende el proceso), y capaces de influir en las políticas públicas (reconociendo la vinculación de las decisiones alcanzadas con la acción institucional).

La dimensión de inclusividad es la que hace referencia, como ya hemos comentado, a qué jóvenes se convierten en elegibles para el proceso participativo y cómo se convierten en participantes. Respondería a la pregunta de quiénes participan. En ese sentido un proceso participativo podría tener una configuración normativa restrictiva en la selección de participantes a partir de la cual, por ejemplo, solo estén llamados a participar los representantes electos de la ciudadanía, esto es, los políticos. Dentro de esta concepción restringida, todavía podríamos distinguir entre los procesos en los que solamente están habilitados para participar aquellos representantes electos que ejercen

funciones de gobierno, y aquellos en los que pueden participar el conjunto de representantes, formen o no parte del gobierno municipal.

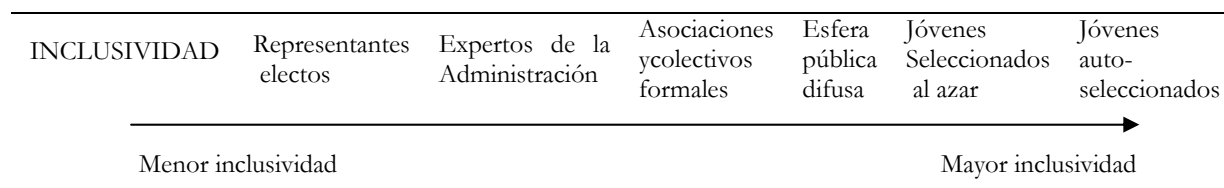
Un segundo grado de apertura, todavía circunscrito al ámbito institucional, estaría protagonizado por procesos en los que toman parte tanto los políticos como personal experto de la Administración, que bien podrían ser técnicos de la Administración local en sus diferentes escalas, bien podrían ser también investigadores o analistas contratados por su conocimiento de la temática a tratar dentro de la programación de juventud, o bien de forma extensiva podría ser cualquier tipo de agente vinculado a la Administración.

Un tercer grado de apertura vendría dado por la incorporación al proceso participativo del mundo asociativo juvenil o de las organizaciones y colectivos formales con presencia y capacidad legal de actuación dentro del ámbito de juventud. El proceso ya estaría circunscrito sólo al ámbito de la Administración sino que se abriría a la población a través de la lógica representativa de las asociaciones juveniles sobre los diferentes segmentos de jóvenes del municipio. Estas asociaciones, que conformarían un espacio selectivo de participación, representarían los intereses de los jóvenes y actuarían como interlocutor de éstos con las instituciones en el desarrollo de demandas e intereses.

Un cuarto grado de inclusividad lo ofrece la llamada a la participación de la esfera pública, pero una llamada en la que los jóvenes, aunque participen individualmente, no asumen un papel activo, sino que generalmente son objeto de consulta o información sin que necesariamente deban adoptar un papel de implicación activa en el proceso. A pesar de ello podemos presuponer que la puesta en marcha del proceso participativo proporciona incentivos estructurales que hacen el hecho participativo más atractivo a jóvenes que de otra forma no suelen participar.

El grado más ambicioso de inclusividad en las figuras participativas juveniles vendría dado por la apertura a los jóvenes en general, ya con un papel más o menos activo si se incorporan al desarrollo de los procesos. En este caso podemos hablar de dos posibilidades o estrategias distintas. Una sería la selección aleatoria de jóvenes para su colaboración y participación individual, y la otra la constituye la generación de la posibilidad de que los jóvenes de forma autónoma se “auto-seleccionen” para participar, posibilidad que refleja el mayor alcance de inclusividad por cuanto cualquier joven tiene capacidad y legitimidad reconocida institucionalmente para tomar parte en las diferentes acciones del proceso participativo. Bajo esta última opción, no se perseguiría tanto alcanzar una capacidad representativa de los participantes respecto al conjunto de la población (lógica a la que obedece en muchas ocasiones la selección aleatoria), sino más bien alcanzar un subconjunto de la población juvenil implicado en la resolución de problemas y cuestiones que afectan a la juventud.

La escala que define los grados de inclusividad quedaría dispuesta de la siguiente manera:



Una segunda dimensión a partir de la cual podemos ubicar las diferentes experiencias participativas juveniles es la intensidad, que describiría cómo interactúan, intercambian información y toman decisiones los participantes, lo que trae a la escena la función y la capacidad pedagógica que tienen estos procesos en la apropiación de la información por parte de los sujetos que desarrollan las acciones participativas. Esta dimensión respondería a la pregunta básica de cómo participan.

Así, el nivel menos ambicioso de interacción hallaríamos procesos en los que los jóvenes participantes concurren habilitados solamente para escuchar lo que acontece. Corresponde a este nivel una concepción pasiva de la participación, en la que los sujetos participan como espectadores, generalmente con el fin de recibir información acerca de proyectos o políticas concretas que son implementadas por otros actores.

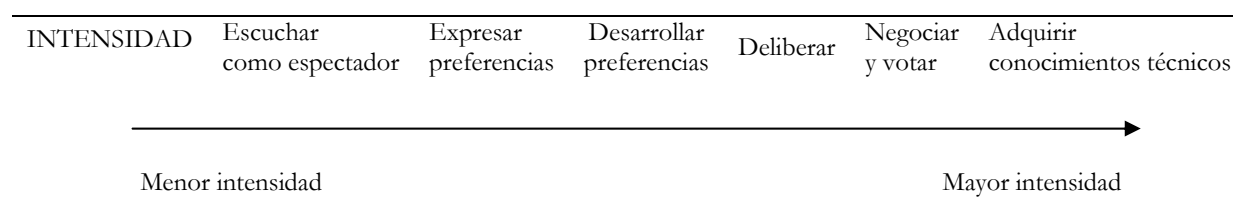
Un nivel mayor de intensidad lo encontraríamos en aquellas experiencias que posibilitan que los jóvenes puedan expresar opiniones y preferencias. Los sujetos participantes ya no solo escuchan lo que otros dicen sino que están habilitados para establecer una comunicación bidireccional, expresando sus opiniones o intereses en relación a las temáticas propuestas para debate, aunque sin capacidad efectiva de articularlos dentro de la lógica que propone el espacio participativo.

Esto sí sería posible en el siguiente grado de intensidad, en el que a los jóvenes se les reconoce la capacidad para desarrollar preferencias e intereses, abriendo de esta manera un flujo de comunicación que ya adquiere un carácter deliberativo, por cuanto permite un proceso interactivo con ciertas dosis de horizontalidad que facilita la exploración mutua de intereses y la transformación de las preferencias a través del debate común.

Pero sería posible ir más allá en la acción deliberativa y dotarla de una capacidad ejecutiva que permita sancionar los acuerdos adoptados, habilitando a los jóvenes participantes a votar y tomar decisiones. Cabe señalar que en ocasiones la negociación y la votación no tiene porqué ir ligada necesariamente a un proceso previo de deliberación común, sino que puede resultar un simple mecanismo de acuerdos de mayorías sobre el planteamiento de intereses no sometidos a la acción comunicativa. De ahí que esta escala no posea un carácter estrictamente lineal.

Quedaría un grado más en esta escala que tampoco posee estrictamente carácter lineal, por cuanto es transversal a todos los grados anteriores, y es la adquisición de conocimientos técnicos. Conforme aumenta la intensidad de la participación de los sujetos juveniles también crece paralelamente los problemas y los condicionantes de

naturaleza técnica a la que se deben enfrentar, puesto que se adentran en cuestiones tecnoadministrativas que en los niveles menos ambiciosos quedan reservados para su resolución en el ámbito institucional. Pero es precisamente la comprensión de este tipo de determinantes que condicionan en muchas ocasiones la factibilidad técnica, legal o competencial de las iniciativas juveniles la que aporta un mayor grado pedagógico a este tipo de procesos, la que conduce a una mayor apropiación de la información ya que permite contemplar las posibilidades en su conjunto, y de ahí el situarlo al final de la escala propuesta. La escala relativa a la intensidad quedaría formulada del siguiente modo:



Finalmente, la última dimensión que nos permite distribuir los distintos procesos de participación juvenil es la referente al concepto de influencia, y se centra en la orientación de los procesos de participación en relación a la acción de gobierno. O dicho en otras palabras, mide la capacidad de impacto efectivo y real del proceso participativo, la autoridad en definitiva, sobre la información que de él se genera. Esta dimensión respondería a la pregunta de para qué se participa y dentro de ella nos encontramos, al igual que en las dimensiones anteriores, con un arco gradual de posibilidades.

De acuerdo con una lógica de aumento gradual de influencia de los procesos, los mecanismos menos ambiciosos son aquellos en los cuales los participantes no poseen ninguna expectativa de influir en la política institucional relacionada con el proceso participativo al cual se incorpora. La influencia del joven en este nivel es mínima, y solamente existe el recurso de la persuasión, la argumentación o la seducción como únicas posibilidades de influir en las decisiones que otros adoptarán.

El siguiente grado lo constituiría la capacidad de los participantes y los propios procesos para, cuando menos, generar información a la población juvenil, con lo cual la influencia ya no queda circunscrita al ámbito interno de los procesos sino que trasciende al exterior y se intenta socializar la información a través de estrategias de difusión (campañas, informes, medios de comunicación, etc.), estrategias a través de las cuales se influye también en la política pública de juventud.

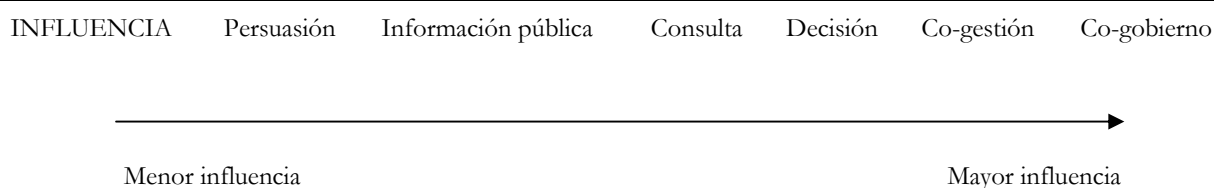
Un mayor grado de influencia sería el que aportan los procesos que reconocen en su esencia una lógica consultiva. En estos mecanismos se habilita ya un canal en el que, aunque los responsables de las políticas de juventud siguen manteniendo intacta su autoridad, reconocen la utilidad de la recepción de opiniones o consejos por parte de los participantes y jóvenes en general.

Más allá, y coincidiendo con las escalas clásicas de participación encontramos aquellos mecanismos participativos en los cuales los jóvenes disponen de la influencia

suficiente como para tomar decisiones vinculantes para la puesta en marcha o la concreción de políticas o programaciones de juventud. En este nivel podríamos hablar ya en términos de empoderamiento de los participantes, por cuanto el proceso deliberativo conduce no solo a consensos o acuerdos respecto al bien común, sino que además estos consensos se plasman en decisiones ejecutivas a partir de la existencia de un compromiso institucional de llevarlas a cabo.

El siguiente grado de influencia residiría ya más allá del mero hecho de disponer de capacidad de decisión, y se traduce en la creación de mecanismos que permitan conjuntamente a jóvenes participantes e instituciones gestionar la forma en que se desarrollan las políticas públicas fruto del proceso de participación juvenil, así como establecer una vigilancia del cumplimiento de estos acuerdos.

Finalmente, el nivel más ambicioso de influencia se situaría en la conformación de procesos participativos que sentaran una relación horizontal y simétrica entre jóvenes participantes y gobierno, plasmado en fórmulas de co-gobierno de la acción pública. La escala referente a la dimensión de influencia quedaría plasmada de la siguiente forma:



De acuerdo a toda esta información, podemos intentar sintetizar los contenidos de las páginas anteriores estableciendo una serie de criterios de participación que permitan valorar a la vez que imaginar nuevas figuras participativas en el ámbito juvenil.

Qué etiqueta adopte la figura o el proceso participativo concreto es cuestión de poca importancia. Lo verdaderamente relevante es cómo incorpora este conjunto de criterios con el fin de generar un espacio participativo abierto a las nuevas lógicas de participación demandadas por los jóvenes, lo que sin duda incide directamente sobre los futuros del laberinto de la participación juvenil.

Criterios de participación en los procesos participativos juveniles

Ámbito del espacio participativo en el que se sitúa	Criterio de participación	Descripción	Dimensión de participación sobre la que incide
Interacción comunicativa	Capacidad pedagógica del proceso	Grado de aprendizaje de los jóvenes participantes: adquisición de nuevas habilidades cognitivas y organizacionales	Intensidad
	Comprensión del proceso por parte de los participantes	Comprensión de los objetivos, acciones, límites y alcances del proceso participativo	Intensidad
Información	Forma en la que se gestiona la información	Cómo y cuando circula la información dentro del proceso, tanto en sentido vertical (entre niveles) como horizontal	Inclusividad Intensidad
	Espacios para la devolución de la información	Modos y espacios a través de los cuales se rinde cuentas del proceso y los resultados	Inclusividad Intensidad Influencia
Apertura participativa	Jóvenes habilitados para participar	Determinación de la "unidad participativa": participación de base asociativa, mixta, o individual.	Inclusividad
	Incorporación efectiva de segmentos de jóvenes ausentes	Incorporación de segmentos de jóvenes tradicionalmente ausentes del juego participativo, tanto en términos de categorías sociales (frangas de edad, lugar de residencia) como de grupos específicos (inmigrantes, rentas bajas, etc.)	Inclusividad
Deliberación	Tiempos establecidos para la deliberación	Espacios y tiempos destinados al debate en torno al propio proceso y tomar decisiones	Intensidad
	Forma en que se alcanzan acuerdos	Por consensos, por mayorías, por criterios.	Intensidad Influencia
	Modo de resolución de conflictos	Se resuelven dentro del propio proceso o se resuelven desde una instancia externa	Intensidad
Decisión	Existencia de criterios para la priorización de necesidades y demandas	Establecimiento de criterios de redistribución social para primar la satisfacción de necesidades o la reducción de desigualdad social	Intensidad
	Grado de transparencia en la toma de decisiones	Claridad y comprensión de las formas en que se toman las decisiones en los distintos momentos del proceso	Inclusividad Intensidad
Apropiación	Tutela del proceso	Nivel que tutela la marcha del proceso	Intensidad Influencia
	Sostenibilidad	Capacidad de pervivencia del proceso al margen de la acción institucional	Intensidad Influencia
	Seguimiento/ control de los acuerdos	Espacios u órganos que se establecen para la fiscalización y el control sobre los acuerdos	Intensidad Influencia
Compromiso institucional	Voluntad política	Existencia de voluntad política real para impulsar el proceso y garantizar acuerdo	Influencia
	Transversalidad interdepartamental	Grado de corresponsabilidad de las áreas institucionales en el proceso	Influencia
	Recursos públicos que se someten a debate	Naturaleza de los recursos públicos sometidos a debate o deliberación, y proporción en relación a los recursos totales	Influencia
	Soporte legal del proceso	Traducción normativa y legal del marco regulador del proceso	Intensidad Influencia

Children Born of War¹

INGVILL C. MOCHMANN
CENTRAL ARCHIVE FOR EMPIRICAL SOCIAL RESEARCH
UNIVERSITY OF COLOGNE, GERMANY

Resumen

Este artículo ofrece una visión introductoria desde el novedoso campo de investigación de "Niños nacidos de la guerra". Se trata de niños y niñas nacidos durante y después de conflictos y guerras habiendo sido su padre miembro del enemigo, fuerzas aliadas o fuerzas de paz y su madre una ciudadana local. A menudo, los niños y niñas nacidos de la guerra son estigmatizados y discriminados en su propio país y sus intereses y derechos particulares eludidos en situaciones de postconflicto.

En este artículo se presenta una categorización de los niños nacidos de la guerra y algunos de los resultados del proyecto de investigación realizado sobre niños de la Segunda Guerra Mundial. Por último, se explora la situación internacional y judicial de estos niños así como las pautas posibles de ayuda dirigidas a éstos y sus madres.

Palabras Clave: niños nacidos de la guerra, estigmatización, discriminación, Segunda Guerra Mundial

Abstract

This paper gives a short introduction into the rather new research field of 'Children born of war'. These are children who are born during and after conflicts and wars where the father has been a member of an enemy, allied or peacekeeping force and the mother a local citizen. 'Children born of war' are often stigmatised and discriminated in their home country and their particular interest and rights are overlooked in post-conflict situations. This paper presents different categories of children born of war and some results from research projects on children from Second World War are presented. Finally, the international and juridical situation of children born of war are discussed and possible guidelines to assist mothers and children introduced.

Keywords: children born of war, stigmatisation, discrimination, Second World War

¹ This article is based on a presentation at the workshop "Juventud Embotellada", University of Alicante in 2006 and it was a part of the monograph published from this seminary in 2007. For more recent developments in this research field and further publication see: <http://www.childrenbornofwar.org>

Introduction

In addition to military consequences wars often have major effects on the civil population. Particularly, children and young people belong to the most exposed and vulnerable groups suffering both during and after military conflicts. Based on the general definition given by Article 1 of the UN Convention on the Right of the Child, a child will in the following refer to persons under the age of 18 (cf. UN Convention on the rights of the child, 1989).

In this presentation, I will discuss a special category of war-affected children, the so-called “war children” or “children born of war”. The suffering of these children often starts after the war has formally ended. War children are children who receive a stigma as a result of being born by women who had a relationship with enemy or allied soldiers, peacekeeping personnel or children born as a result of politicised violence/rape used as sexualised war strategy. In the following several aspects of the situation of war children will be presented in order to emphasise the dimension of the topic and thus make clear the need for national and international policies to support the rights of these children.

Of course, all children are usually affected by wars in several different ways. They can be affected as civilians, both physically, and psychologically as well as emotionally. Physically they can be affected for example through the lack of food, water and medical supply, and injuries. Psychologically they can be long life traumatised by having been exposed to bombings and fighting and emotionally affected, for example, by having family member directly involved in the war or having lost family members in the war. They might have had to leave home town or even country, having being separated from parents etc.

Children can also be directly involved in the war, for example, as member of the army, serving as soldiers or by having another occupation in the forces not directly involved in the fighting. UNICEF estimates that at any given time, up to 300,000 children globally are being used in armed groups and forces in a variety of roles, including as combatants, cooks, porters, messengers, spies and for sexual purposes (UNICEF 2006).

It should be emphasised that it is not the aim of this presentation to make any evaluation of which children affected by war are worst off. Often, the consequences are similar for all the children; they are exposed to hunger, poverty and violence, losing normal childhood and schooling which again have lifelong individual consequences and also immense collective consequences at the societal level. Thus, when focusing on “children born of war” here, this is because these children are seldom considered or heard of, and I would like to use this opportunity to share with you some knowledge we have about the war children. In the following, I will thus focus on some historical, legal and political aspects of the situation of children born of war as well as the global dimension of the topic, hopefully clarifying why this is not a marginal issue, but one which should be taken seriously both nationally as well as internationally.

Who are the children born of war

The “War and Children Identity Project” (WCIP) defines war children as “a child that has one parent that was part of an army or peace keeping force and the other parent a local citizen where the weight is on the stigma these children can be subject to as a result of their background (WCIP 2006). WCIP focuses on:

- Children who receive stigma as a result of being born by women who had a relationship with foreign soldiers, peacekeeping soldiers or allied forces.
- Children born as a result of sexualised violence/ rape used as war strategy.

Children born of war might be categorised in four main types: children of enemy soldiers, children of soldiers from occupational forces, children of child soldiers and children of peacekeeping forces.

Children of enemy soldiers: These children are fathered by foreign soldiers who are located in the country or region and clearly defined as enemies such as German soldiers in Norway, Denmark, Netherlands, France, Russia etc. during WWII or Bosnian Serb Army in Bosnia-Herzegovina during the war in former Yugoslavia 1991 to 1995 and US soldiers in Vietnam. An example of a child fathered by an enemy soldier is Anni Frid, one part of the popular group ABBA, who was born in Norway as a child of a Norwegian woman and a German soldier. She thought her father had died during the war, but a German fan got her in contact with him, and they finally met in 1977 (see Grieg, 2001:55ff.)

Children of soldiers from occupational forces: In this case the soldiers can be seen as enemies or allied, depending on the view of the local population. The allied forces occupying Germany in the post WWII years were for example in the population by some conceived as saviours and by others as enemies. In the case of Canadian troops in Great Britain or the Netherlands or US troops on Iceland, these were allied troops. Nevertheless, a liaison between local women and participants of the allied forces was often not accepted in the community and both mothers and children were stigmatised (cf. Ericsson and Simonsen 2005:44). The famous musician Eric Clapton, for example, is son of a Canadian soldier from Montreal and a British woman. He never met his father. Children of Canadian soldiers in Europe were often referred to as “War leftovers” (Grieg, 2001:20).

Children of child soldiers: In recent years, the topic of children born by child soldiers has reached the public agenda. According to News from the Office of the special Representative of the Secretary General for children and Armed Conflict an estimated 25.000 children, of whom 7.500 are girls have been abducted by the Lord’s Resistance Army (LRA) in Uganda since the start of the conflict, some 1000 are “child mothers” who conceived while in captivity (UN News Centre, 2006). This implies that in Uganda alone more than 1000 babies can be assumed to have been born from girl soldiers. Considering that girls are involved in many other wars and conflicts around the world such as the Democratic Republic of Congo (DRC), Sierra Leona and Indonesia, it becomes clear that this is not a marginal problem,

particularly when also taking into account that the number may be assumed to be even higher as many girls probably will not tell because of shame and not wanting to be stigmatised. And the children themselves – at least in most ongoing conflicts - are still too young to raise their voice.

Children of peacekeeping forces: The issue of sexual exploitation and abuse arose end 2004 with the revelation that UN peacekeepers had engaged in such practices in the Democratic Republic of Congo (DRC). Some victims were abandoned orphans who were often illiterate and Secretary-General Kofi Annan immediately instituted a “policy of zero tolerance”. As part of further efforts by the United Nations to enforce its “zero tolerance” policy on sexual exploitation and abuse, a draft strategy ([A/60/877](#)) on assistance and support to victims of such behaviour by UN staff and related personnel was prepared. The War and Children Identity Project (WCIP) was invited together with other non-governmental organisations (NGO’s) to participate in the elaboration of the draft policy paper. We are of course very pleased to see that our arguments were heard and that the final draft forwarded to the General Assembly explicitly mentions children fathered by UN personnel. The “Draft United Nations policy statement and draft United Nations comprehensive strategy on assistance and support to victims of sexual exploitation and abuse by United Nations staff or related personnel” issued June 5, 2006 states that (UN, A/60/877:5):

6. The United Nations commits to providing assistance and support to three different categories of persons: (a) “complainants”; (b) “victims”; and (c) children born as a result of sexual exploitation and abuse by United Nations staff or related personnel. This commitment, however, in no way diminishes or replaces the responsibility of the individual perpetrators of acts of sexual exploitation and abuse”

Furthermore, the UN draft emphasises that: “Where there is credible evidence that a child has been fathered as a result of alleged sexual exploitation or abuse by a United Nations staff member or related personnel, the United Nations will assist the child, or his/her mother or guardian, in pursuing a claim to establish paternity or obtain child support, as outlined in the Comprehensive Strategy. The Organization will request the assistance of Member States in facilitating the pursuit of such claims.” Also, the draft states that “the United Nations will establish a common funding mechanism to ensure the ready availability of funds so that assistance and support can be provided in a consistent and reliable manner. As the individual perpetrator bears the responsibility for acts of sexual exploitation and abuse, the United Nations, consistent with its Staff Regulations and Rules, will also assist in recovering money from perpetrators for payment towards assistance and support” (UN, A/60/877:5-6).

This UN policy might be of great importance to children born of war world wide as many of the social, political and economic rights and support systems addressed in the document would be applicable also in other war and conflicts. The UN policy might thus serve as best practise for personnel involved in other national and other international military and peacekeeping operations.

Within each of the above described categories a further distinction might be drawn between children of prostitutes, children of mutual relationships and children of rape and sexual exploitation. It should be emphasised however that it is often difficult to clearly differentiate between what is exploitation and what is mutual in situation of wars and crisis. Children of prostitutes are for examples children of US soldiers based in the Philippines and women working in the entertainment industry. 25.000 children are estimated to have been fathered by US soldiers. Children of Filipino women and US soldiers were for example called Babay na sa – bye-bye to daddy (Grieg, 2001:11 & 20). With regard to children of rape, particularly where mass rape was used as a military strategy of ethnic cleansing with the aim of impregnating women and girls, whole societies were left traumatised and the children become the symbol of the trauma the nation went through and society prefers not to acknowledge their needs (UNIFEM Report 2003, here in Carpenter 2005:4). The expressions of these children as “devil’s children” (Rwanda), “children of shame” (East Timor), “monster babies” (Nicaragua) show how these children are perceived in the home country.

How many children born of war exist

It is not known how many children are born of war. Examples of this topic being raised can be traced back to World War I. About 15000 German children are expected to have been fathered by French and British soldiers from 1914-1918 (Grieg 2001:21). In Northern Europe where the German occupation force held records of children by German soldiers during the World War II the numbers are in tens of thousands.

Table 1: Estimates of Children by Military Personnel 1914-2000

Country Father/Mother	Years of military presence	Numbers
French and British/German	1914-1918	15000
Japanese/Korean	1940-1945	100+
American/British	1941-1948	23000
Canadian/British	1940-1947	22000+
Canadian/Rest of Europe (mostly Dutch)	1945-1946	8000
American/Rest of Europe	1945-1946	Not known
American /West-German	1945-1956	96000
British/Soviet	1941-1945	14+
UN(US)/Korean	1950	2000+
German/Norwegian	1940-1945	12000
German/France	1941-1945	80000
German/Dutch	1941-1945	10000-50000
Austrian/US	1945-1955	2000+
US/Philippines	1965-1982	52000
Indonesia/East-Timor	1975-1999	5000
US/Vietnamese	1965-1975	40000
Liberia	1990-1998	25000+
Japanese/Chinese	1945-1950	19000+
Rwanda	1993	2000-5000
Serb/Bonsian	1992	4000
UNTAC/Cambodia	1992-1997	25000

Source: a reduced version of the overview table published in Grieg 2001:8-9

Some estimate that the number of American/Asian children born after the Vietnamese war numbers more than 100 000. Nevertheless, more than 500.000 war children might be assumed to live today (Grieg 2001:7). An overview with some of the estimates Kai Grieg from the War and Children Identity Project has collected from various sources is given in the Table 1.

Although Table 1 only presents some of the wars and conflicts where war children have been born and does not include children from more recent or ongoing conflicts it clearly points out that this is a global and timeless phenomenon.

An example: Norwegian children fathered by German soldiers during WWII

Before the civil war in former Yugoslavia started in the early 1990s, Europe had not been confronted with the question on how to deal with war children since the first post World War II years. However, this should not be confused with the fact that it still was and is a problem in European countries which have been involved in World War II either as civilians, occupants or allies. The silence surrounding the topic was – and still is - rather a consequence of fear and shame among the war children and their mothers and a wish to ignore and to taboo the topic at the political level.

“I grew up with the feeling of being the meanest thing ever born!” This quotation comes from a Norwegian conceived by a German soldier and a Norwegian woman when asked about its life at the age of 60. During the German occupation of Norway 1940-45 between 10.000 and 12.000 children were born by German soldiers and Norwegian women. Most of these children were a result of love affairs. Nevertheless, it proves that being conceived in a love affair, even if the mother tried to help the child and protect it, is not necessarily a ticket to a good life for these children. Research shows that many of the Norwegian war children have been discriminated and stigmatised. For example, analyses of register data show these children have poorer health, higher suicide rates, less education and income than other Norwegians from the same age cohort, even when compared to children of lone raising mothers (Ellingsen, 2004). Furthermore, the children were in the Norwegian population often considered enemies, with the worry – particularly in the first post-war WWII years that they might become a troop of marching, German friendly young adults who could become a threat to Norway in future (Ericsson and Simonsen 2005:46).

A questionnaire survey was carried out among 650 Norwegian war children in 1997 by Prof. Stein Ugelvik Larsen from the University of Bergen and his team² in cooperation with the Norwegian war child organisation. The response rate was approximately 50%. The net sample includes 336 respondents. The survey includes 250 questions about childhood, youth, parents, identity, school years, health etc.

² The data have been collected and prepared by an international research group working on the research project “A comparative study on Danish, Norwegian and Dutch war children” under the leadership of the principal investigator Prof. Stein Ugelvik Larsen, Department of Comparative Politics, University of Bergen, Norway. Members of the group are Stein Ugelvik Larsen and Elna Johnsen, Norway, Arne Øland, Denmark, Ingvill C. Mochmann, Germany, and Monika Diedrichs, the Netherlands

These children may not be representative for all war children, neither in World War II context nor in European or world-wide context. Nevertheless, the results may give us important information regarding the fate and life chances of a larger group of war children - between 50 and 60 years old at the time of the surveys - which go beyond the description of single life biographies.

This information may thus provide useful knowledge which both war children born today as well as in future may profit from. The same survey was in 2003 carried out also among about 400 Danish war children and 40 Dutch children fathered by German soldiers. Comparative analyses between these three countries are presently being carried out and may allow for some discussions regarding similarities and differences both at individual, local and national level (cf. also Mochmann and Larsen 2005).

The question of identity and the importance to know the biological parents are one of the essential topics of the survey. Results on the question why it was important for the respondents to find – in most cases – the father show that more than half of the respondents wanted to know if there were “any similarities with regard to looks, character and talents” and wanted to know whether they “look like their father”. Less than three per cent wanted to find their father in order to “know about income and fortune with the aim of requiring a part of it.”

With regard to the question how the war child sees the fact that its mother had relationship with the enemy 55,1% answer that their “mother experienced her big love with my father and that was the most important” and more than one third think “the Norwegian society should be shameful about the way they treated my mother”. In the Norwegian case the state has acknowledged that it has failed to secure the rights of the Norwegian war children after WWII was over and decided in 2005 to give the children – 60 years after the war - a small financial compensation (for details on the compensation see Justissekretariatene 2006).

How to assist children born of war

The War and children Identity Report 2001 emphasises five ways in which the children born of war can be assisted:

- Provide material support to mothers and children
- Information campaigns to prevent discriminations
- Assistance in claiming compensation from fathers
- Assistance in claiming compensations from governments
- Assistance in locating father (and mothers) of children born of war

In addition, further steps must be implemented at national and international level to secure the rights of children born of war. There must be more focus on the protection and interest of the child. i.e. clear laws and regulation must exist regarding birth registration, citizenship, access to facilities such as school and health system. Liberia is one of the few countries whose constitution recognises children

born of war as citizens, whereas children of Bosnian refugee mothers in Croatia were sometimes denied citizenship (see Carpenter 2005:7). The rights of children born of war must be anchored in national and international conventions and treaties. At the local level their mothers must be helped to return to their family and community – reintegrated into society. It must be followed up at the international level and methods to sanction violators must be installed, such as the procedures outlined in the UN draft A/60/877 presented above. The rights of mothers and children must be incorporated in national and international legislation in such a way they exist independent of a conflict because in peace agreements the rights of “enemy” children will never play a crucial role on the agenda – their rights must therefore be clarified prior to conflicts.

Conclusion

In conclusion, children born of war and their special needs and problems must be taken seriously. As long as there are conflicts and war children belonging to different sides will be born, whether from love affairs, exploitation or rape and being fathered by soldiers, peacekeeping forces, humanitarian workers etc. We have examples from all over the world since WWII like Amerasians in Vietnam, UN children in Cambodia etc, German children conceived by Russian soldiers and German mothers in captivity who spent their first years behind military fences mid-end 1940 etc., children conceived by allied forces in Germany after WWII, children born by US fathers and Icelandic women during WWII etc. In cases where ethnic and race differences between the child born and the population, the stigma was often even worse as the conditions of the conception were impossible to hide. In earlier wars and conflicts only 5% of the civilians were affected by the war, today the number has increased to 90%: rapes as terror, ethnic cleansing etc. used as war strategy has obviously increasingly become a strategy of war and this problem may also be assumed to maintain and maybe even increase. The challenge lies in finding a procedure which secures the rights of these children without simultaneously increasing their stigmatisations making them even more vulnerable or even putting their lives at risk.

References

- Carpenter, Charli (ed.), Protecting children born of sexual violence and exploitation in conflict zones: existing practice and knowledge gaps, Graduate School of Public and International affairs and Ford Institute for Human Security, University of Pittsburgh, 2005.
- Ellingsen, Dag: En registerbasert undersøkelse, Statistics Norway, Rapport Nr. 2004/19, Oslo.
- Ericsson, Kjersti and Simonsen, Eva: Krigsbarn i fredstids, Universitetsforlaget, 2005.
- Grieg, Kai: The War Children of the World, War and Children Identity Project (WCIP), Bergen, 2001
- Justissekretariatene: War children' can apply for compensation, <http://www.justissekretariatene.no/English.html>, 2006.
- Mochmann Ingvill C and Larsen, Stein Ugelvik: Kriegskinder in Europa. In: [Aus Politik und Zeitgeschichte](#), Nr. 18-19/2005, p. 34-38. (Danish version was published in Rödder, Nr. 1&2, 2005, p. 23-29 and a Norwegian version in Røtter, Nr. 3, 2005, p. 23-28).
- United Nations: Convention on the Rights of the Child, 1989.
- UNICEF Press Centre: Criminal charge in child soldier case a milestone in protecting children http://www.unicef.org/media/media_31753.html, March 18, 2006.
- UN News Centre: UNICEF seeks urgent funds to aid nearly 1 million children displaced by war in Uganda, <http://www.un.org/apps/news/story.asp?NewsID=18494&Cr=uganda&Cr1=May16>, 2006.
- United Nations: Draft United Nations policy statement and draft United Nations comprehensive strategy on assistance and support to victims of sexual exploitation and abuse by United Nations staff or related personnel, June 5th 2006.
- War and Children Identity Project' (WCIP), <http://www.warandchildren.org/project%20history.html> (access December 4, 2006).

Confianza y construcción europea. El caso del divorcio de terciopelo checoslovaco

IGNACIA PEREA CRESPO
INSTITUTO DE DESARROLLO SOCIAL Y PAZ
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Resumen

El estudio empírico de la sociedad checa y eslovaca de los tiempos posteriores a la caída del telón de acero, en relación a la confianza de éstas hacia otras sociedades, y en especial a su confianza recíproca, descubre el valor de lo social en el cambio de las estructuras político-económicas. Siendo momentos de grandes transformaciones, el análisis de la *confianza hacia los otros*, puede constituirse en indicador útil de las estructuras cristalizadas en la subjetividad social que intervienen en los acontecimientos futuros. Así es como en este estudio han aparecido hipótesis que hacen replantearse alguno de los acontecimientos más relevantes de aquellos días como el *divorcio de terciopelo* checoslovaco.

Palabras Clave: Checoslovaquia, confianza, subjetividad social, construcción europea, secesión y transiciones.

Abstract

The empirical research of the Czech and Slovak societies after the fall of the Iron Curtain in relation to the trust of these societies to others, especially to their reciprocal trust, shows the value of the social fact on the changes of political and economical structures. In times of transformations, the analysis of the trust to others could become a useful indicator of crystallized structures on the social subjectivity that take part in futures events. This way, some hypothesis have arisen in this research motivate to reconsidered important events of those days like the *Czechoslovakia's velvet divorce*.

Keywords: Czechoslovakia, trust, social subjectivity, European construction, secession and transitions.

Introducción

A partir del estudio de los datos del Eurobarómetro para los países del Centro y del Este de Europa de 1990¹ podemos hallar claves significativas para la interpretación de una transformación social de gran envergadura como es la de los países del centro de Europa tras la caída del bloque soviético, con la perspectiva temporal que proporciona el paso de más de quince años. Tanto es así, que si bien nuestro estudio no se planteó más que como un ejercicio metodológico explorando los datos correspondientes a la confianza de ciudadanos checos y eslovacos hacia otras nacionalidades², los resultados no han podido escapar de la complejidad del momento histórico, planteando interesantes cuestiones. Así, han sido cada uno de los resultados parciales, obtenidos a través del análisis exploratorio, los que han supuesto el motor real del estudio; siendo esos mismos datos los que han generado la necesidad de contextualizarlos, de señalar su historia previa de forma más amplia, de caracterizar los momentos sociopolíticos cercanos y de buscar algunas claves teóricas subyacentes.

En este artículo se expone las hipótesis que forman parte del resultado del trabajo, sin pretender ofrecer en éste respuestas definitivas, sino algunos puntos de partida que ayuden a repensar una de las transformaciones sociales más importantes acaecidas en el último siglo europeo.

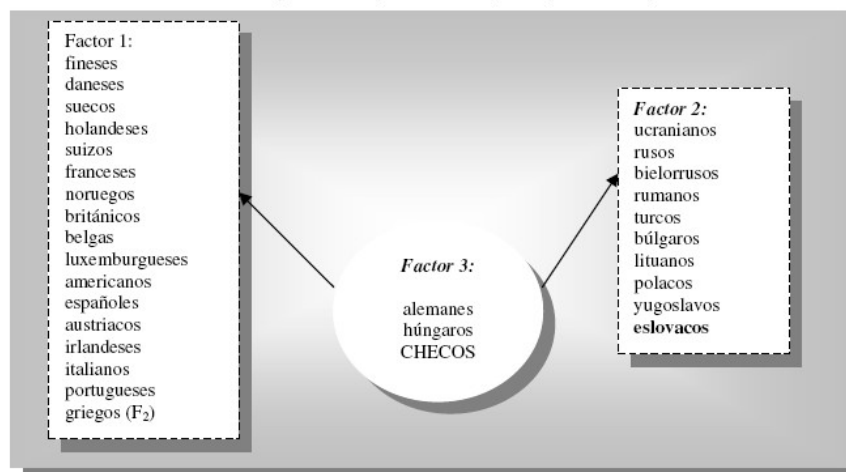
Dos percepciones de Europa

La confianza de checos y eslovacos modula su percepción de las diferentes poblaciones nacionales de forma tal que podemos construir sendos mapas mentales, a partir de la extracción de tres factores relevantes. Los resultados de este análisis (tablas 1 y 2), muestran la representación de Europa (junto a América) para unos y otros. En general, las partes integrantes de cada uno de los factores en ambos mapas de percepción cobran significación ideológica bajo el prisma de la guerra fría y sus elementos geopolíticos persistentes tras la caída del muro de Berlín; esto es, de forma amplia y utilizando los términos más populares de ese período, el primer factor correspondería a la Europa capitalista y el segundo a la Europa comunista.

¹ ICPSR Inter-university Consortium for Political and Social Research. *Central and Eastern Euro-Barometer 1: Public Opinion in Central and Eastern Europe, 1990*.

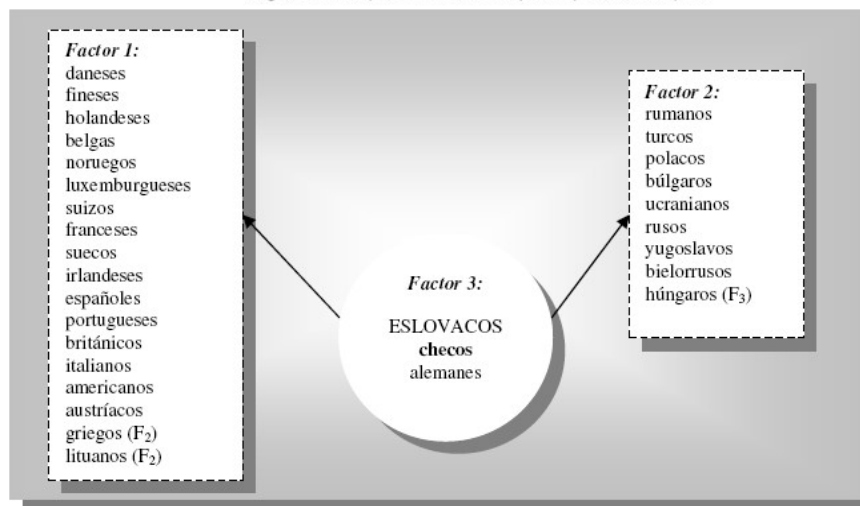
² La pregunta a la que se hace referencia es la siguiente: "Now I would like to ask you a question about how much trust you have in people from various countries. For each, please tell me whether you have a lot of trust in them, some trust, not very much trust, or no trust at all?: Italians, Germans, British, Irish, Belgians, Luxemburgers, Dutch, Danes, French, Spaniards, Greeks, Portuguese, Turks, Russians, Poles, Hungarians, Romanians, Czechs, Slovaks, Austrians, Bulgarians, Yugoslavs, Swedes, Finns, Norwegians, Swiss, Americans, Belorussians, Lithuanians, Ukrainians"

Figura 1: Mapa checo de percepción europea



Fuente: elaboración propia

Figura 2: Mapa eslovaco de percepción europea



Fuente: elaboración propia

Al confrontar ambos esquemas se evidencia las diferencias sustanciales que ambas poblaciones arrojan sobre su visión de Europa construida sobre una estructura de confianza. En particular, destaca el hecho de que los eslovacos construyan un módulo de proximidad (factor 3) en el cual ellos se encuentran junto a alemanes y checos, mientras que estos últimos sitúan en el factor equivalente a los ciudadanos alemanes y, en menor medida, a los húngaros (posicionados también muy cerca del factor 2), pero no a los eslovacos, situados en el segundo factor; diferencias que responden a las disparidades en la confianza manifestada por sus ciudadanos.

Niveles de confianza

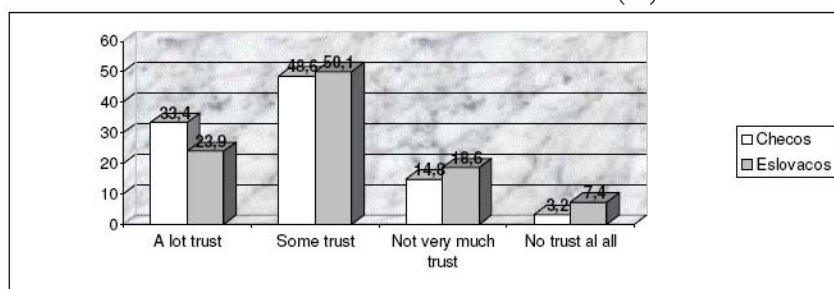
En líneas generales, los niveles de confianza manifestados por checos y eslovacos se estructuran de un modo muy similar y presentan valores muy cercanos para unos y otros. Siguiendo los valores de tendencia central – considerando el total

de las respuestas válidas- ambas nacionalidades manifiestan en mayor medida “alguna confianza” hacia los distintos ciudadanos encuadrados en el primer factor. El hecho de que los lituanos aparezcan en este factor en el esquema eslovaco, mientras que en el checo se encuentran en el segundo, no es producto de grandes diferencias en la apreciación de ambas poblaciones (en ambos casos prevalece la categoría “no demasiada confianza”), sino de la confianza manifestada en conjunto para todas las nacionalidades, ligeramente menor en el caso eslovaco que la confianza checa hacia los mismos componentes.

El segundo factor es hacia el que se muestra un menor grado de confianza y, como ocurría con el anterior grupo, esta confianza será aún menor en el esquema eslovaco que sitúa a 4 de los 9 países que componen este grupo en la categoría “ninguna confianza” (mediana), frente a la proporción análoga checa de que sólo sitúa a 2 países en esa categoría de un total de 10. Asimismo, esta tendencia hacia menores cuotas de confianza presente en la estructura eslovaca es la que provoca que los ciudadanos húngaros se sitúen en este grupo y no en el tercer factor como ocurre en el caso checo; en ambos casos con carga significativa tanto en el segundo como en el tercer factor.

No obstante, en este punto aparece la principal diferencia en los esquemas que cuestiona la reciprocidad de la confianza entre checos y eslovacos. En primer lugar, observamos que la confianza hacia los ciudadanos checos manifestada tanto por los ciudadanos checos como por los eslovacos cuenta con valores muy cercanos. Tanto es así, que podría afirmarse que los eslovacos confían en los checos de modo muy similar a como éstos confían en sí mismos (74% y 82% de respuesta acumulada en las categorías de mucha y alguna confianza, respectivamente); tal como se muestra en el siguiente gráfico.

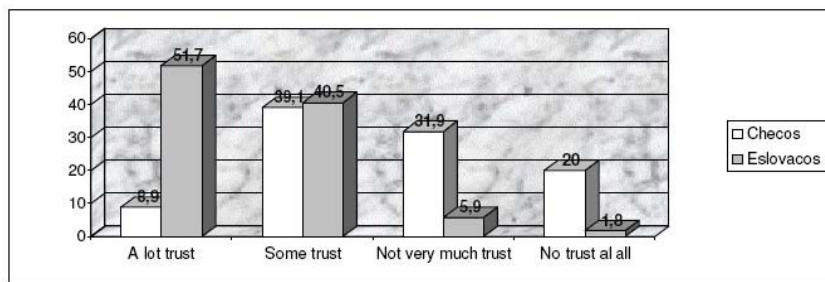
Gráfico 1: Confianza hacia checos (%)



Fuente: elaboración propia

No ocurre lo mismo si consideramos la confianza depositada hacia los eslovacos por parte de sus vecinos. Como refleja el gráfico 2, los eslovacos confían bastante en sus conciudadanos (más de un 90% de las respuestas se sitúan en las categorías de “mucha y alguna confianza”, por encima de la confianza de los checos hacia sí mismos), mientras que los checos distribuyen de forma muy similar su confianza hacia los eslovacos en las categorías superiores e inferiores (48.1% para las categorías “mucha y alguna confianza” y 51.9 para las correspondientes a “poca o ninguna”).

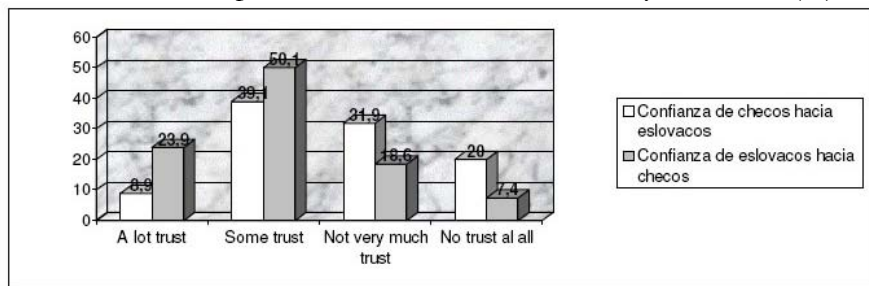
Gráfico 2: Confianza hacia eslovacos (%)



Fuente: elaboración propia

En síntesis, podemos construir una figura que relacione la reciprocidad en la confianza que manifiestan los unos hacia los otros (gráfico 3), en la cual se revela las diferencias sustanciales en este campo: los eslovacos confían más en los checos que éstos en los eslovacos.

Gráfico 3: Reciprocidad confianza entre checos y eslovacos (%)

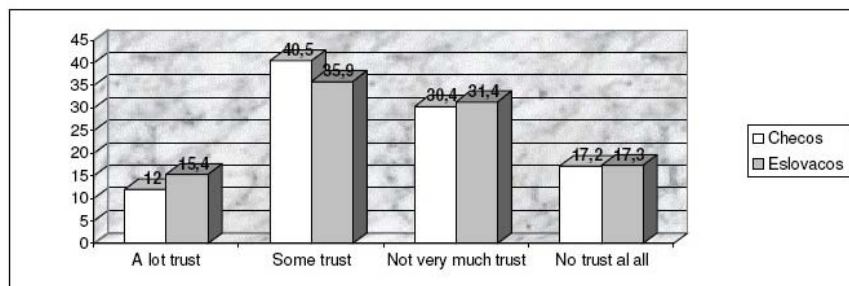


Fuente: elaboración propia

Estas disparidades serán las responsables de situar a los eslovacos en el segundo factor dentro del esquema checo, mientras que en el eslovaco unos y otros aparecen juntos en el grupo de máxima proximidad en términos de confianza.

Por último, tanto en la elaboración checa como en la eslovaca, en el factor de cercanía aparecen los ciudadanos alemanes que, además, siguen un mismo modelo de distribución de la confianza para ambas poblaciones; tal y como se refleja en el gráfico siguiente.

Gráfico 4: Confianza manifestada por checos y eslovacos hacia alemanes (%)



Fuente: elaboración propia

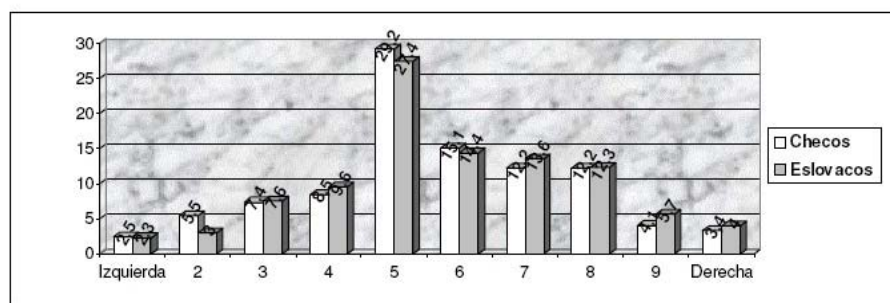
Componentes ideológicos

Siendo la primera lectura que hemos señalado de los esquemas de percepción de Europa de índole ideológica, hemos de considerar para qué posiciones y de qué manera modela la ideología la confianza en los europeos.

La confianza manifestada por checos y eslovacos con respecto a los ciudadanos del primer factor, la *Europa capitalista*, está correlacionada, de la misma manera para ambos, con el posicionamiento ideológico: más confianza cuanto más a la derecha se posicionen y a la inversa. Además, esta relación también se establece para los checos (no así en el caso eslovaco) en relación al segundo factor, la *Europa comunista*, donde se manifiesta una mayor confianza cuanto más a la izquierda y menor cuanto más a la derecha. En las dos poblaciones, variables como la edad y el género no intervienen de forma directa en el nivel de confianza, sino a través de su relación con la ideología que constituye la variable central.

No obstante, hemos de tener en cuenta que la caracterización ideológica de ambas sociedades es muy similar como muestra el siguiente gráfico, elaborado a partir de las respuestas obtenidas del autopoicionamiento ideológico.

Gráfico 4: Confianza manifestada por checos y eslovacos hacia alemanes (%)



Fuente: elaboración propia

Asimismo, la información proporcionada por la pregunta acerca del interés manifestado en la política también arroja resultados similares para ambas poblaciones: checos y eslovacos muestran interés en política un 86,5 % y un 83,8% respectivamente, y sólo el 13,5 % de los checos y el 16,2 % de los eslovacos encuestados manifestarán su falta de interés.

De lo anterior se deduce que no existen diferencias significativas en sus posiciones políticas siendo, para ambas poblaciones un tema de cierto interés. Así pues, puede afirmarse que en las visiones elaboradas de Europa para ambas sociedades la variable ideológica tiene un peso mayor en el caso checo, en el cual también modela el segundo factor donde, además, se ubica a los eslovacos. Se infiere de este hecho puesto que a la hora de explicar las diferencias en las posiciones en ambos esquemas los datos referentes a la posición ideológica no han revelado diferencias sustanciales entre checos y eslovacos, razón por la cual se ha continuado la búsqueda de claves explicativas.

Con esta primera aproximación a la caracterización de las dos poblaciones que formaban parte del mismo país en el contexto de los datos empleados y, teniendo en cuenta que se escindirían en dos repúblicas independientes de forma sorpresiva, al menos en primera instancia, en 1993 (en el transcurso de sólo dos años desde la datación de los datos), surgen más interrogantes que respuestas.

Así, podemos plantearnos porqué checos y eslovacos muestran disparidad en su percepción recíproca y si esta visión pudo, de algún modo, estar presente en las motivaciones de su posterior escisión, ya sea como indicio de las diferencias en sus preferencias de proyectos de futuro (pudiera *ser* que fueran ideológicamente muy distintos, lo cual los primeros datos no corroboran) y/o como indicador del grado de conformación de identidades diferenciadas con las que enfrentar los retos de tal futuro (que se *sientan* distintos).

Para intentar dar respuesta a estas preguntas hemos de contextualizar a los checos y a los eslovacos de la Europa Central en la historia de este continente, a la vez que insistir en la exploración empírica que clarifique las disparidades y similitudes presentes en los mapas de ambos grupos.

Apuntes históricos

En el siguiente esquema se muestra una síntesis de algunos momentos históricos en la región checoslovaca que, si bien tal sólo se trata de un cronograma sin pretensiones de exhaustividad, puede ayudarnos a contextualizar históricamente las sociedades a las que hacemos referencia.

El rastreo histórico realizado está enfocado a la búsqueda de momentos significativos en los cuales checos y eslovacos pudiesen compartir destinos históricos en los que basar una identidad común, o bien aquellas etapas en las que pudieran exaltarse las diferencias entre ambos pueblos.

Como resultado se han hallado tanto acontecimientos que han sido comúnmente asociados a estrategias de reafirmación de su diferencia, a pesar de las alianzas históricas, como otros que suponen un mayor acercamiento entre ambas poblaciones conformando una unidad útil como protección frente a la invasión o la asimilación por parte de grandes potencias.

Esquema 1: Cronograma sobre la historia de la región checoslovaca

s. VI	Establecimiento de las tribus eslavas de checos y eslovacos procedentes de la zona oriental del Vístula en Europa Central
s. VII	Imperio de Samo: mercader que reúne a las tribus eslavas bajo un solo imperio para combatir a los avaros
830	Carlomagno aliado con Bohemia y Eslovaquia derrota a los ávaros y en compensación distribuye ducados entre los checos: Creación del Reino de Moravia (Moravia, Bohemia y Eslovaquia).
870-894	Bajo los siguientes reinados se irá ampliando hasta alcanzar la parte occidental de la actual Hungría y la parte sur de Polonia
906	La derrota de la Gran Moravia , frente al reino germano de Arnulfo aliado con los magiares, trae como consecuencia la desmembración del territorio que pasa a manos de los dos imperios: <ul style="list-style-type: none"> - Territorio checo forma parte del sacro Imperio Romano Germánico - Territorio eslovaco dependerá de reyes de Hungría
1212	Bula de Oro Siciliana: concede a Bohemia la consideración de reino autónomo dentro del Sacro Imperio.
1415/36	Guerras Husitas (bohemos en contra del dominio de la iglesia católica), a pesar de verse obligados a claudicar, alimentan sentimientos nacionalistas eslavos (contrarrestando el proceso de germanización)
1526	Invasión de Hungría por Imperio Otomano: Eslovaquia pasa a ser gobernada por la casa de Austria (periodo de germanización eslovaca)
1620	Triunfo de los Habsburgo y la Iglesia Católica contra checos en la batalla Montaña Blanca inicia un periodo de recatolización y germanización violenta del territorio checo. Supresi Eslovaquia vuelve a depender del Reino de Hungría reiniciando el proceso de magiaerización
1914	Estalla I Guerra Mundial: eslovacos y checos luchan junto a los aliados contra Imperio Austro-Húngaro
1915	Alianza Checa y Liga Eslovaca proclaman desde EEUU la liberalización de las naciones checas y eslovacas y su unión federativa con completa autonomía para Eslovaquia
1918	Creación de la República Checoslovaca
1938	A través de los Acuerdos de Munich Alemania anexiona el territorio de los Sudetes (norte de Bohemia con presencia de población de población alemana) con consenso de Francia y Gran Bretaña. Hungría, aliada de Hitler anexiona territorio del sur de Eslovaquia donde existía una minoría húngara
1939	Estalla II Guerra Mundial: Bohemia y Moravia es incorporada al Tercer Reich. Eslovaquia proclama su independencia constituyendo, en la práctica, un estado satélite de Hitler (creado bajo la amenaza de Hitler de entregar el país a Hungría)
1945	Fin de la II Guerra Mundial con la victoria de los aliados: se reestablece el Estado de Checoslovaquia bajo la órbita de URSS.
1968	Primavera de Praga: Checoslovaquia es intervenida por la URSS apoyándose en el Pacto de Varsovia
1989	Caída del Muro de Berlín hito de la caída del comunismo en países de la órbita soviética.
1993	Escisión de Checoslovaquia en República Checa y Eslovaca a través del denominado "Divorcio de terciopelo";

Fuente: elaboración propia

A partir del establecimiento de ambas comunidades eslavas en el centro de Europa en el siglo VI, los datos históricos recogen ya en el siglo VII la alianza de estas tribus eslavas en el Imperio de Samo combatiendo a los ávaros. El mantenimiento de la integridad de este territorio en el conjunto del imperio romano de Carlomagno provocaría un tratamiento de privilegio de sus pobladores constituyendo el Reino de Moravia que llegaría a ampliarse desde su configuración inicial (Moravia, Bohemia y Eslovaquia) hasta alcanzar la parte occidental de la actual Hungría y la parte sur de Polonia. El territorio se desmembraría tras la derrota de la Gran Moravia en el año 906 y la singular autonomía conjunta de checos y eslovacos se rompería: los primeros pasarían a depender de la casa germana y los segundos de los reyes de Hungría. Había sido un siglo de convivencia que daría paso a una división histórica que, más allá de las fronteras territoriales, supondría la exposición a diferentes influencias culturales. En general, a partir de esta fecha, las imágenes reflejadas en la historia transmiten la idea de Chequia como unidad rebelde contra la dominación foránea (germana) y reivindicativa de sus peculiaridades culturales (Guerras Husitas) hasta su derrota total y su inclusión en el imperio austro-húngaro (1620) que supondría el comienzo de una etapa de germanización violenta. Los datos referentes a los eslovacos en este periodo hacen referencia a un pueblo absorbido por la cultura magiar con eventuales revueltas, alentadas por la influencia checa que, de algún modo, tenían el efecto de mantener viva la memoria de sus orígenes eslavos y su conciencia nacionalista contra el proceso de magiarización.

Tras la I Guerra Mundial y la consiguiente caída del imperio austro-húngaro, la premisa de que la unión hace la fuerza, una estrategia de *salvación de su etnicidad* dado el contexto histórico precedente de grandes imperios que amenazaban la autonomía de los pequeños estados, sería determinante para declarar la creación de Checoslovaquia

El nuevo Estado se mantendría unido durante 74 años, en el transcurso de los cuales se dio una notable interrupción. La federación surgida de entonces se rompería cuando la estrategia de expansión alemana, que precedió a la II Guerra Mundial, condujo al desmembramiento de parte del territorio checo. Con el estallido del conflicto armado en 1939 el territorio checo fue incorporado al Tercer Reich, mientras que Eslovaquia proclamó su independencia convirtiéndose en un estado satélite de Hitler. El orden de tales acontecimientos señala que la independencia de Eslovaquia entonces no sólo sería teórica, sino también forzada (también esta región perdería parte de su territorio y población en su frontera húngara) pero, sin embargo, parece lógico pensar que estos hechos supondrían vivencias diferentes de la guerra por parte de ambas poblaciones.

El fin de la guerra posibilitaría el reestablecimiento de Checoslovaquia que, bajo la órbita de la Unión Soviética, permanecería de forma unitaria hasta que la decisión de su escisión se hiciera efectiva a comienzos de 1993. Esta decisión sería tomada políticamente cuando ya se había iniciado el proceso de transición o transiciones que se dieron en toda Europa central y oriental; momento histórico de gran complejidad en el que se producen simultáneamente tres transiciones:

territorial, económica e institucional (Offe *apud* Viejo, 2001)³. Tales cambios comenzaron en Checoslovaquia con la conocida *revolución de terciopelo* que tuvo lugar en 1989 y que supuso la salida del país de la órbita comunista. A partir de entonces se acelerarían los cambios que dieran lugar a su adaptación políticoeconómica en aras de su incorporación a las instituciones de la Europa del oeste, con la posibilidad de hacerlo como dos países independientes como telón de fondo. Así, el *divorcio de terciopelo* entre checos y eslovacos haría de esta posibilidad un hecho en 1993.

Checos y Eslovacos

Una vez perfilada a grandes rasgos la historia de checos y eslovacos, hemos de considerar la pertinencia de aportar un sentido histórico a los datos de los que partimos en un primer momento y los mapas de percepción generados a través de éstos para ambas poblaciones, con el fin de clarificar las diferencias que señalamos anteriormente.

Con respecto a la escisión de Checoslovaquia en 1993, la configuración de los factores que en los esquemas generados para checos y eslovacos representan los grupos de mayor proximidad en términos de confianza (factor 3 en las figuras 1 y 2) cuestiona algunas de las ideas difundidas referentes a las causas de tal escisión que, en líneas generales, explican el acontecimiento como el resultado de las aspiraciones del nacionalismo eslovaco (Taibo, 1995: 131; Vit, 1995: 175; Aracil, Oliver y Segura, 1995: 623). A este respecto, hemos de puntualizar que si bien en Eslovaquia adquirió peso el partido nacionalista, sin contrapeso político en ningún partido nacionalista checo, la ruptura del país fue la consecuencia de una decisión parlamentaria, no de una consulta civil.

Como ya se ha mencionado, los datos obtenidos a través del análisis exploratorio arrojan diferencias sustanciales en los factores de proximidad (factor 3) en los esquemas para eslovacos y checos. Así, mientras que los primeros se sitúan en este factor junto a checos y alemanes, a partir de los datos de checos se construye un factor de proximidad en el que se sitúan checos, alemanes y húngaros y donde, además, no aparecen los eslovacos, situados en el segundo factor.

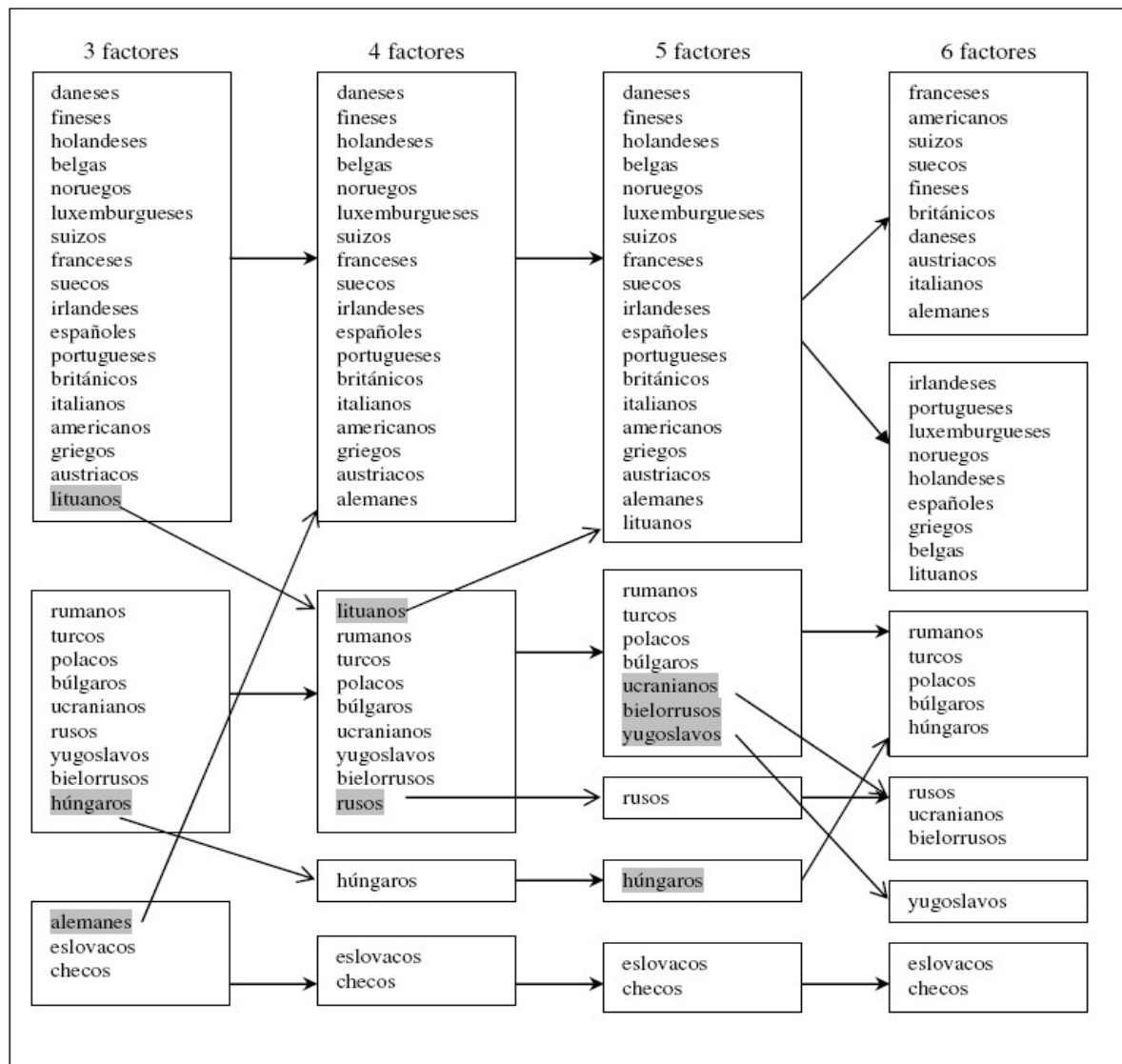
Las posiciones que cada nacionalidad ocupan dentro de los esquemas se mantienen de forma también distinta al ampliar el número de factores en sucesivos análisis pero, en esta evolución, se ha de señalar la persistencia de la distancia o cercanía, según el modelo inicial, entre checos y eslovacos.

Como podemos observar en la figura 3 correspondiente a eslovacos, éstos permanecen de forma sostenida a través de la extracción de un creciente número de factores en el mismo grupo formado por checos y eslovacos, que conforma el factor de máxima proximidad.

³ Raimundo Viejo (2001) añade, a esta categorización de Claus Offe, dos elementos más en el análisis de lo que denomina *modalidad europeo oriental de transición*: el elemento sorpresa (Timur Kuran) y las movilizaciones ciudadanas. En el caso Checoslovaco podríamos señalar que el elemento sorpresivo se multiplicaría con la decisión de afrontar las transiciones hacia el capitalismo como dos Estados independientes.

No obstante, los factores evolucionan de modo dispar en el caso checo como se muestra en la figura 4. Así, el grupo en el cual se posicionan los checos se disuelve a partir de la extracción de cuatro factores y éstos pasan a constituir un factor independiente, posición en solitario que será mantenida en posteriores extracciones.

Figura 3: Movimiento en los factores para el caso eslovaco

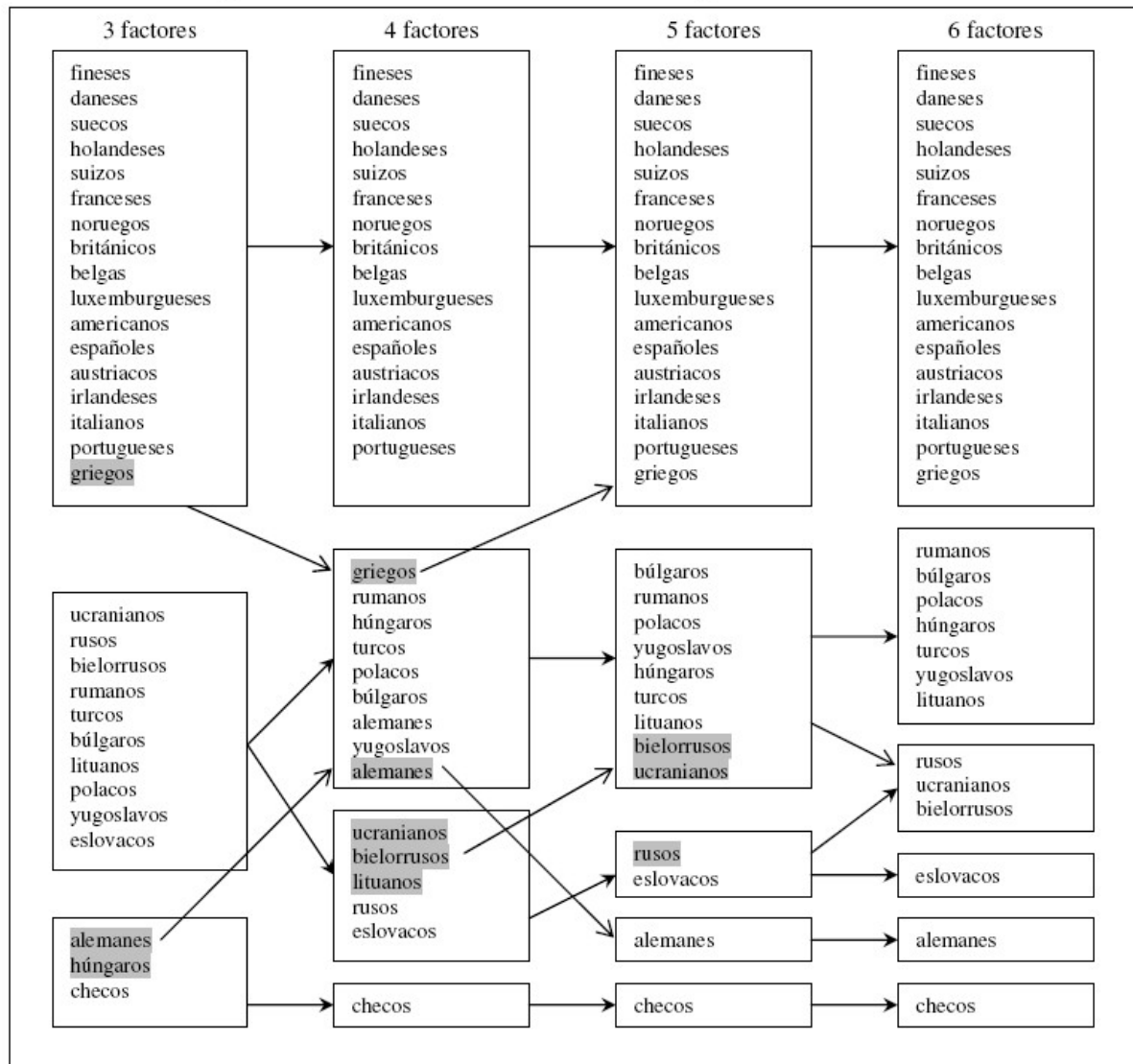


Fuente: elaboración propia

Tales resultados, en relación a la escisión checoslovaca y sus causas, nos lleva a cuestionar el planteamiento anterior en el cual se señalaba a los eslovacos y sus pretensiones nacionalistas como los principales responsables de este hecho.

La confianza hacia grupos nacionales puede ser entendida como un instrumento de construcción de la percepción social de grupo; indicando la forma en la que éste se construye como tal, en función de la cercanía o de la confrontación hacia otros grupos sociales.

Figura 4: Movimiento en los factores extraídos para el caso checo



Fuente: elaboración propia

Si aceptamos esta lógica, los datos nos revelan que la percepción de los eslovacos como grupo no se basa en la confrontación hacia los checos - en términos de confianza los eslovacos perciben a los checos muy cercanos a ellos-, de lo cual se desprende que pudieran no ser los sentimientos nacionalistas de la población eslovaca los responsables de la separación, al menos no en el sentido de haber sido el resultado de una demanda social de secesión por parte de éstos.

Partiendo de esta base, se plantea la hipótesis de que el *divorcio de terciopelo* checoslovaco, como se ha llamado al proceso de secesión en este país, no sería la consecuencia directa del nacionalismo eslovaco⁴, sino que podemos interpretar el

⁴ Se trata de encontrar imágenes ciudadanas que indiquen la identificación nacional sin considerar el nacionalismo de partido, que sí lo habría en Eslovaquia. No obstante, en cuanto a la capacidad clarificadora de los profesionales de la política recogemos una observación recogida en el diario electrónico *La Insignia*: "El balance del jefe del gobierno checo, Vladimir Spidla, daba una impresión muy serena. Explicaba de forma lapidaria que las causas y consecuencias de la separación deben ser dejadas para los historiadores."

acontecimiento bajo el prisma de la relación entre mayoría y minorías dentro de los estados del Centro y Este de Europa (Ferrero, 2001). Siguiendo esta línea de razonamiento, el nacionalismo eslovaco, minoritario en Checoslovaquia, podría exigir una mayor autonomía dentro del Estado, pero sería la mayoría checa la que interpretara esta postura como una demanda encubierta para la secesión y un ataque frontal a la identidad del Estado⁵.

En este sentido, toma especial relevancia los apuntes de Garton Ash (2000: 419), quién al hacer referencia a la posición Eslovaca en este periodo señala:

«sus dirigentes querían una mayor autonomía de Praga y una mejor situación en la Federación Checoslovaca. Las exigencias populistas crecieron bajo el populista demagogo Vladimir Meciar, hasta que, repentinamente, el Primer Ministro checo, Václav Klaus les dio más de lo que la mayoría de los eslovacos (y probablemente el propio Meciar): querían: completa independencia como Estado soberano, a partir del 1 de enero de 1993. Un titular en un diario checo resumía el punto de vista de Klaus “¿Solos hacia Europa, o con Eslovaquia hacia los Balcanes?” , decía” ».

Si bien esto es lo que nos dice el mapa eslovaco en cuanto a su posición grupal, ¿cómo podemos explicar el factor de máxima proximidad en el caso checo? En el esquema correspondiente, además de no ubicar a los eslovacos en este factor, existe otra diferencia sustancial, si bien no cuenta con un peso empírico concluyente, que es la cercanía de los húngaros.

Los húngaros no son percibidos con tanta desconfianza por los checos de lo que lo son para los eslovacos. Para estos últimos, Hungría fue durante mucho tiempo fuente de conflicto fronterizo y, aún cuando ya se hubieran superado tales recelos históricos con la estabilidad de las fronteras, la minoría húngara situada dentro del territorio eslovaco seguiría constituyendo uno de los mayores retos para el Estado Eslovaco. No obstante, uno de los argumentos utilizados a favor de la separación checoslovaca se orientaba precisamente en este tema, argumentando que para los checos “el problema de las minorías nacionales que residen principalmente en Eslovaquia (el 12% de su población es de origen húngaro y está concentrada en el sur de Eslovaquia y alrededor del 6% es gitana), sería puesto en manos exclusivas de la República Eslovaca” (Flores, 1993: 56)⁶. Así pues, neutralizado el potencial peligro húngaro, los checos sitúan a sus ciudadanos cerca de ellos mismos como parte integrante de la estrategia de transición centroeuropea.

Es importante entender Centroeuropa como un concepto que, desbordando la visión territorial, contiene una “alternativa política e intelectual a la Europa del

⁵ No obstante, en análisis que acentúan el nacionalismo eslovaco no se presenta como un ataque, sino más bien como la necesidad histórica del pueblo eslovaco de confirmar su identidad (Vit, 1991: 151); reivindicación comprendida y facilitada por el gobierno central como muestran las declaraciones de abril de 1991 del presidente Havel a Radio Viena, donde afirmaba: “ Si el pueblo eslovaco quiere vivir en un Estado independiente, ni los checos ni yo le negaremos el derecho a hacerlo” (Martín y Pérez, 1995: 190).

⁶ El autor señala que tales argumentos se abrirían paso en fechas posteriores a 1991, sin embargo, al estudiar la confianza hacia los húngaros en el presente análisis, podríamos entender que socialmente los checos ya habían solventado este punto en 1990. Lo que cabe preguntarse, entonces, es si lo hicieron considerando ya la posibilidad de la separación.

Este dominada por los soviéticos” (Garton, 2000: 413). El mapa generado por la población checa, en cuanto a la integración de los húngaros en el factor de proximidad, aún cuando débil, da muestras de la interiorización de este proyecto. Además, Hungría formaba parte del Grupo de Visegrado (junto a Checoslovaquia y Polonia), encaminado a la *reincorporación* de centroeuropa a Europa o, en términos literarios, al rescate del “oeste secuestrado” (Kundera, 1984 *apud* Garton, 2000).

La idea centroeuropea, en general no muy definida ni política ni territorialmente, se diseñaba a partir de características generales y algo difusas entre las que se encontraban rasgos como: una tradición cultural europea marcada, existencia de ciudades cosmopolitas, cierta trayectoria histórica democrática, etc. Eslovaquia cumplía, en diferente medida, tales requisitos⁷ y tendría un puesto en el Grupo de Visegrado como parte de Checoslovaquia, pero no así en el esquema empírico generado por la confianza checa.

Para explicar esta posición hemos de integrar dos elementos importantes. Por un lado, una cuestión de diferencias en parámetros económicos: la población eslovaca contaba con un menor grado de desarrollo económico que el de la checa (Flores, 1993), una brecha que se marcaría aún más tras la separación de la confederación. Por otro lado, se impone el momento histórico: en 1990, tras la ruptura del bloque soviético ya estaban en marcha las políticas encaminadas a la transición hacia una economía de mercado en Checoslovaquia (Martín, Pérez, 1995, Aracil, Oliver y Segura, 1995), construyendo un proyecto de futuro encaminado a la integración en las instituciones europeas.

Estas anotaciones enmarcan un contexto en el cual podemos reflexionar sobre la causa de la exclusión de los eslovacos del factor de proximidad checo: el relegar a los vecinos eslovacos a la *órbita comunista* puede no tratarse de una apreciación de diferencia ideológica (en el posicionamiento derecha-izquierda), sino la respuesta social que los checos elaboran a la hora de facilitar su proyecto de futuro de entrada en la Comunidad Europea.

En cuanto al primer término de nuestra reflexión, si existe una diferencia ideológica entre checos y eslovacos, al menos en 1990, no encontramos información que avale la existencia de tal diferencia, ni en los datos procedentes del Eurobarómetro referentes al autoposicionamiento para unos y otros (analizados en el gráfico 7), ni por los resultados electorales de junio de 1990. Estas elecciones, con un 96% de participación y una veintena de partidos políticos presentados, dieron la mayoría de los escaños al Foro Cívico checo y a su homólogo eslovaco Frente contra Violencia - partidos surgidos de los movimientos sociales de la revolución de terciopelo y que englobaban un amplio espectro ideológico- y presentaron al Partido Comunista como segunda fuerza política (Martín y Pérez, 1995: 184). A raíz de estos datos podemos afirmar que, tanto checos como eslovacos, se situaban en el centro, reflejo del sistema político que, tras la *revolución de terciopelo*, crea los principales

⁷ Garton (2000: 422) afirma que Eslovaquia cumplía ampliamente los requisitos para formar parte de Centroeuropa, pero también señala, como posibles rasgos que obstaculizaran su inclusión, que se trataba de una población agraria con una burguesía relativamente pequeña.

partidos sobre movimientos sociales ideológicamente heterogéneos y “concibe el *centro* como un compromiso” (Vit, 1991: 169).

En cuanto al segundo término, cabe preguntarse si desprenderse de la vecindad eslovaca es entendido por los checos como una estrategia de facilitación para la entrada en la Comunidad Europea.

Flores (1993: 56) presenta una serie de conclusiones extraídas a partir del análisis de las consecuencias para checos y eslovacos de la separación. Siguiendo a este autor, en 1991 tres informes oficiales diferentes (de los dos gobiernos federales y de la Academia de las Ciencias Eslovaca) describían las consecuencias negativas que se derivarían de la disolución de la federación (aumento del paro y los impuestos, reducción de las inversiones extranjeras, destrucción del tejido económico y, en definitiva, costes tanto sociales como económicos), si bien se señalaba que la separación supondría para Eslovaquia mayores problemas y riesgos.

No obstante, existían otros argumentos favorables a la separación que, según el autor, se abrirían paso entre la población en 1992 y que, básicamente significaba que “la adhesión de la República Checa a la Comunidad Europea se haría más fácilmente sin la rémora de una Eslovaquia menos desarrollada” (Flores, 1993: 56). Así, para los checos la separación podría implicar:

- No tienen que financiar el desarrollo eslovaco; que cuenta con una desventaja de partida y que, además, se espera que se acreciente por su mayor dependencia económica de los mercados del antiguo CAEM.
- Se desvinculan de los problemas que puedan surgir referente a las minorías; principalmente situadas en territorio eslovaco.
- Disminuyen las discrepancias que pudieran surgir en cuanto a cómo abordar la rápida transición al capitalismo. Discrepancias que serían de esperar - dejando al margen las derivadas de las reivindicaciones que pudiera introducir el discurso nacionalista - a raíz de la puesta en práctica de medidas de transición económica que afectarían en mayor medida a la población eslovaca, dado su menor grado de desarrollo económico y su mayor vulnerabilidad social⁸.
- Eslovaquia constituiría un Estado-tapón frente a los estados del este de Europa.

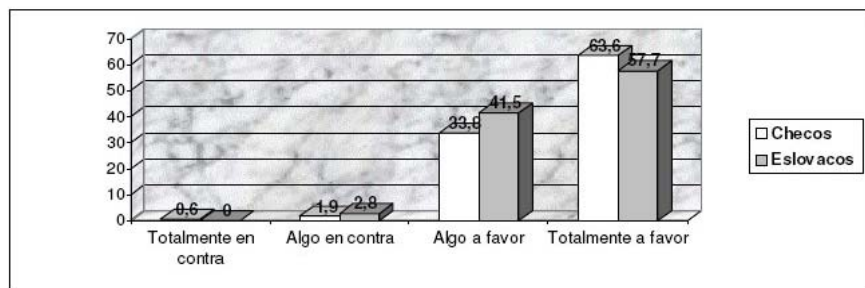
No obstante, estos argumentos señalados a favor de la separación no cuentan con justificaciones equiparables a los argumentos señalados en contra de la misma, es decir, no son avalados con indicadores socioeconómicos, y esto se debe a que el acento se sitúa no en las consecuencias objetivas, inmediatas y cuantificables, sino

⁸ Anastasakis (2002) enumera algunos de los aspectos negativos que la transición planteada conlleva para varios grupos sociales, como son: crecimiento de las desigualdades sociales, aumento del desempleo, presiones inflacionarias, etc.

en la apuesta por estrategias políticas de futuro en las cuales los costes son más fácilmente relativizados por los beneficios esperados.

Todo esto en un contexto en el cual no conviene olvidar que Checoslovaquia pretendía ser miembro de la Comunidad Europea y, tanto los ciudadanos checos como los eslovacos, mostraban una posición favorable a la adhesión, como nos indica los datos del Eurobarómetro a este respecto mostrados en el siguiente gráfico.

Gráfico 5: Posición respecto a la entrada de Checoslovaquia como miembro de la CE (%)



Fuente: elaboración propia

Conclusiones

A partir del análisis exploratorio de los datos correspondientes a la confianza manifestada por checos y eslovacos hacia ciudadanos de otros países, acompañada por la caracterización de ambas sociedades referentes a su distribución ideológica y posición ante la Comunidad Europea, de la misma fuente, y en el marco histórico de los procesos de transición de las sociedades de Centroeuropa y Europa del Este, se ha extraído a lo largo de este estudio una serie de conclusiones:

- ❑ Los mapas generados a través de la confianza declarada hacia otros países por checos y eslovacos arrojan una visión de Europa de naturaleza sociopolítica.
- ❑ Ambos esquemas muestran más similitudes que diferencias en cuanto a los bloques europeos construidos, pero difieren de forma significativa en la composición del factor de máxima proximidad.
- ❑ Así, las posiciones de checos y eslovacos difieren sustancialmente en sus respectivos esquemas: los eslovacos sitúan a los checos junto a ellos en el factor de máxima proximidad, mientras que los checos ubican a los eslovacos en el segundo factor.
- ❑ No se encuentra reciprocidad en términos de confianza entre checos y eslovacos: los eslovacos confían más en los checos que éstos en los eslovacos.
- ❑ Si bien la variable ideológica tiene un fuerte peso en la configuración de ambos esquemas (correlacionada con el factor 1), éste es mayor en el caso del

mapa generado por la población checa (correlación significativa para los factores 1 y 2).

- Los datos obtenidos en relación al autopoicionamiento ideológico arrojan perfiles muy similares para ambas poblaciones en los que la posición de centro es predominante.

Al situar estos resultados empíricos en el contexto de las transiciones de Europa Central tras la desaparición del bloque soviético y la cercanía temporal de la separación de Checoslovaquia en dos estados independientes, se nos ofrece la posibilidad de plantear hipótesis sobre los motivos de la remodelación que tuvo lugar en el país, en especial en lo referente a los motivos subyacentes en el *divorcio de terciopelo*.

La presencia en Eslovaquia de un partido nacionalista sin homólogo checo ha facilitado la frecuente alusión al nacionalismo como causa de la escisión. Sin embargo, en este estudio se ha mostrado que si bien ambas sociedades podrían ser consideradas una sola, dada la similar composición actitudinal basada en la confianza hacia las poblaciones de su entorno, la conformación grupal se construye sobre la diferencia entre checos y eslovacos, como lo confirmaría la falta de reciprocidad en la confianza manifestada entre estas poblaciones. Además, es la población checa la que manifestaba mayor desconfianza hacia los eslovacos lo cual, sumado al hecho de que ya se estaban adoptando las medidas encaminadas a la transición del país a la economía de mercado y su incorporación a la Comunidad Europea, plantea la posibilidad de que tal desconfianza fuera el sustrato sobre el cual se definieran las líneas futuras a seguir. Esto es, dividirse con la finalidad de facilitar los procesos de adaptación económica, política y social encaminados a su entrada en las instituciones de Europa del Oeste, sin los obstáculos que pudieran suponer la incorporación junto a los eslovacos quienes, por su lado, contaban con una mayor vulnerabilidad económica y social.

La perspectiva histórica con la que contamos hoy nos permite afirmar que la separación de Checoslovaquia benefició a Chequia, de tal manera que la República Checa es generalmente considerada un caso exitoso de transición, mientras que Eslovaquia quedó relegada en el proceso, estigmatizada ante la Unión Europea, siendo el único país de la Europa del Este que se excluyó en la primera etapa de los países candidatos (Anastasakis, 2002).

No obstante, con estas conclusiones no se pretende ofrecer una definición cerrada de la transición checoslovaca y su escisión como consecuencia exclusiva de las actitudes y motivaciones checas, de hecho, la verificación de esta hipótesis escapa totalmente a las posibilidades analíticas de este estudio.

Como ya se ha hecho referencia al inicio, este ejercicio ha partido de los datos procedentes del Eurobarómetro para los países del Centro y del Este de Europa y se ha orientado a su análisis explorando las posibilidades analíticas de variables subjetivas en el estudio de lo social. Tal vez, en este sentido lo más

relevante ha sido la preeminencia del momento histórico en el que fueron tomados los datos y ello ha hecho posible que una variable multidimensional y de fundamentos marcadamente subjetivos como es la confianza, se haya mostrado un instrumento de gran sensibilidad capaz de captar construcciones perceptivas de lo social. Construcciones útiles en el esclarecimiento de procesos marcadamente complejos, como lo fueron los cambios en las transiciones de Europa Central, y que llaman la atención sobre la relevancia de lo social en el curso de los acontecimientos económico-políticos.

Referencias bibliográficas

- Anastasakis, O., "Las políticas extremistas en Europa del Este; una reacción a la transición". *Papeles del Este*, 2002, nº 3. [en línea] Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://www.ucm.es/bucm/cee/papeles/03/02.pdf> [Consulta: 13 de enero del 2006] ISSN 1576-6500
- Aracil, R., Oliver, J., Segura, A., *El mundo actual. De la Segunda Guerra Mundial a nuestros días*. Publicaciones Universidad de Barcelona, Barcelona, 1995.
- Eschrich, K., "Solteros sin suerte". *La Insignia*, 21 de enero del 2003. [en línea] Disponible en internet: http://www.lainsignia.org/2003/enero/int_045.htm [Consulta: 10 de enero del 2006] Traducido del original publicado en: <http://www.jungle-world.com>
- Ferrero, R., "La cuestión nacional y los problemas de minorías en Europa del Este". *Papeles del Este*, 2001, nº 1. [en línea] Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://www.ucm.es/bucm/cee/papeles/01/0111.htm> [Consulta: 13 de enero del 2006] ISSN 1576-6500
- Flores, G., "Checoslovaquia: de la ruptura con el régimen comunista a la división de la República Federal". En: Luengo, F. (coord.), *Europa del Este ¿Transición o crisis?. Informe Anual del Instituto de Europa Oriental*. Editorial Complutense de Madrid, Madrid, 1993.
- Garton Ash, T., *Historia del presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90*. Tusquets, Barcelona, 2000.
- Komárek, V., "El ejemplo checoslovaco en el tránsito del totalitarismo a la democracia y la economía de mercado". En: Ruiz de Elvira, M., Pelanda, C. (eds.), *Europa se reencuentra. La difícil transición del Este al Oeste*. El País Aguilar, Madrid, 1991.
- Martín de la Guardia, R.M., Pérez Sánchez, G.A., *La Europa del este, de 1945 a nuestros días*. Editorial Síntesis, Madrid, 1995.
- Martínez de Sas, M.T., *La lucha por la diversidad en la Europa central y oriental*. Editorial Ariel, Barcelona, 1999.
- Patula, J., *Europa del Este: del stalinismo a la democracia*. Sigo XXI editores, Madrid, 1993.
- Pérez Sánchez, G., *Crisis, revolución y transición en la Europa del Este*. Editorial Ariel, Barcelona, 1999.
- Schediwy, R., "Una década de transformaciones en Europa Central y Oriental desde una perspectiva diferente". *Papeles del Este*, 2003, nº 5. [en línea] Universidad Complutense de Madrid. Disponible en:

<http://www.ucm.es/bucm/cee/papeles/05/02.pdf> [Consulta: 13 de enero del 2006] ISSN 1576-6500

Taibo, C., *Crisis y cambio en la Europa del Este*. Alianza Editorial, Madrid, 1995.

Viejo, R., “El nuevo mapa europeo: nuevas fronteras, nuevos desafíos. La variante revolucionaria de transformación del orden político internacional”. *Papeles del Este*, 2001, nº 1. [en línea] Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://www.ucm.es/bucm/cee/papeles/01/0110.htm> [Consulta: 13 de enero del 2006] ISSN 1576-6500

Vit, J., “Checoslovaquia, emersión de Atlantis”. En: Ruiz de Elvira, M., Pelanda, C. (eds.), *Europa se reencuentra. La difícil transición del Este al Oeste*. El País Aguilar, Madrid, 1991.

Nota metodológica sobre el estudio "Socialización, aculturación y competencia intercultural. Un análisis empírico de familias multiculturales"

BEGOÑA LÓPEZ MONSALVE
I.U. DESARROLLO SOCIAL Y PAZ
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

IGNACIA PEREA CRESPO
I.U. DESARROLLO SOCIAL Y PAZ
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Resumen

Las siguientes páginas presentan brevemente la metodología empleada en el estudio *Socialización, aculturación y competencia intercultural. Un análisis empírico de familias multiculturales* (SEJ200505034). Se trata de anotaciones metodológicas que exponen algunos de los mayores logros de esta investigación que, con un diseño innovador, aborda un tema de gran relevancia social desde una óptica privilegiada, como es la multiculturalidad vivida en el seno de las familias mixtas; casos cada vez más comunes en la sociedad española actual.

Palabras Clave: entrevista personal, análisis cualitativo, análisis cuantitativo, triangulación.

Abstract

These pages present the essential methodological points of the research *Socialization, acculturation and intercultural competence. An empirical analysis of multicultural families* (SEJ200505034). Across the focus of this research It's possible to analyze the multiculturalism from a exceptionally perspective: the multiculturalism in home; situations that are being increased in the current Spanish society.

Keywords: personal interview, qualitative methodology, quantitative methodology, triangulation.

Presentación

Las siguientes páginas presentan brevemente la metodología empleada en el estudio *Socialización, aculturación y competencia intercultural. Un análisis empírico de familias multiculturales* (SEJ200505034).

Se trata de anotaciones metodológicas que exponen algunos de los mayores logros de esta investigación que, con un diseño innovador, aborda un tema de gran relevancia social desde una óptica privilegiada, como es la multiculturalidad vivida en el seno de las familias mixtas; casos cada vez más comunes en la sociedad española actual.

Multiculturalidad en casa

Desde hace ya algunos años España ha pasado a ser un país receptor de población foránea, sea ésta europeos que escogen especialmente nuestras costas para establecer su residencia, como de migrantes procedentes de países de menor desarrollo económico. La multiculturalidad es ya una característica esencial de nuestro contexto social y no se trata meramente de la heterogeneidad poblacional que pudiera estar más o menos segregada, sino también de cómo nos relacionamos en el ámbito más personal llegando a cambiar los tradicionales patrones de emparejamiento. Esto es, la multiculturalidad también se vive en el hogar a raíz de los emparejamientos binacionales o mixtos que llegan a tener una presencia importante en la estructura poblacional española.

Situando el foco de atención sobre la población inmigrante la Encuesta de Inmigración (INE, 2007) indica que el 30% de las personas inmigrantes solteras, separadas, divorciadas o viudas convive con una pareja de nacionalidad española. Esta misma fuente, también expone que de los inmigrantes casados, un 26, 5% ha contraído matrimonio con una persona de nacionalidad española, tal como indica la siguiente tabla.

Tabla 1: Inmigrantes casados por país de nacimiento de los cónyuges

	Total	%
Esposos con		
igual país de nacimiento, no españoles y que conviven	1.336.513	56,5
igual país de nacimiento, no españoles y que no conviven	269.196	11,4
distinto país de nacimiento, no españoles y que conviven	122.139	5,2
distinto país de nacimiento, no españoles y que no conviven	10.704	0,5
El esposo/a del inmigrante es español y conviven	610.671	25,8
El esposo/a del inmigrante es español y no conviven	16.013	0,7
Total casados	2.365.236	100,0

Fuente: Encuesta Nacional de Inmigrantes 2007, INE

Estas breves pinceladas nos permiten vislumbrar los diversos ángulos desde los que podemos observar la multiculturalidad; desde el ámbito de la heterogeneidad poblacional en cuanto a su país de origen y las derivaciones socioculturales de tal diferencia, hasta la convivencia más cercana de personas de distintos orígenes nacionales que comparten un proyecto conyugal en común donde, es de suponer, la multiculturalidad estará tamizada por las diferencias y similitudes, divergencias y convergencias intrínsecas a las personas implicadas a un proyecto de vida común.

Es en este último, donde se sitúa el estudio *Socialización, aculturación y competencia intercultural. Un análisis empírico de familias multiculturales* (SEJ200505034), dirigido por Antonio Alaminos Chica (Universidad de Alicante) de 2005 a 2008. Constituyéndose la familia en unidad de análisis y entendiendo ésta como un espacio de convivencia, interacción cultural y agente de cambio; este proyecto sitúa el foco de atención sobre una atalaya privilegiada desde la que observar y analizar la convivencia intercultural y todas sus implicaciones, teniendo también presente la incidencia multifactorial en las relaciones de pareja que, en este proyecto ha sido sistematizada por medio de la elección intencionada de una muestra de variabilidad máxima.

En los siguientes apartados de esta nota metodológica haremos especial hincapié en los datos primarios empleados por el estudio: el diseño de la muestra, el instrumento de extracción de datos y el análisis realizado; exponiendo un diseño de investigación que explota las potencialidades de la triangulación metodológica (contrastes en pequeñas muestras, análisis de contenido y de discurso), simultáneamente con la triangulación sobre el nivel de la unidad de análisis (individuo, familia y transmisión de valores).

La muestra

Como ya se ha mencionado son muchos los factores que inciden en las relaciones de pareja, el diseño de la muestra planteado controla los factores sociológicamente más relevantes a través de la incorporación de estratos de variabilidad muestral en los casos de estudio.

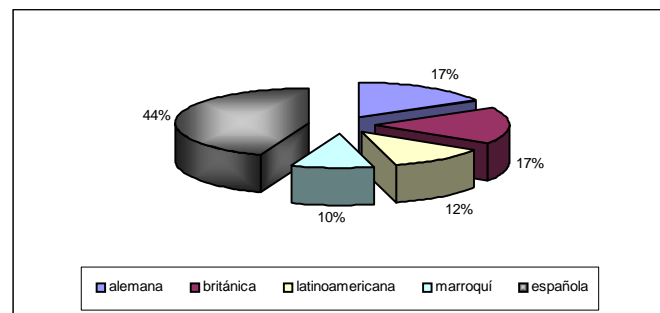
Tabla 2: variabilidad de la muestra

<i>variable referida al cónyuge no español</i>	<i>categorías</i>
género	hombre mujer
situación familiar	con hijos sin hijos
estatus intrafamiliar	superior inferior igual alto igual bajo
nacionalidad	alemana británica latinoamericana marroquí

El resultado es una muestra intencionada de variabilidad máxima estratificada en función de: género, modelo familiar, estatus intrafamiliar y nacionalidad tal y como se lista en la tabla 2.

Del cruce de estas categorías obtenemos 64 casos (más los casos del grupo de control: 8 familias en las que ambos cónyuges son nacidos en España). En total se han realizado 137 entrevistas personales con una distribución de nacionalidades como indica el siguiente gráfico en el que ha de tenerse en cuenta que las familias entrevistadas siempre tienen un miembro español puesto que son mixtas, de ahí la representación en esta categoría.

Gráfico 1: Nacionalidad de las personas entrevistadas



La entrevista

En el estudio de familias multiculturales, se ha llevado a cabo un extenso trabajo de campo en el que la relación directa y personal con las unidades de análisis ha sido una condición necesaria. Esta forma de recolección de información favorece el acercamiento a aspectos paraverbales relevantes, o acceder a información extra, útil en la contextualización de la situación recogida en la entrevista (comportamientos con otras personas, datos sociogeográficos referidos al hogar, etc.). En resumen, conocimientos que no podrían haber sido obtenidos en caso de tratar directamente con los "datos".

Las entrevistas personales han sido realizadas a los miembros de la familia siguiendo una guía diseñada previamente a través de la cual se explora las experiencias vitales de los/as entrevistados/as; un conjunto de preguntas sobre el pasado, el presente y el futuro en el que se indaga sobre no sólo sobre sus experiencias, sino también sobre sus sensaciones, sus opiniones y sus expectativas dirigiendo la mirada hacia la significación de formar un hogar junto a una pareja que no comparte su nacionalidad de origen y las posibles implicaciones de este hecho.

La semiestructuración de la entrevista nos permite abordar un espectro temporal y vívido muy amplio desde el que extraer información específica sobre la multiculturalidad y con posibilidades comparativas entre casos útiles en el análisis posterior.

El análisis

A pesar de que la entrevista personal sea una fuente de datos primordialmente cualitativos, se ha realizado simultáneamente un análisis cualitativo y cuantitativo de los datos obtenidos emplando los programas específicos para ambos casos. Así, se generó una matriz de datos SPSS posterior a la recogida de la información con la cual poder realizar un análisis matemático de la información, además del análisis de contenido de carácter cualitativo realizado a través del programa atlas-ti; triangulando de ese modo la información obtenida en el nivel metodológico.

En este punto, cabe hacer una serie de acotaciones acerca de la triangulación como modo de optimizar los datos de investigación y el papel central desempeñado de este procedimiento en el estudio.

La triangulación de los métodos

El principio de la triangulación metodológica se basa en el uso simultáneo de la aproximación cualitativa y cuantitativa. Desde una perspectiva cuantitativa, los datos a obtener ya están delimitados a priori, a partir de las variables definidas y su operativización. Con la cualitativa los datos obtenidos pueden dar lugar a establecer nuevas relaciones, distintas a las obtenidas inicialmente, en el momento de plantear la investigación. La triangulación de métodos amplía la validez de los resultados obtenidos, no se limita a interpretar los datos con un sólo método, sino que los relaciona a través de diferentes perspectivas metodológicas.

Se ha empleado diversos medios de recolección de datos, que aseguran una mayor productividad en el análisis y el proceso de recolección. El uso de distintos métodos de análisis permite aumentar la validez de los resultados y mitigar los posibles sesgos que se pueden derivar de el uso de un único método.

La Triangulación sobre el nivel de la unidad de análisis

Dado que nuestra unidad de análisis es la familia los resultados no sólo nos ofrece discursos aislados sobre las experiencias de cada uno, sino también información cruzada sobre los distintos entrevistados, es posible hallar distintos niveles analíticos. Considerando que cada nivel aporta unas potencialidades distintas, la contrastación entre niveles se realiza a partir de los datos o mediciones que se han realizado en cada uno de ellos para posteriormente, establecer diferencias o similitudes entre ellos.

Así, a través del análisis en el nivel agregativo, relacional y cultural identificados en la unidad de análisis podemos obtener una información más certera y contrastada procedente de las entrevistas y sus contextos. En este sentido, el análisis agregativo se refiere a los individuos, el análisis interactivo toma como unidad el grupo o la relación establecida entre los miembros, centrándose en las redes de interacciones que se establecen entre los individuos o grupos, y por último,

el nivel de análisis cultural pretende estudiar las normas o valores sociales que se forman a raíz de la unión entre miembros de distinto origen cultural.

En conclusión

El estudio *Socialización, aculturación y competencia intercultural. Un análisis empírico de familias multiculturales* (SEJ200505034) explora la multiculturalidad desde una perspectiva única desde la cual acceder a la historia de los miembros de familias mixtas y sus vivencias cotidianas, explotando para ello un diseño de investigación realmente novedoso que combina las potencialidades de lo cualitativo y lo cuantitativo en diferentes niveles de análisis referencial.

Su principal valor, al margen de sus logros metodológicos aquí expuestos, sigue siendo los numerosos testimonios que en el estudio se recogen y que nos acercan a la realidad multicultural de nuestro contexto social desde el prisma más cercano a la misma, desde dentro de los espacios íntimos de la multiculturalidad, donde la visión del *otro* puede encontrarse velada por ser *parte de uno mismo*.

Referencias bibliográficas

- Alaminos, A. (2004) "El análisis de la realidad social". Modelos estructurales de covarianzas. OBETS-ECU. Alicante
- Breger, R. y Hill, R. (eds.) (1998), *Cross-cultural Marriage. Identity and Choice*, Oxford, Berg.
- Coleman, D.A. (1994), "Trends in fertility and intermarriage among immigrant populations in Western Europe as measures of integration", *Journal of Biosocial Science*, nº 26.
- Crester, G. (1990), "Intermarriage between "White" Britons and Immigrants from the New Commonwealth and Pakistan", *Journal of Comparative Family Studies*, 21.
- Encuesta Nacional de Inmigrantes 2007. Avance de resultados. INE (Instituto Nacional de Estadística)
- Golstein, J. (1999), "Kindhip Ties thata Cross Racial Lines: The exception or the rule?", *Demography* 36.
- Fu, V.K. (2001), "Racial intermarriage pairings", *Demography*, vol. 38 nº 2.
- INE (Instituto Nacional de Estadística) (2005), *Padrón Municipal de Habitantes*, disponible en <http://www.ine.es>.

- INE (Instituto Nacional de Estadística) (2007), *Encuesta Nacional de Inmigrantes*, disponible en línea en: <http://www.ine.es>.
- Kalmijn, M. (1998), "Intermarriage and Homogamy: Causes, Patterns and Trends", *Annual Review of Sociology*, nº 24.
- Lee, S.M. y Edmonston, B. (2005), "New Marriages, New Families: U.S. Racial and Hispanic Intermarriage", *Population Bulletin*, vol. 60, nº 2.
- Malgesini, G. y Giménez, C. (2000), *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*, Madrid, Catarata.
- Merton, R. (1941), "Intermarriage and the Social Structure: Fact and Theory", *Psychiatry: A Journal of the Biology and the Pathology of Interpersonal Relations*, nº 4, pp. 361-374.
- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2004), *Anuario Estadístico de Extranjería 2003*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Perlmann, J. (1997), "Multiracials, Intermarriage, Ethnicity", *Society*, 34.
- Perotti, A. (1989), *Pequeño léxico sociológico y antropológico sobre la inmigración*, Cuaderno nº 65, Fundación Encuentro, Servicio de Documentación.
- Rodrigo, M. (1997), "Elementos para una comunicación intercultural", *Revista CIBOD d'Afers Internacionals*, nº 36.
- Rodríguez García, D. (2004a), "Inmigración y mestizaje hoy. Formación de matrimonios mixtos y familias transnacionales de inmigrantes en Cataluña", *Migraciones* nº 16.
- (2004b), *Inmigración y mestizaje hoy. Formación de matrimonios mixtos y familias transnacionales de población africana en Cataluña*, Barcelona, Publicaciones d'Antropologia Cultural, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Wengraf, T. (2001): *Qualitative Research Interviewing. Biographic, narrative and semi-structured methods*, Londres: Sage pp. 128
- Zabalo Escudero, E. (2000): "Efectos del matrimonio y sociedad multicultural", *Estatuto personal y multiculturalidad de la familia*, Madrid, pp. 9 a 25.